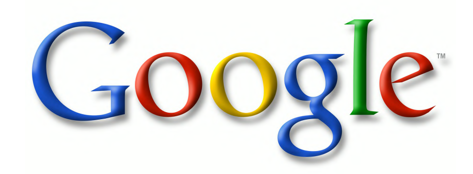
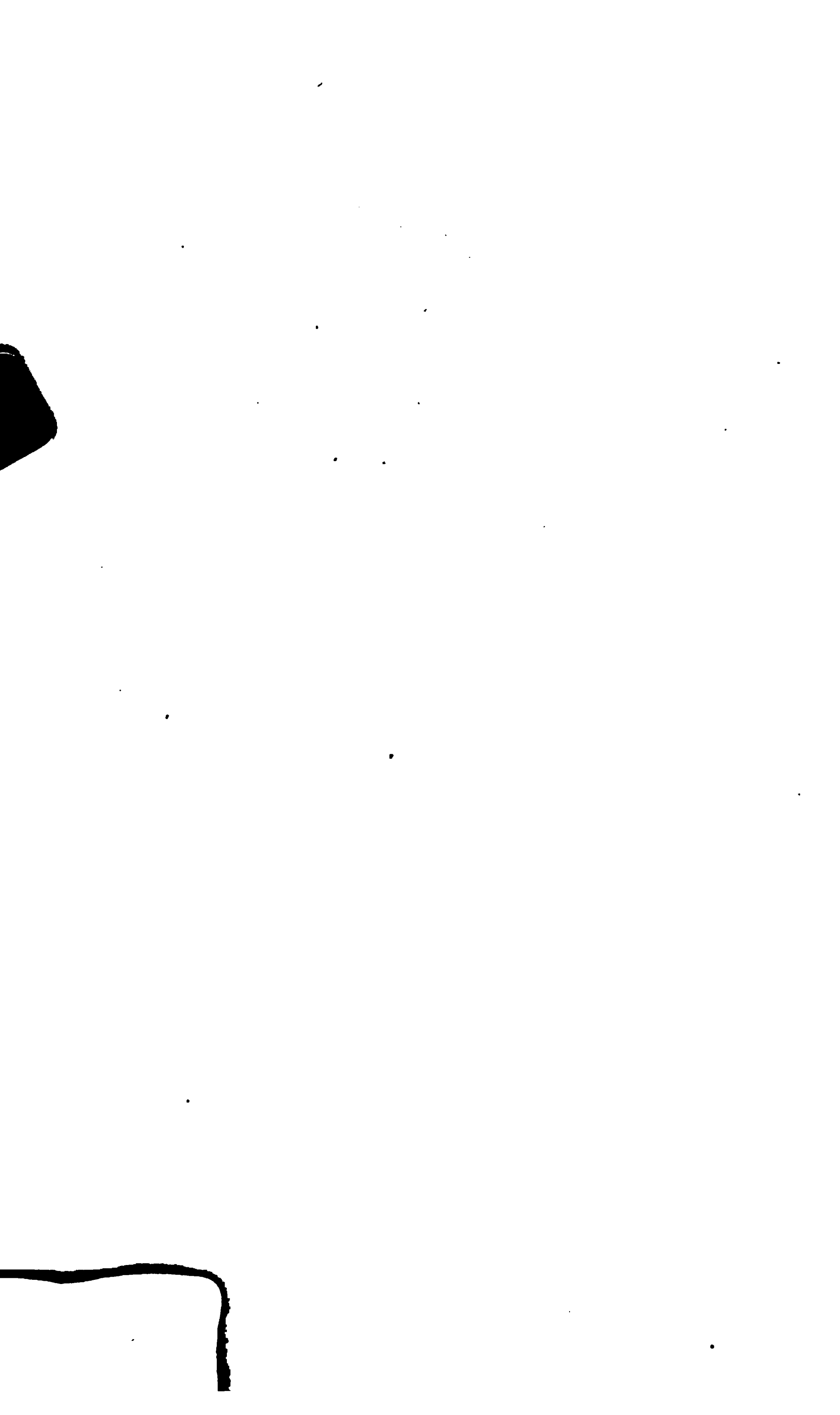


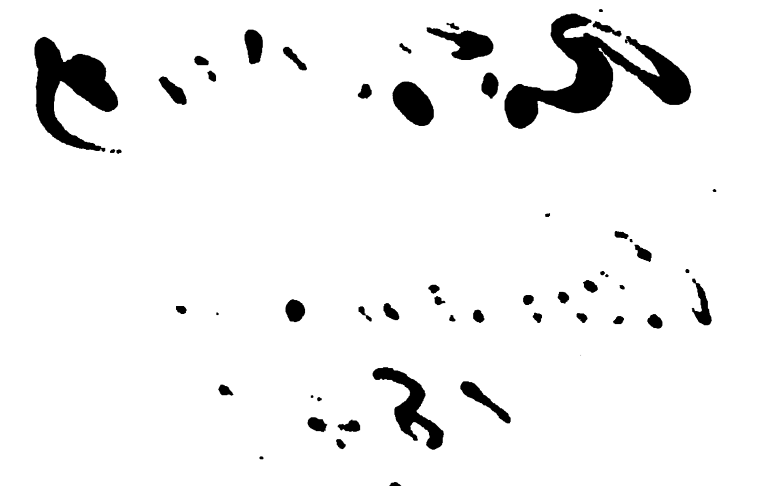


1620

R. G. Ward

Panama

1896



SIMÓN BOLÍVAR

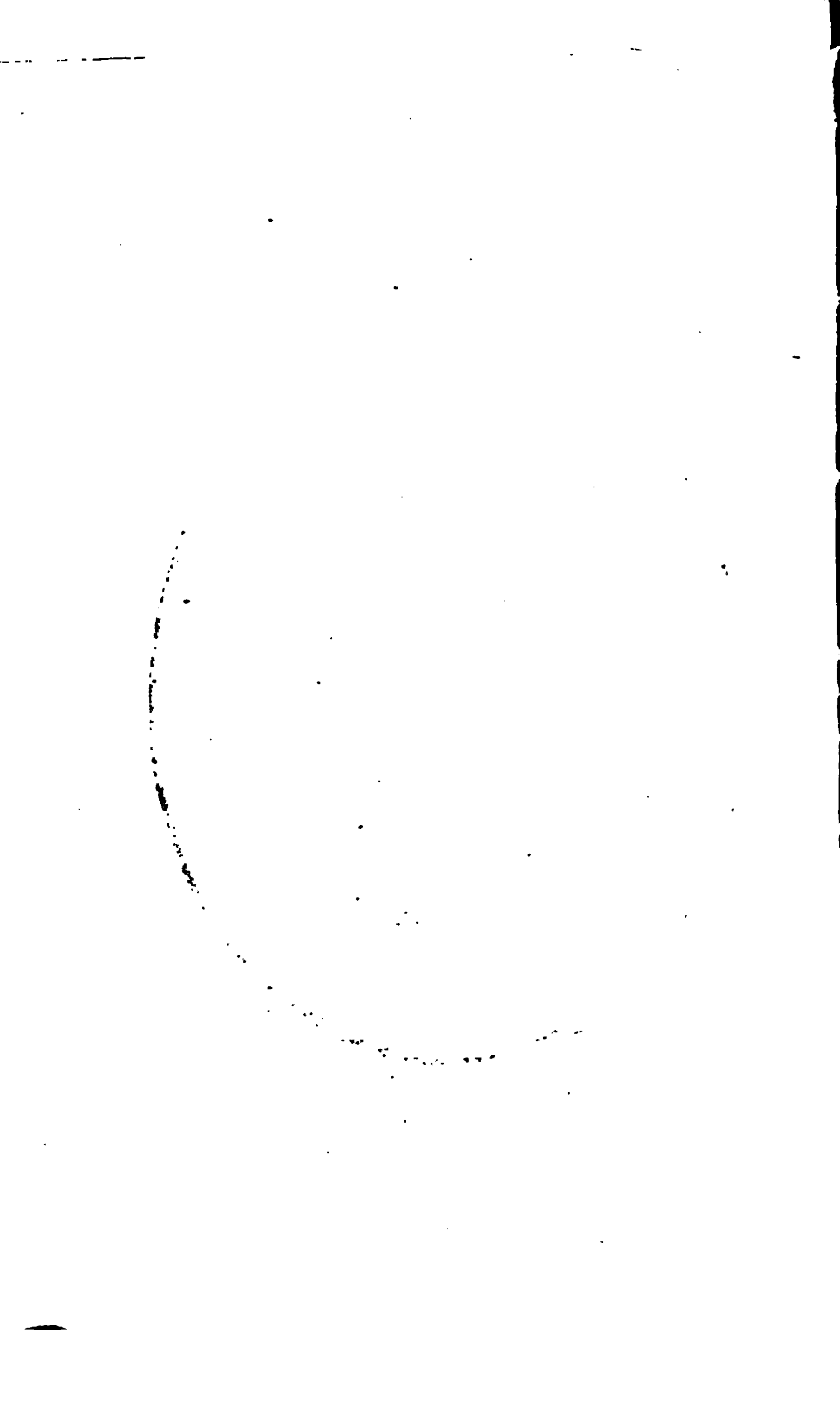
CORBEIL. — IMPRENTA DE RENAUDET.



BOLÍVAR

SIMÓN

BOLÍVAR



SIMÓN

BOLÍVAR

POR

EL MARQUÉS DE ROJAS

CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

OFICIAL DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA EN FRANCIA



PARÍS

LIBRERÍA DE GARNIER HERMANOS

6, CALLE DES SAINTS-PÈRES, 6

1883

La celebración del Centenario de Bolívar es un homenaje que honra á la patria del Libertador de cinco naciones, y al Gobierno que lo tributa con tan fervoroso entusiasmo.

La apoteosis del hombre que completó la obra del descubridor de un mundo, será presidida por el general Guzman Blanco, que dominando el espíritu de las revueltas civiles y restableciendo la paz de la República, ha mantenido la independencia de Venezuela, y

con la autoridad de su Gobierno, tan alta como la de Bolívar, le ha dado un puesto en el consejo de las Naciones.

Deseosos de concurrir de algún modo á tan solemne acto, y de hacer una ofrenda, siquiera la más modesta, en el ara santa de la gloria de Bolívar, hemos trazado, al correr de la pluma, este trabajo histórico. El muy breve tiempo de que hemos dispuesto para darle cima, nos desanimó en los comienzos de nuestra labor; pero pudo más el deseo, ya que no la consideración de que sólo pretendemos esclarecer algunos hechos publicando documentos inéditos que harán luz en la vida del LIBERTADOR.

La historia de Venezuela es todavía y será por mucho tiempo la historia de Bolívar, no ya sólo por merecimientos de quién trajo un mundo á la vida del derecho, sino también por virtudes de una generacion legendaria, que vive aun en el corazón de la patria, y llena con

sus recuerdos y con sus grandezas inmarcesibles la historia de todo un siglo.

El temor de herir la susceptibilidad de España, que tiene entre nosotros el cetro de la amistad, más merecedor de acatamiento que el cetro de su antiguo imperio, nos asaltó al narrar algunos episodios de la historia y aún puso freno á nuestro entusiasmo. Empero los descendientes de una generación que en cumplimiento de leyes ineludibles del progreso, combatió á España, con más denuedo y lealtad que los demás pueblos del continente americano, tienen la honra de haber sido los primeros en extinguir por siempre el fuego de odiosidades injustificadas, y de reconocerse vasallos de ella por amores y por gratitud del corazón.

El Centenario de Bolívar marca una nueva etapa en la vida de Venezuela. ¡Bién haya nuestra patria si esta apoteosis contribuye á afirmar la paz pública, y hace reverdecer en

la memoria de nuestros compatriotas las saludables enseñanzas del grande hombre que, habiendo sacrificado vida, nombre y fortuna en aras del bienestar público, fué mártir de su patriotismo y víctima impiamente inmolada en el nefando altar de la discordia!

París, 15 de Mayo de 1883.

BOLÍVAR

I

Simón Bolívar nació en Carácas el 24 de Julio de 1783, habiendo sido progenitores suyos D. Juan Vicente Bolívar y D.ª María de la Concepción Palacios y Sojo, ambos de abolengo noble y cuantiosa fortuna. El padre de Bolívar murió en 1786 : la madre en 1789.

La educación de Bolívar en sus primeros años hubo de limitarse á lo que podía en aquel tiempo aprenderse en Carácas ; primeras letras y rudimentos imperfectos de las lenguas española y latina.

En Enero de 1789 el tutor de Bolívar le envió á Madrid para que perfeccionara allí sus estudios. Bolívar, que para entónces tenía el título de Teniente de milicias de Aragua, residió algun tiempo en la coronada villa y contrajo allí exponsales con la señorita D.ª María Teresa Toro y Alayza, difiriéndose el matrimonio, porque la edad del novio apénas cifraba en los 17 años.

De Madrid pasó en 1801 á París, donde las ideas y costumbres contribuyeron muy mucho á formar su carácter. Regresó á Madrid, y sin más demora efectuó su matrimonio con la señorita Toro, embarcándose en seguida con ella para Venezuela. Diez meses después de su vuelta á Carácas, falleció su bella y amable compañera.

Resolvióse Bolívar á fines del mismo año á volver á Europa, y ésta vez se dirigió directamente de La Guaira á Cádiz. Pocas semanas pasó en Madrid, y fué después á Paris, donde permaneció algún tiempo.

En la primavera de 1805 emprendió un viaje de recreo por Italia, Holanda y Alemania

y se dirigió más tarde á los Estados Unidos de América, de donde regresó á Carácas á fines de 1806, decidido á la edad de 22 años, que entónces tenía, á vivir alejado de la política y ocupado exclusivamente en sus propios asuntos.

Hasta esa fecha no bullía en el cerebro de Bolívar, como lo afirman algunos historiadores, la idea de redimir á su patria.

Á su regreso, la situación de Venezuela era la siguiente. Desde fines del siglo pasado habían comenzado á soliviantarse los ánimos de los americanos en favor de su independencia. La conspiración de Gual y España había sido denunciada y descubierta en 1799. D. J. M. España había sido ahorcado en Carácas el 8 de Mayo de 1799. Gual que logró escapar con vida, había muerto envenenado en Trinidad, según se asegura, por un echadizo español.

El general Francisco de Miranda, con el apoyo del Gobierno Británico, más eficaz en la apariencia que en el fondo, había llegado al país con una expedición, organizada en los Estados Unidos, compuesta de una corbeta

armada en guerra, dos trasportes y algunos elementos.

Las autoridades españolas, oportunamente avisadas, se habían apoderado de los buques y de la mayor parte de los expedicionarios. Miranda pudo salvarse refugiándose en Trinidad.

De los prisioneros hechos á la expedición, diez habían sido fusilados en Puerto Cabello y degollados después de muertos. Los demás habían sido encerrados en los presidios de Cartagena y Puerto Rico.

En Trinidad había organizado el general Miranda una segunda expedición compuesta de 15 embarcaciones y 500 voluntarios, casi todos extranjeros. Con ella se dirigió á las costas occidentales de Venezuela y ocupó el puerto de La Vela y la ciudad de Coro, derrotando préviamente la columna española, fuerte de 1,200 infantes, que pretendió impedirle su desembarco, y apoderándose de un fortin y de más de veinte cañones.

Miranda, el verdadero precursor de la independencia venezolana, no había encontrado en Coro ninguna cooperación, ningún apoyo ni

simpatía entre los americanos, á quienes se había propuesto emancipar. Después de pasar cuatro dias en aquella ciudad, se retiró á La Vela, y de aquí guió á Oruba donde disolvió su expedición, dirigiéndose á Trinidad.

Los auxilios que había pedido á Jamáica le fueron negados, y en consecuencia abandonó el proyecto de dirigir la expedición sobre el Río de la Hacha en busca de mejor suerte para su noble causa. De Trinidad continuó viaje á Europa.

Estos sucesos tan desgraciados para la causa americana, habían producido en los ánimos de los venezolanos un pavor extremo.

Los acontecimientos ocurridos en España posteriormente modificaron un tanto la situación de las cosas. La abdicación de Cárlos IV en favor de su hijo, la de este en favor de su padre; la cesión de la Corona Española en favor de Napoleón, la proclamación de José Bonaparte como rey, la reacción efectuada en la península con motivo de tan oprobiosos sucesos, todo contribuyó eficazmente á despertar en Venezuela el deseo de promover la emanci-

pación de la patria. Pero aún no estaba colmada la medida.

Acordóse en Venezuela el desconocimiento de la autoridad de Bonaparte, y se reconoció despues de mil vacilaciones la Junta de Sevilla, y más tarde, en Enero de 1809 fué reconocida la Junta Central de España é Indias, como única autoridad para dirigir los asuntos de la Península y de sus colonias.

La tentativa de los americanos para constituir una Junta local, quedó frustrada. El brigadier D. Vicente Emparan llegó á Carácas con el carácter de Capitan general de Venezuela y comenzó, como era de esperarse, por oprimir á los criollos, declarando que no había otra ley ni otra voluntad que la suya.

Pero ántes de proseguir, detengámonos á contemplar la figura del general Miranda.

De inteligencia luminosa, de carácter reflexivo y austero, de temperamento firmísimo, sóbrio en costumbres y parco en juicios, probado en el crisol de la adversidad y atento siempre á la idea que engendró su mente, era Miranda de la madera de los hombres conven-

cidos que jamás tiemblan las consecuencias de un hecho ni reparan lo andado en el doloroso camino de las revoluciones políticas.

En Rusia fué bien quisto de todos y agasajado por Catalina; en Francia luchó como bueno, juntamente con los mejores caudillos de la Revolución; en los Estados Unidos de América riñó batallas y expuso enseñanzas, y en todas partes estuvo siempre al servicio de la libertad que él queria implantar en su oprimida patria.

La caida de los Girondinos, con quienes militara en la Revolución, amenguó su prestigio, é inesperadas infidelidades de la fortuna pusieron su nombre en tela de juicio y su vida entre los hierros de aquel mónstruo de recelos y de suspicacias que se llamó « tribunal revolucionario ».

En medio de estas grandes convulsiones no decayó un punto su acendrada fé, ni se dió á partido en el nobilísimo empeño de redimir á la patria; y, á despecho de las vacilaciones de Pitt y del gobierno de los Estados Unidos, partióse á Venezuela, corriendo á la aven-

tura, en persecución de la independencia.

Parte en todos los tormentosos sucesos que en aquel momento histórico agitaron al mundo antiguo de las supersticiones y al nuevo mundo de las esperanzas, fuéle dado á Miranda el arrojar en los campos de su patria la semilla fructífera del árbol santo de la libertad, regado con sangre y lágrimas de Francia en el Calvario de su grandiosa Revolución. Precursor y héroe *anónimo* de la independencia, no saboreó triunfos personales ni obtuvo mercedes. Su nombre y su apostolado fueron zaheridos por la calumnia. En la obra de la redención del mundo americano, Miranda fué el Nazareno que no detuvo su cansada planta en el camino del bién, y que llegó á la meta herido por sus abrojos y coronado de espinas.

II

Las tenaces persecuciones del Capitan General Emparan contra los americanos, y las noticias que llegaban de España relativas á la disolución de la Junta Central, contribuyeron grandemente á precipitar los sucesos.

La historia de lo ocurrido en Carácas el 19 de Abril de 1810 es de todos conocida; nos limitaremos, pues, á narrar someramente el hecho, prescindiendo de pormenores.

Celebrábase en aquel día la festividad de *Juéves Santo*, y el Capitan General juntamente con el Cabildo concurria á los oficios religiosos en la Iglesia Catedral. El trayecto desde

la Casa Capitular al Templo se hallaba guarnecido de tropas que tributaban á Emparan los honores de ordenanza.

Al llegar éste á la puerta principal de la Iglesia, detúvole bruscamente, asiéndole de un brazo, el valeroso patriota Francisco Salias quien le exigió que volviera al Cabildo porque la salud de la patria así lo demandaba. Sucedió á este hecho un ruidoso tumulto, que no fué parte para quebrantar la animosidad de los conjurados.

Emparan, atónito primero y confuso luégo, regresó al Cabildo ; las tropas que ántes le vitorearan negábanle ahora los honores. La conspiracion triunfaba.

Constituido el Cabildo ante Emparan, la inexperiencia de los revolucionarios habría bastado para darle tiempo de rehacerse moralmente al par que de anularlos, si no hubiera acudido á salvar la situación el Canónigo chileno Doctor José Cortés Madariaga, audaz, inteligente é instruido, quien sin pertenecer al Cabildo, tomó asiento en él á título de diputado del clero y del pueblo.

Madariaga enderezó las cosas con un discurso en extremo viril y elocuente, y pidió, como medida de seguridad, la deposición del Capitan General Emparan, deseada por todos.

Este, queriendo conocer la opinion del pueblo que á la sazon discurría tumultuosamente por la calle, asomóse al balcón, y preguntó en alta voz á la multitud, en la cual había muchos conjurados, si estaba satisfecha de su mando. Madariaga, situándose detrás de Emparan, hizo signos á la turba para que respondiera negativamente.

« No le queremos, » fué el grito general.

« Tampoco quiero mando, » contestó Emparan mal parado y mohino.

Estas palabras fueron consignadas en el Acta, como renuncia voluntaria de su autoridad.

Al triunfo de la conspiración sucedió el triunfo de la revolución.

El Ayuntamiento se constituyó á seguida en Junta revolucionaria; desconoció la autoridad de la Regencia de Cádiz y declaró que las provincias de Venezuela procederían al estable

cimiento de un Gobierno que ejerciera la autoridad á nombre y en representación de Fernando VII.

Entre las diversas resoluciones tomadas por la Junta de Carácas, una fué el envío de diputados á Lóndres, para participar lo ocurrido al Gobierno Británico, y conocer de cerca qué protección podia alcanzarse. Esta comisión, de la cual fué Bello el secretario, se componía de Bolívar y de Lopez Mendez.

Algunas veces nos hemos preguntado qué pudo inducir á Bolívar á aceptar una misión que probablemente sería infructuosa, en vez de ocupar en circunstancias tan graves un puesto militar en el cual pudo haber prestado á su patria servicios más importantes.

En las crónicas de aquella época se dá á este enigma la explicación siguiente. Bolívar, á su regreso de Europa en 1806, había decidido retirarse á la vida privada. Se dedicaba exclusivamente á estudiar y á gobernar sus intereses. Durante los tres años trascurridos hasta 1810 no cesó de protestar contra la tiranía de que era víctima su patria, pero tal vez no le

pareció oportuno el momento para la redención de Venezuela opresa y exangüe ; acaso en su claro juicio era inaceptable la fórmula de reconocer la autoridad de un Rey de España.

Corre como válido el rumor de que la revolución del 19 de Abril sorprendió á Bolivar en sus hermosas posesiones de Aragua, y sólo á instancia de sus numerosos amigos se decidió á aceptar la misión en Lóndres, juntamente con Lopez Mendez y Bello.

Embarcáronse los comisionados y al llegar á Portsmouth el 11 de Julio, dirigieron al *Foreign-Office* la siguiente carta:

La Suprema Junta Gubernativa, establecida últimamente en Carácas, Capital de las Provincias de Venezuela en la América Meridional, nos ha constituido sus diputados cerca de S. M. B. entregándonos pliegos que debemos poner en manos de V. E.

Tenemos el honor de notificar á V. E. este importante suceso, así como nuestra llegada el día de ayer á esta ciudad, despues de 31 dias de feliz viaje en el Bergantin Wellington de S. M. B. despachado desde la ísla de San Tomas por el General Cochrane para conducir nuestras personas á este Reyno.

Una vez que se nos envíe el correspondiente pasaporte,

como lo esperamos de la bondad de V. E. pasaremos sin dilación á esa Capital á cumplir debidamente nuestra comisión.

Dios guarde á V. E. muchos años.

Portsmouth, Julio 11 de 1810.

SIMÓN DE BOLÍVAR.

LUIS LOPEZ MENDEZ.

Excmo. Señor Ministro de Relaciones exteriores de S. M. B.

Ya en Lóndres celebraron una entrevista con el Marqués de Wellesley, secretario de Relaciones Exteriores del Gobierno de S. M. B. y pusieron en sus manos la credencial y la carta de Gabinete en que se participaba el nombramiento.

Publicamos á continuación ambos documentos.

D. Fernando Séptimo, Rey de España y de las Indias &ª y en su Real Nombre la Suprema Junta conservadora de sus derechos en Venezuela.

Por cuanto para la subsistencia y conservación de las relaciones amistosas que han existido hasta ahora entre

estas provincias y la Gran Bretaña, es necesario delegar comisionados cerca del Gobierno de S. M. B. que presenten los votos sinceros y generosos de Venezuela para estrechar más y más estos vínculos; reclamen sus derechos y entablen relaciones de recíproca utilidad entre estos habitantes y los vasallos de S. M. B. y conviniendo á estas Provincias no interrumpir la comunicación y buena armonía que existen entre ambos pueblos tan necesarias para la confianza y seguridad comercial. Por tanto he venido en nombrar, como en virtud de las presentes digo y nombro, en primer lugar al Caballero Coronel D. Simón de Bolívar ; en segundo al comisario ordenador D. Luis Lopez Mendez, y en calidad de auxiliar al Comisario de Guerra y Oficial 1.° de mi Secretaría de Estado, D. Andrés Bello, para que pasando á la Corte de Lóndres presenten á S. M. Británica por medio de su secretario de Estado la respetuosa consideración de este Gobierno : den Cuenta de la instalación de la Suprema Junta Gubernativa de las Provincias de Venezuela, en quien ha recaido por substitución de los derechos del Pueblo en fuerza de mi imposibilidad y de la disolución del Gobierno que provisionalmente me representaba en la Península, la Soberanía de las mismas Provincias : reclamen la alta protección de S. M. B. : ofrezcan por parte de este nuevo Gobierno la más cordial alianza, bajo la garantía de las disposiciones pacíficas y amistosas en que se hallan estos Pueblos con respecto á los vasallos de la Gran Bretaña : y sean el órgano de las comunicaciones que exijan entre unos y otros la necesidad y buena correspondencia y no se opongan á las leyes fundamentales de la Monarquía Española.

Hágase entender á los interesados por la Secretaría de

relaciones exteriores y tómese razón en las demás de este diploma. Dado en el Palacio de la Suprema Junta de Carácas á seis de Junio de mil ocho cientos diez, sellado con el de mis armas y refrendado por el expresado Secretario.

José de las Llamosas,
Presidente.

Martin Tovar Ponte,
Vice-Presidente.

Juan German Roscio,
Secretario de Relaciones Exteriores.

Excmo. Señor,

El Coronel D. Simón de Bolívar y el Comisario ordenador D. Luis Lopez Mendez están encargados por la Junta Gubernativa de Venezuela de conducir al Soberano de la Gran Bretaña los votos que hacen unanimemente los habitantes de estas provincias por la felicidad de su reinado y por la gloria de sus armas contra el enemigo común.

Los papeles que llevan consigo estos comisionados instruirán suficientemente á V. E. de los motivos que han producido en Carácas el establecimiento de un Gobierno más análogo á las circunstancias y más propio para precaver los riesgos inminentes de que nos hallamos amenazados. La sabiduría y justicia de V. E. nos hacen esperar que aplaudirá la conducta de un Pueblo generoso, fiel á sus deberes y cordialmente amigo de la

Inglaterra; del pueblo que alzó en América los primeros gritos contra el opresor de la Europa, invocando la unión con la potencia que acaudillaba los esfuerzos de la libertad continental, y que consecuente á sus principios y á su conducta anterior ha dado á los demás de América el ejemplo más saludable en estas circunstancias, por que es el que mejor concilia los intereses particulares de los habitantes del Nuevo Mundo con los de todo el Imperio Español.

Será sensible que las pasiones de algunos individuos interesados en eternizar la antigua servidumbre americana, conspiren á denigrar nuestros motivos y á atribuirnos principios incompatibles con los deberes de Ciudadanos Españoles, cuando sólo se nos oye reclamar los que corresponden á este honroso carácter.

Esperamos que V. E. se digne acoger las solicitudes que los Comisionados llevan el encargo de presentarle, y de aceptar el testimonio de nuestro respeto y consideración.

Dios guarde á V. E. muchos años,

Carácas, 6 de Junio de 1810.

Excmo. Señor,

José de las Llamosas.

Martin Tovar Ponte,

Excmo Señor Ministro de Estado de S. M. Británica.

En los testimonios precedentes se destaca un « de », antepuesto al apellido de Bolívar, que

pudiera tener sabor de aristocracia en paladares demagógicos. Bolívar, luégo de haber regresado á su país, suprimió la partícula. Nadie, sin embargo, con más derecho que él á usar adjuntos al apellido signos que expresan el merecimiento personal en los pueblos cultos y civilizados, siendo así que á su familia estaban vinculados el Marquesado de Bolívar, el Condado de Caporete y el Señorio de Aroa.

Tal punto, nimio en apariencia, es de suyo importante porque este y otros dieron pretexto á escritores españoles para azotar el rostro de Bolívar con la acusación calumniosa de *aristócrata.*

En la mayoría de las Repúblicas de la América española, las ideas democráticas arrastraron en pos desbordamientos de pueblos, hechos de antiguo á servidumbre colonial que envilece, y exaltaron vulgaridades odiosas. La reacción se entronizó. Túvose entónces por incompatible con las nuevas instituciones políticas el uso de títulos y condecoraciones, y el mérito, despojándose de su representación, arrojó condecoraciones y títulos á la hoguera

inextinguible de una igualdad social ficticia, tan mal entendida como practicada. Se confundía malamente la igualdad política que engendra la República, para cubrir con un mismo manto á los ciudadanos todos, con la igualdad social, siempre inasequible, cualesquiera sean las formas de gobierno. Justo y plausible es buscar la igualdad procurando elevarse en alas del mérito á la cumbre donde viven los ciudadanos más distinguidos de un país, pero injusto y censurable despeñar á estos de la altura en que están para que se arrastren abajo, en union de los que no pudieron llegar á ella por falta de merecimientos.

El Gobierno Británico, ligado á España por tratados de alianza, no podia en aquellos momentos hacer un recibimiento oficial á los Comisionados de Carácas, sin faltar á graves deberes internacionales. Por otra parte, deseoso de obtener en América las ventajas posibles para su comercio, no le convenía desairar á los enviados de Venezuela, sino agasajarles para recabar de ellos algún acuerdo mediante

el cual se consiguiera la reconciliación de la Colonia con la madre Patria.

En consecuencia les recibió oficiosamente y les hizo en privado cuantas atenciones habría podido acordarles públicamente, pero sin la solemnidad anexa á tales actos. Convínose entónces en que las negociaciones se emprendieran por medio de memoriales y protocolos no autorizados, y así se hizo.

El siguiente documento contiene las proposiciones de Bolívar y Lopez Mendez al Gobierno inglés.

I

Londres, 21 de Julio de 1810.

Los comisionados de la Junta Suprema de Venezuela, presentando sus respetos al Excmo. Señor Marqués Wellesley, tienen el honor de indicarle, en virtud de lo que S. E. se ha servido insinuarles en su conferencia del jueves último, las miras de su Gobierno en la misión que les ha conferido.

El primer deber de los comisionados es suplicar á S. E. se sirva ser el intérprete de su profundo y respetuoso reconocimiento á la benévola acogida que S. M. B. se ha dignado dar á los votos del Pueblo y Gobierno de Venezuela.

Impuesto S. E. de los principios que ha tenido la trans-

formación política de aquellas Provincias, y del espíritu que anima á la Junta Suprema, no puede ménos de ver en ellos el mejor garante de la sincera disposición de los Pueblos de Venezuela á conservar sus relaciones de amistad, comercio y buena correspondencia con los súbditos de S. M. B.

Las solemnes declaraciones de aquel Gobierno, incluyen además la seguridad de que muy léjos de aspirar Venezuela á romper los vínculos que la han estrechado con la Metrópoli, sólo ha querido ponerse en la actitud necesaria para precaver los peligros que la amenazaban. Independiente como lo está del Consejo de Regencia, no se considera ménos fiel á su Monarca, ni ménos interesada en el éxito feliz de la santa lucha de España.

Desenvuelta así la posición de Venezuela, se hallan á descubierto sus intereses y los objetos de esta misión.

1.° Venezuela, como parte integrante del Imperio Español, se halla amenazada por la Francia, y desea apoyar su seguridad en la protección marítima de la Inglaterra.

El Gobierno de Venezuela desearía también que por el de S. M. B. se le facilitasen del modo conveniente los medios que puedan serle necesarios para defender los derechos de su legítimo Soberano, y para completar sus medidas de seguridad contra el enemigo común.

2.° La resolución de Venezuela puede ser un motivo de discusiones desagradables con las Provincias que hayan reconocido la Regencia, y este Gobierno Central tratará acaso de hostilizarla directamente, ó de turbar su paz interior, fomentando facciones peligrosas.

Los habitantes de Venezuela solicitan la alta mediación de S. M. B. para conservarse en paz y amistad con sus hermanos de ambos hemisferios.

3.° Requiriendo la continuación de las relaciones de amistad, comercio y correspondencia de auxilios entre las Provincias de Venezuela y la Madre Patria, algunas estipulaciones entre los respectivos Gobiernos, el de Venezuela se prestaría con toda confianza á ellas bajo la garantía de S. M. B.

Sería también tan importante como conforme á los deseos de la Junta de Venezuela, que el Gobierno de S. M. B. se sirviese expedir instrucciones á los Jefes de las Escuadras y colonias de las Antillas, para que favoreciesen del modo posible los objetos insinuados, y muy especialmente las relaciones comerciales entre aquellos habitantes y los súbditos de S. M. B. que gozarán de nuestro comercio, como una de las naciones más favorecidas.

Los Comisionados no deben terminar esta exposición sin asegurar á S. E. el Marqués Wellesley que su deferencia corresponderá en todos casos al modo franco y amistoso con que S. E. les ha hecho el honor de tratarlos.

Á estas proposiciones contestó el Gabinete Británico en los términos siguientes:

II

Se dará la protección marítima de la Inglaterra á Venezuela contra la Francia afin de que aquella Provincia pueda defender los derechos de su legítimo Soberano, y asegurarse contra el enemigo común.

Se recomienda con ahinco que la Provincia de Vene-

zuela intente inmediatamente una reconciliación cordial con el Gobierno Central, actualmente reconocido en España, y trate en primer lugar de establecer una acomodación amistosa de todas sus diferencias con aquella autoridad.

Se ofrecen cordialmente los buenos oficios de la Inglaterra para aquel propósito útil. Entre tanto, se emplearán todos los esfuerzos de una interposición amigable con el objeto de prevenir la guerra entre la Provincia y la Madre Patria y de conservar la paz y amistad entre Venezuela y sus hermanos de ambos hemisferios.

Con los mismos objetos amigables se recomienda con ahinco que la Provincia de Venezuela mantenga las relaciones de comercio, amistad y comunicación de socorros con la Madre Patria.

Se emplearán los buenos servicios de la Inglaterra para conseguir un ajustamiento de tal modo, que se asegure á la Metrópoli la ayuda de la provincia durante la lucha con la Francia, bajo las condiciones que parecerán justas y equitativas, conforme á los intereses de la Provincia, y provechosas á la causa común.

Las instrucciones que se piden en este artículo, se han mandado ya á los Oficiales de Su Majestad, con la plena confianza de que Venezuela continuará manteniendo su fidelidad á Fernando Séptimo, y cooperando con la España y con Su Majestad contra el enemigo común.

El protocolo del asunto que á continuación publicamos, dará una idea exacta de la negociación.

Memorandum de las Conferencias celebradas entre el Marqués de Wellesley y los comisionados de Venezuela, entregado á ellos y á los Ministros de España el mismo día 8 *de Agosto de* 1810.

En la primera conferencia habida entre el Marqués Wellesley y los Señores Coronel D. Simon de Bolívar y D. L. Lopez Mendez, Comisionados de Venezuela, aquel les enteró de las circunstancias que necesariamente impedían toda comunicación formal ó de oficio entre el gobierno de Su Majestad, y la provincia de Venezuela ó sus Agentes en su condición actual.

Los actos públicos de las provincias, de los cuales se habian comunicado copias á Lord Wellesley, y la representación dirigida á Su Majestad por las Autoridades provisionales, constituidas en Carácas, expresaban una declaración de principios y de miras que permitia, al parecer, una comunicación amistosa con los comisionados, no sólo conforme con las relaciones que existían entre Su Majestad y la Regencia de España, sino también apetecible afin de conservar los derechos del legítimo Monarca de España, y de combinar las várias secciones del imperio español en un sistema de oposición unida contra la usurpación de la Francia. De aquellos documentos se deduce que Venezuela ha declarado constantemente su vigorosa adhesión á Fernando Séptimo, ha constituido las Autoridades provisionales de su gobierno en el nombre y favor de aquel Príncipe, y ha limitado la existencia de aquellas autoridades hasta el momento en que se restituya al Trono de España.

Por los mismos testimonios parece que esta provincia

ha declarado también su determinación de contribuir con todos las esfuerzos posibles al socorro de la Metrópoli, durante la continuación de la lucha contra Francia.

Además, ha expresado en los términos más enérgicos una determinación firme de oponerse al progreso del poder frances y de cooperar cordialmente con el Gobierno Británico, como aliado de Fernando Séptimo, á los fines comunes de la Alianza.

No obstante la declaración de estos principios, y la aprobación que merecen de parte del Gobierno de Su Majestad: la separación formal entre la provincia y la Autoridad Central reconocida en España, sugirió la necesidad de conducir la correspondencia entre la Inglaterra y Venezuela del modo que pareciera ménos apto para favorecer el espíritu de división entre las provincias españolas de la América meridional y la Metrópoli: para no correr el riesgo de una interrupción en las buenas relaciones que ahora subsisten entre el Gobierno de Su Majestad y la Regencia de España.

Esta precaución debe juzgarse igualmente provechosa á ambas partes, unidas en una causa común, pues es claro que el proceder más prudente á los intereses de España y de los aliados, será aquel que combine la mayor parte de los esfuerzos de las várias secciones del Imperio español, afin de conseguir el objeto general de conservar la monarquía y de resistir á la Francia.

Estas consideraciones justificaron la acogida amistosa de los Diputados de Venezuela, pero pareció que se consultarían mejor los propios intereses de Venezuela por el sistema de comunicación que se había adoptado, que por algún otro más formal, que podría ser ofensivo á la Regencia de España.

Pero al acordar á los Diputados de Venezuela la acogida á que eran acreedores, Lord Wellesley consideró su deber principal el representarles sin reserva el peligro á que se exponían los intereses generales de la Monarquía Española y de los aliados por la separación entre Venezuela y la autoridad reconocida en España, y por esa razón procuró en primer lugar inculcar la utilidad urgente de proseguir medidas de conciliación, que se dirigiesen á reunir la provincia con la autoridad que actualmente ejerce el Gobierno de la Metrópoli en el nombre de su Soberano común.

Lord Wellesley manifestó que esta unión era de la más alta importancia para todos los objetos que la provincia había indicado; para la conservación inmediata de los derechos de Fernando Séptimo y de la Monarquía en su integridad; la armonía y órden completos; para la prosecución vigorosa de la guerra contra la Francia por medio de una combinación eficaz y sistemática de todos los recursos y poder del Imperio, y, especialmente, para el objeto principal que se proponía públicamente la provincia de Venezuela, el de dar á la Metrópoli el socorro más eficaz en la crísis de su destino.

Á fin de alcanzar ese empeño, no había medios más oportunos que los derivados de la fuerza que se sacaría por el Gobierno Central en la administración de los recursos generales de la Monarquía gozando de la unión constante y del apoyo nunca interrumpido de cada provincia y colonia.

Con respecto á los agravios locales ó temporales de que la provincia se quejaba bajo el Gobierno provisional establecido en España, Lord Wellesley manifestó que estas consideraciones eran más bién motivos para una

representación urgente á aquel Gobierno, de un ajustamiento amistoso ó de la interposición de los buenos oficios de los aliados, que la justificación de una separación positiva y súbita del Gobierno general del Imperio.

Consintieron los Diputados en principio en estas representaciones, pero oponiéndose á la conclusión práctica é insistieron en que la provincia de Venezuela, bajo la forma que acababa de tomar, contribuiría con mayor eficacia á mantener la causa de su legítimo soberano y de la Metrópoli, que con una unión íntima con la Autoridad que actualmente existe en España; y añadieron que desesperaban totalmente de obtener cualquiera otra reparación de sus agravios, que pudiera hacerles capaces de cooperar eficazmente contra el enemigo común, si no conservaban la forma de Gobierno que ya habían constituido, como el único órgano por el cual pudieran conservar los derechos de Fernando Séptimo en la provincia de Venezuela contra la usurpación de Francia.

Sobre todo, expusieron que los Gobernadores y Agentes nombrados recientemente por el Gobierno Central de España, en la provincia de Venezuela, estaban convictos de mala voluntad hácia Fernando Séptimo, y de afección á los intereses de Francia; y que la causa principal de haber sido expulsados era la publicidad de su traición á la causa española.

Además declararon que no tenían autoridad alguna para tratar de la reunión de la provincia con la Autoridad Central en España: que eran solamente Agentes del Gobierno formado en Carácas, y que no estaban autorizados para hacer más, que explicar los sentimientos y las miras de aquel Gobierno á Su Majestad y recibir contestación.

En este estado, no quedaba otra alternativa que la de dejar á la provincia de Venezuela que prosiguiera su camino sin ninguna interposición amistosa de parte del Gobierno de Su Majestad, ó interponer sus buenos oficios, para procurar solamente salvar la provincia de un peligro inmediato, y deducir de los actos de ella, que parecían de acuerdo con los intereses generales de España y de la Alianza, los resultados útiles que pudieran presentar medios de aplicar una parte de los recursos de Venezuela al socorro de España en la crísis actual, y últimamente preveer el modo de conservar á Venezuela para su legítimo Soberano.

Omitiendo esfuerzos para valerse de esta especie de interposición amistosa, se hubiera dejado á la provincia expuesta á todos los peligros que pudieran temerse de las asechanzas del enemigo común, de la intriga y facción interior de otras Potestades.

Era de temerse que Venezuela, en tal caso, pudiera verse obligada á seguir un camino que habría podido alejarla inmediatamente de los aliados, y separarla irreparablemente de su legítimo Soberano, y de la Corona y Monarquía Españolas.

Pareció más prudente interponer los buenos servicios de Inglaterra con el objeto de prevenir un peligro común á España, á la América meridional y á la Alianza : por consiguiente, se pidió á los Diputados de Venezuela que se sirvieran exponer de un modo oficioso las miras y objetos de aquella provincia en la Comisión que les había confiado.

Del mismo modo y con idéntico objeto de conservar en la crísis actual la mejor armonía posible entre Venezuela y la Metrópoli, se recibieron las proposiciones he-

chas por los comisionados, con sentimientos de amistad y de benevolencia; esperándose que sirvan de base á un sistema de conciliación, tal, que prevenga la calamidad de la guerra entre la Metrópoli y la provincia, y últimamente promueva los grandes intereses de la Alianza.

Las proposiciones de los comisionados se hallan en el documento Nº (1) y la contestación á dichas proposiciones en el documento Nº (2).

Los Comisionados del Gobierno de Venezuela suplican á S. E. el Señor Marqués de Wellesley les permita hacer dos observaciones relativas á la respuesta dada por S. E. á su primera nota y al Memorandum de la comunicación entre el noble Lord y los comisionados.

La Junta de Venezuela se prestará gustosa y cordialmente á negociaciones con la Regencia de una naturaleza conciliatoria, no alterándose en ellas la base sobre que se ha erigido el actual Gobierno de aquellas provincias; á saber, la necesidad de no reconocer la Soberanía del Consejo de Regencia. Sin embargo, las provincias de Venezuela cooperaran eficazmente á la defensa de la Madre Patria con todos los medios que se hallen á su alcance.

En el memorandum se expresa que « los comisionados expusieron particularmente que los Gobernadores y Agentes recientemente empleados por el Gobierno Central de España en la provincia de Venezuela, habían sido convencidos de desafecto á Fernando Séptimo y de adhesión á los intereses de la Francia, y que su expulsión había sido principalmente ocasionada por la noto-

riedad de su traición á la causa española. » Los comisionados conceptúan necesario aclarar estas expresiones reduciéndolas á que, de los Gobernadores, unos procedían abiertamente á favor del Imperio frances, y los otros se hacían sobradamente sospechosos de la misma adhesión y miras de reconocer la soberanía del intruso rey de España.

Los comisionados, renuevan á nombre de su Gobierno, el testimonio de su cordial gratitud á las benévolas intenciones de S. M. B.

10 de Agosto de 1810.

El asunto estaba terminado sin ningún resultado satisfactorio para Venezuela. Bolívar así lo comprendió y resolvió al punto regresar á Carácas. Véase la esquela verbal que dirigió con este motivo al Ministro Británico.

D. Simón de Bolívar y D. Luis Mendez tienen el honor de saludar á S. E. el Marqués de Wellesley y de felicitarlo por el restablecimiento de su salud.

Suplican á S. E. les permita hacerle presente que habiéndose terminado los objetos de su venida á Inglaterra, les importa regresar á Venezuela con la posible prontitud : y como el Gobierno de S. M. B. se ha servido ofrecerles al intento un buque de guerra en que verificarlo con toda seguridad, han creido oportuno avisar á S. E. que por su parte se halla todo listo y concluido,

al mismo tiempo que le ruegan se digne ser el órgano de su respetuosa gratitud á S. M. por esta nueva prueba de su Real benevolencia.

Lóndres, 30 de Agosto 1810.

El gobierno Británico hizo preparar en consecuencia un buque de guerra que trasladara á los comisionados. De estos, permaneció en Lóndres Lopez Mendez, en tanto que Bolívar volvía á su patria.

¿Llegó solo, como lo aseguran algunos historiadores ó junto con el general Miranda, según testimonio de otros? Cuestión es ésta de poco interés para la historia; pero, á ser cierto el último dato, la fecha de la llegada á la Guaira deberá fijarse el 10 de Diciembre de 1810, y no el 5 como lo asegura la mayoría de los historiadores.

En prueba de ello, hé aquí la carta dirigida por el Señor Juan G. Roscio, ministro de relaciones exteriores en Carácas, al general Miranda, en respuesta á la que este le escribió participándole su regreso. Este documento con-

tradice muchas de las apreciaciones históricas hechas hasta hoy con referencia á las dificultades que, según se asegura, tuvo el gobierno de Carácas para recibir á tan digno huésped.

Acaba de recibir S. A. con el Oficio de Vd. de 10 del corriente los despachos de cuya direccion se encargó Vd. en Lóndres, Curaçao y á bordo del bergantin Argos.

Al instruirse de dicho oficio, S. A. ha tenido presente igualmente el otro que Vd. remitió desde Lóndres el 3 de Agosto último. Uno y otro no respiran más que amor á la Patria; y esta virtud de que Vd. manifiesta estar profundamente penetrado, su concepto público, sus antiguas negociaciones en favor de la América, y las particulares recomendaciones que han hecho en favor de Vd. los Comisionados de S. A. en Lóndres, D. Luis Lopez Mendez y D. Simón de Bolívar, han recibido de S. A. el correspondiente permiso para que Vd. pueda pasar á esta Ciudad con la brevedad que guste.

Al entrar en esta Ciudad, Vd. desconocerá sin duda la Patria de quien se separó en años pasados. Entónces ella estaba oprimida y degradada por el despotismo y la tiranía : las bendiciones que el Cielo había prodigado sobre estos países, eran infructuosas bajo el influjo de unos enemigos de la humanidad, y cada Ciudadano aislado al parecer entre sus propias paredes, apénas podía consultar por su tranquilidad. Es muy distinta al presente la perspectiva que esta misma Patria ofrece á las miras de Vd. Á la antígua tiranía ha sucedido un Gobierno, cuyo único objeto es la felicidad de los

Pueblos que le están á cargo: no hay mejora que no se procure emprender; y cada ciudadano, intimamente persuadido de que sus primeros deberes son hácia la Sociedad, no es su propio interés, sino el bien común el que solicita en todas sus acciones.

Vd. va á aumentar el número de estos: y cuanto mayores son las ventajas que han proporcionado á Vd. la ilustración, la experiencia y el conocimiento de las Cortes extrangeras, tanto más son las obligaciones que Vd, ha contraido en favor de un país que le vió nacer, y que ahora lo recibe. Tales son las esperanzas que el Pueblo de Carácas ha concebido al saber la llegada de Vd; y S. A. concediéndole el permiso que Vd. solicita para venir á esta Ciudad, crée que serán realizadas. Á este efecto y de su órden superior lo comunico á Vd. para su inteligencia.

Dios gue á Vd. mˢ aˢ. Carácas Diciembre 11 de 1810.

JUAN G. ROSCIO.

Señor D. Francisco Miranda.

Y si algo faltara para comprobar lo dicho y esclarecer los proyectos del general Miranda, la siguiente carta que dirigió al Gobierno Británico desvanece no sólo aquella duda, sino también algunas otras que tienen relación con el infortunado General.

Carácas 7 de Enero de 1811.

Al nobilísimo Marqués de Wellesley.

De conformidad con mi correspondencia escrita y verbal con V. E. acerca del estado político de Sur-América, y particularmente de la provincia de Venezuela, salí de Inglaterra el 10 de Octubre, llegué á Barbada el 19 de Noviembre, á Curaçao el 28 del mismo y desembarqué en la Guaira el 10 de Diciembre último. El Gobierno y pueblo de Venezuela me recibieron con gran júbilo, amistad y afecto, confiriéndome en el acto recompensas civiles y militares. Por estos medios espero ejercer la influencia requerida con el objeto de promover los intereses de la Gran Bretaña de un modo compatible con la prosperidad y seguridad de estas provincias.

Á mi llegada á esta Capital comuniqué al Gobierno las miras y deseos del de S. M. B. con respecto á la seguridad de estas provincias, y al apoyo que ellas debian al mismo tiempo dar á la causa española en la península. Encontré sus sentimientos en perfecto acuerdo con las miras de V. E. y no dudo que proseguirán en la misma línea de conducta moderada, que se ha observado hasta hoy, á pesar de las provocaciones y del violento proceder de los Agentes de la Regencia española en Puerto-Rico, sin los cuales no habria ocurrido disturbio alguno en Coro ni en Maracaïbo, ni en esta Capital, donde sus maquinaciones obligaron al Gobierno á tomar violentas medidas muy agenas á sus deseos y al espíritu de conciliación que estaban siguiendo ; se han reparado ya los daños y nada turbará, así lo espero, la tranquilidad de que se disfruta en esta Capital.

El muy honorable Nicolas Wansittart, como dije á V. E. es mi apoderado; y como mi patria me ha comferido ya cargos militares incompatibles, según lo concibo, con cualquier emolumento extrangero, suplico á V. E. se sirva disponer el ajuste de mi pension de conformidad con el memorandum que dejé cuando salí de Inglaterra, reiterando mis más sinceras gracias al Gobierno Británico, por el apoyo y pensión que me concedió, mientras mi residencia en Inglaterra fué necesaria con el fin de promover la emancipación y proteger los intereses de las colonias Sur-Americanas.

En carta particular á Sir Richard Wellesley he mencionado algunas circunstancias relativas al interior de la provincia de Carácas y al limítrofe reino de Santa Fé de Bogotá. Si los hechos allí referidos interesan de algun modo á V. E, puede tenerlos como ciertos.

Con el mayor respeto y la más alta consideración quedo de V. E., Milor, su muy obediente y humilde servidor.

Francisco de Miranda.

Hemos copiado esta carta, así como los documentos insertos anteriormente, en los archivos de Lóndres, con la generosa venia del gobierno británico:

III

No terminó el año de 1810 sin acontecimientos de alguna gravedad. Casi todas las provincias de Venezuela secundaron el movimiento de Carácas; pero las de Guayana, Coro y Maracaibo pretendieron contrarrestarlo con las fuerzas militares de que disponian. Esta resistencia contribuyó poderosamente á fomentar la reacción en el sentido español, y á encender en el ánimo de los patriotas y autores del movimiento iniciado en 19 de Abril, el deseo de llegar á la verdadera fórmula de la revolución, ó sea á la independencia de Venezuela.

En esta misma sazon llegó á Carácas la noticia de las horribles matanzas llevadas á cabo en Quito por las Autoridades españolas. Sesenta personas, muy notables algunas, contra las cuales se procedió en juicio de conspiración, fueron degolladas impíamente en la prisión, y profanados sus cadáveres por la tropa que ejecutó el crímen.

Este infame atentado que causó general duelo en Carácas, bien al contrário de desanimar á los patriotas, pintó más al vivo en su imaginación el deseo de tomar represalias. En la pira de la guerra, á medio arder, fueron arrojadas una á una las pasiones del encono y de la venganza. España contribuyó á fomentar el incendio porque la Regencia de Cádiz, al saber lo ocurrido, declaró rebeldes é insurgentes á los venezolanos y decretó el bloqueo de la provincia de Carácas, enviando á D. Antonio Cortabarría con facultades *omnímodas*....

Por entónces había ya corrido sangre en varios puntos de Venezuela. Las fuerzas españolas, estacionadas en Coro al mando de Ce-

ballos, fueron atacadas con buen éxito por las fuerzas venezolanas al mando de Toro. Las de Miyares, que desde Maracaibo llegaron en auxilio de Ceballos, fueron también derrotadas.

Á este punto de la revolución se restituyeron á Venezuela Bolívar y Miranda. El pueblo recibió á este con entusiasmo indescriptible, y la Junta le nombró en el acto Teniente General. Su presencia en el país fué motivo de plácemes y de confianza en el ánimo de los patriotas todos.

Se hacian elecciones generales en Venezuela con el fin de constituirla legalmente. Miranda fué nombrado Diputado. El Congreso nacional se instaló el 2 de Marzo de 1811, y uno de sus primeros actos fué organizar el Poder Ejecutivo á cargo de tres Ciudadanos eminentes, los señores Padron, Escalona y Mendoza.

El desempeño de su misión era para estos Gobernantes extremadamente difícil, porque Bolívar y Miranda habian constituido una sociedad patriótica, compuesta de los más exaltados partidarios de la independencia ; en el campo realista cundía la alarma y era cada vez

ménos hacedera la comedia del Gobierno en nombre de Fernando VII. De necesidad era trazar una línea divisoria entre aquella primera etapa de la revolución y las venideras, y á ello contribuyeron principalmente Miranda y Bolívar por medio de la Sociedad patriótica.

Los realistas imitaron á sus adversarios tratando, bien que sin fruto, de restablecer el perdido poderío. En Cumaná pretendieron infructuosamente apoderarse de una fortaleza. En Guayana quemaron y pusieron á saco el pueblo de Cabruta. Á poco andar, la situación se hizo tan difícil, que no fué posible prolongarla, y el Congreso Nacional se decidió á proclamar la Independencia de Venezuela. Esto ocurrió el 5 de Julio de 1811.

En esta fecha memorable fué completamente desconocida la Autoridad de España en Venezuela, y llamada ésta á constituirse en Nación soberana é independiente, pudiendo adoptar la forma de Gobierno que más le conviniera.

Esta declaración lanzada en son de reto, hizo que los realistas no perdieran tiempo en

conspirar abiertamente contra el nuevo órden establecido. Un movimiento que, dirigido por varios isleños de Canarias se inició poco después en las cercanías de Carácas, fué sofocado sin hacer uso de las armas.

Otro de mayor importancia ocurrió en Valencia. Esta vez fué preciso combatir, y las tropas republicanas, al mando del general Miranda, entraron á fuego y sangre en aquella Ciudad, después de vencer la obstinada resistencia de los enemigos quienes se rindieron á discreción. Esta campaña costó al Gobierno Republicano más de 800 muertos y 1,500 heridos. Bolívar se distinguió en el combate.

Muy censurado fué entónces el propósito de los venezolanos de llevar á cumplido término la independencia que acababan de proclamar. En España particularmente, se les calificó de ingratos, rebeldes, malvados y otros epitetos no ménos afrentosos, ora en documentos oficiales emanados del Gobierno, ora en obras y palabras de los más eruditos escritores. Gran desastre era ciertamente para España la pérdida de sus colonias de América ; pero el he-

cho, juzgado á conciencia era lógico y fatal, é inevitable su realización en el órden providencial de los humanos sucesos.

Las Colonias tienen siempre una secreta aspiración á la independencia ; más intensa, miéntras más grandes y ricas. Así como en el mundo de la familia el hijo desea la mayoría para emanciparse de la patria potestad, así en el mundo de las naciones las Colonias desean tener una patria *propia* y gobernarse por sí mismas.

La sociedad civil ha fijado en sus Códigos la edad en que por ministerio de la ley queda relajada la autoridad paterna ; pero las sociedades políticas no han podido someter á reglas su dominación colonial. Los Gobiernos sabios y previsores, como el de la Gran Bretaña, otorgan á sus Colonias los mismos derechos y regalías que disfrutan los Ciudadanos de la Metrópoli. Este sistema ofrece la ventaja de retardar, por lo ménos, la época de la emancipación. España procedió en América de un modo muy inconsulto, convirtiendo sus ricas Colonias en patrimonio de mandatarios venales.

En cuanto á la independencia de Venezuela, el hecho no solamente fué legítimo si que también inevitable. El sufrimiento de los venezolanos habia llegado á su colmo. Allí no se permitía la instrucción, ni se toleraba la imprenta, ni se concedía la lectura de libros ; el comercio era privilegio exclusivo de los peninsulares, así como también la industria ; los desdichados colonos apénas tenian permiso para cultivar sus campos, bajo innumerables restricciones y tributos, y debian invertir el tiempo en oir pláticas y sermones en honra y enaltecimiento de los Reyes de España.

Para disfrutar de algunas garantías en sus personas y bienes, los venezolanos tenían que prosternarse ante sus señores, y adular también á sus subalternos, por despreciables que fueran ; pues no habia más ley que la voluntad del tirano. La muerte era preferible á tamaña servidumbre.

La nación que no habia consentido que en Carácas se constituyera una Junta en favor de Fernando Séptimo, mucho ménos podía soportar que aquel pueblo se declarara inde-

pendiente. La base de la reacción existía ya en el país, como hemos dicho anteriormente. Tres provincias resistian. Nuevos auxilios al mando del Brigadier Cagigal habian llegado á Coro, y con ellos resolvió Ceballos emprender una campaña en el interior de Venezuela. En su tropa había un oficial llamado D. Domingo Monteverde, nativo de Canarias, tan ignorante como presuntuoso y fiero. Con una fuerza que Ceballos le confió, á veces siguiendo sus órdenes, á veces desobedeciéndolas, aquel hombre tuvo la buena suerte de penetrar en el corazón del país.

Á tiempo que este fatídico personaje alcanzaba tales triunfos, ocurrió en Venezuela un suceso que por su gravedad y consecuencias bastaba para aniquilar la causa de la Revolución.

El 26 de Marzo de 1812, á las cuatro y siete minutos de la tarde, sintióse el espantoso terremoto que destruyó una gran parte de Venezuela, particularmente las ciudades de Carácas, La Guaira, San Felipe, Barquisimeto y Mérida: no sólo quedaron destruidas muchas

ciudades y sepultados bajo las ruinas sus habitantes, sino que los pocos que sobrevivieron á tan horrible catástrofe, apénas pudieron pensar más que en salvarse.

De este desastre salió ileso Monteverde, quien aprovechando el momento para proseguir su marcha, y desenterrar pertrechos de guerra, logró ocupar la ciudad de San Cárlos después de haber vencido las fuerzas republicanas que pretendieron impedirle el paso.

El Congreso Venezolano reunido en Valencia, concedió facultades omnímodas al Gobierno para que hiciera frente á la situación. Este las delegó en el Marqués del Toro, y como no aceptara fué nombrado para reemplazarle el general Miranda, con el carácter de Generalísimo, título que prefirió al de Dictador.

Várias provincias, en el estupor de la desgracia, creyendo que el terremoto era castigo del Cielo por haberse rebelado contra su amado Fernando VII, se adhirieron al punto á la causa realista.

Casi todos los pueblos son supersticiosos, pero especialmente los dotados de imagina-

cion ligera y ardiente, ó sumidos como el de Venezuela, en aquella época, en la más completa ignorancia.

¡ Con tan pobres elementos debia contar el General Miranda para alcanzar la independencia de su patria !

Como militar de consumada pericia, hizo cuanto pudo, reclutando y armando hombres, y estableció su Cuartel general en Maracay. Fué una de sus principales disposiciones asegurar la Plaza y fortaleza de Puerto-Cabello con el jefe y tropa de más confianza, y para ello nombró á Bolívar comandante general.

Vanos esfuerzos, porque Monteverde, teniendo segura su retaguardia con la adhesión de las provincias occidentales, avanzó alcanzando parciales triunfos sobre los republicanos, hasta acantonar en el pueblo de San Mateo. Miranda retrocedió con su ejército colecticio á La Victoria; pero sabiendo que el enemigo carecía de pertrechos, ántes de comprometer un combate formal, ordenó que fuese tiroteado por las avanzadas consecutivamente cada día, hasta obligarlo á rendirse, puesto que le era

imposible recibir elementos de guerra de Coro, distante 80 leguas de aquel lugar.

La fatalidad había dispuesto las cosas de otra manera, y el 30 de Junio de aquel año se sublevó la fortaleza de Puerto-Cabello, enarbolando en el acto el pabellon de Castilla. Un oficial indigno, seguido de los presidiarios y de los reos políticos que allí estaban encerrados, efectuó con buen éxito aquel movimiento.

Bolívar que era el Jefe militar de la plaza, hizo cuanto pudo por someter los rebeldes, pero sin resultado alguno. Disputó la ciudad y sus alturas á viva fuerza, buscó la muerte por doquiera; pero abandonado por la tropa y extenuado después de cinco dias de combate y fatigas, embarcóse para La Guaira, seguido apénas de algunos oficiales de su Estado mayor.

Las cartas que ahora insertamos referentes á tan triste suceso, ven por primera vez la luz pública. Durante setenta y un años han permanecido secretas en el importantísimo Archivo que dejó el general Miranda, y que poseemos hoy.

Más tarde publicaremos por separado otros documentos de más importancia llamados á esclarecer ciertos hechos históricos que estaban envueltos en las sombras de la duda y de las conjeturas.

Las dos cartas que Bolívar dirigió á Miranda al llegar á Carácas, son dignas de la más completa admiración : revelan el militar pundonoroso, honrado y valiente, en lucha contra el infortunio y la adversidad de los humanos sucesos. No pueden leerse estas cartas sin experimentarse una emoción profunda.

« ¡La patria se ha perdido en mis manos!... » exclama Bolívar, presa del desaliento. ¡Y era él quien debía salvarla más tarde, y ser el verdadero padre de la patria y el fundador de la República é Independencia de casi todo un continente !

Carácas 12 de Julio de 1812.

Mi General. Despues de haber agotado todas mis fuerzas físicas y morales ¿con qué valor me atreveré á tomar la pluma para escribir á V. habiéndose perdido en mis manos la Plaza de P[to] Cabello? Mi corazón se halla des-

trozado con este golpe aún más que el de la Provincia. Esta tiene la esperanza de ver renacer de en medio de los restos que nos quedan su salud y libertad : sobre todo P^{to} Cabello no espera más que ver parecer el ejército de Venezuela sobre Valencia para volverse á nosotros; pues nada es más cierto que aquel pueblo es el más amante á la causa de la Patria, y el más opuesto á la tiranía española. Á pesar de la cobardía con que al fin se han portado los habitantes de aquella ciudad, puedo asegurar que no por eso han cesado de tener los mismos sentimientos. Creyeron nuestra causa perdida por que el ejército estaba distante de sus cercanías.

El enemigo se ha aprovechado muy poco de los fusiles que teníamos allí pues la mayor parte de ellos los arrojaron á los bosques los soldados que los llevaban, y los otros quedaban muy descompuestos : en suma creo que apénas lograrán doscientos por todo.

Espero se sirva V. decirme qué destino toman los oficiales que han venido conmigo. Son excelentísimos, y en mi concepto no los hay mejores en Venezuela. La pérdida del Coronel Jalon es irreparable, valía él solo por un ejército.

Mi General : mi espíritu se halla de tal modo abatido que no me hallo en ánimo de mandar un solo soldado : pues mi presunción me hacía creer que mi deseo de acertar, y el ardiente zelo por la Patria suplirian en mí de los talentos de que carezco para mandar. Así ruego á V. ó que me destine á obedecer al más infimo oficial, ó bien que me dé algunos dias para tranquilizarme y recobrar la serenidad que he perdido al perder á P^{to}. Cabello : á esto se añade el estado físico de mi salud que después de trece noches de insomnio, de tareas y de cuidados gravísimos,

me hallo en una especie de enagenamiento mortal. Voy á comenzar inmediatamente el parte detallado de las operaciones de las tropas que mandaba, y de las desgracias que han arruinado la ciudad de P[to]. Cabello, para salvar en la opinión pública la elección de V. y mi honor. Yo hice mi deber, mi General, y si un soldado me hubiese quedado, con ese habría combatido al enemigo. Si me abandonaron no fué mi culpa. Nada me quedó que hacer para contenerlos, comprometerlos á que salvasen la Patria; pero; ah! ésta se ha perdido en mis manos.

De su súbdito.

S. Bolívar.

Carácas 14 de Julio de 1812.

Mi general : lleno de una especie de vergüenza me tomo la confianza de dirigir á usted el adjunto parte, que apénas es una sombra de lo que realmente ha sucedido.

Mi cabeza y mi corazón no están para nada. Así, suplico á usted me permita un intérvalo de poquísimos dias para ver si logro reponer mi espíritu en su temple ordinario.

Después de haber perdido la mejor plaza del Estado, ¿cómo no he de estar alocado, mi general?

¡ De gracia, no me obligue usted á verle la cara! Yo no soy culpable, pero soy desgraciado y basta.

Soy de usted, con la mayor consideración y respeto, su apasionado súbdito y amigo que

B. S. M.

Simon Bolívar.

P. D. — Todavía no han llegado aquí los oficiales que vinieron conmigo.

S. Gmo D. Fco Miranda.

Hé aquí el parte original dirigido por Bolívar á Miranda en su cuartel general y firmado de su puño y letra, conforme con el borrador que aparece publicado en las Memorias del General O'Leary. Muy plausible y digna de elogio es la intención que guió la pluma del distinguido publicista Guzman (Antonio Leocadio) al escribir con motivo de estos sucesos el notable folleto publicado en Carácas en Agosto de 1876. Pero contiene errores históricos que deben ser rectificados, pues ni el suceso ocurrió el 29 de Junio, como lo asegura el escritor, ni los partes que ha consultado para referirlo son auténticos.

HONORABLE GENERALÍSIMO,

Cumpliendo con mi deber tengo el dolor de haceros una relación circunstanciada de los sucesos desgraciados que han obligado á la Plaza de Puerto-Cabello á sucumbir.

Hallándome en mi posada á las doce y media de la tarde el día 30 del próximo pasado, llegó apresuradamente el teniente Coronel Miguel Carabaño, á darme la noticia de que en el Castillo de San Felipe se oía un ruido extraordinario, y se había levado el Puente, según se le acababa de informar por una mujer. Que el Coronel Mires había ido inmediatamente á saber la novedad que ocasionaba aquellos movimientos. Aún no habia bien llegado al Castillo dicho Oficial, cuando se le intimó desde lo alto de la fortaleza que se rindiese, ó se le haría fuego : á lo cual respondió con la negativa, y revolviéndose hácia el bote que le había conducido allí, se reembarcó y volvió á la Plaza.

Inmediatamente despues de este acontecimiento empezó el fuego del Castillo sobre la ciudad, enarbolando una bandera encarnada, y victoreando á Fernando 7°.

Un momento ántes de comenzar el fuego habia venido á mi casa el Comandante del Castillo Teniente Coronel Ramon Aymerich, á quien pregunté qué novedad era aquella que sucedía en el Castillo, y me respondió ignorarla : entónces supe que el Oficial destacado allí, era el Subteniente del batallon de Milicias de Aragua, Francisco Fernandez Vinony, el cual, de acuerdo ó seducido por los presidiarios y reos de Estado que estaban en aquella fortaleza, se habria sublevado para cooperar con las fuerzas del enemigo. En consecuencia, mandé reunir todas las tropas que se hallaban dentro de la Plaza, y al mando del Coronel Mires, y Teniente Coronel Carabaño, tuvieron órden de cubrir los puestos más avanzados hácia el Muelle y la fortaleza del Corito; así lo ejecutaron y rompieron el fuego de artillería y fusilería contra los rebeldes; el que fué suspendido poco

tiempo después, por órden mía, con el objeto de mandar al Castillo la intimación que consta bajo el Nº 1.º en que les ofrecía libertad, vida y bienes, á condición de que le entregasen con todos los efectos y demás pertrechos de guerra que en él se hallaban. Me contestó segun el Nº 2.º que rindiese la Plaza; envíase á buscar al C. Domingo Taborda; entregase, ínterim el mando

(N.º 1.º) Los reos, Oficiales, Cabos y soldados que actualmente se hallan sublevados en el Castillo de San Felipe, pueden contar con un perdón absoluto de vida y bienes bajo todas las seguridades que puedan exigir para la evacuación del Castillo, y su marcha adonde tengan á bien y deséen irse; con la condición de que en el término de una hora hayan de entregar dicho Castillo con todos los pertrechos y demas efectos de guerra que haya en él; en inteligencia de que no hacerlo así y continuen en la obstinada hostilidad que pretenden hacernos, serán pasados al filo de la espada irrevocablemente dichos reos y delincuentes. Esta misión no tiene otro objeto que el de salvar la sangre humana que deberá correr si yo empiezo á hacer jugar mis baterías de las Vijias y la Plaza.

Puerto Cabello, Junio 20 de 1812. Simon Bolívar. Á los individuos que actualmente se hallan en el Castillo de San Felipe.

(N.º 2.) El comandante del Castillo de San Felipe de la Plaza de Puerto Cabello, ha hecho enarbolar el pabellón del Rey nuestro Señor Don Fernando 7º, y como sus fieles vasallos prometen defenderlo hasta derramar la última gota de sangre, ha intimado la rendición de la Plaza al Comandante de ella, inteligenciado, que lo demás es una temeridad, y querer derramar sangre inútilmente. Pide después de dicha entrega por Comandante de la misma Plaza al C. Domingo de Taborda, despachando inmediatamente á buscarle con un bote; y en el interin que venga que quede por sustituto el C. Faustino Garcés; viniendo para este convenio los Comandantes de la Plaza, Artillería y Cuerpo veterano. Ciudadanos Simon Bolívar, Diego Jalón y Miguel Carabaño.

Dios guarde á Vd. Ms. As. Castillo de San Felipe 30 de Junio de 1812. Fancisco Fernandez Vinony. Ciudadano Comandante de Puerto Cabello, Simon Bolívar.

al Teniente Coronel Garcés, y fuese yo personalmente en compañía del Coronel Jalón y Teniente Coronel Carabaño, á concluir aquel convenio en el Castillo.

Hice segunda intimación notificando á los sublevados que si no cesaban sus fuegos, y se rendian en el término de una hora, no tendrian despues perdón, y serian pasados al filo de la espada : la contestación fué negativa, en los mismos términos que la primera (Nº 3.º).

Repetí tercera intimación (Nº 4.º) que no tuvo contestación alguna, porque los fuegos de ambas partes se cruzaban, y era ya de noche. Viendo la obstinada resistencia de los reos, me determiné á batirlos con todas las fuerzas que estaban á mi mando : para lo cual marchó á la Vijía del Solano el Capitan Montilla, á relevar al Teniente Coronel Garcés que la mandaba, con órden de hacer fuego desde allí; pero observando que no alcanzaban, sino por elevación, y sin ningun acierto, juzgué más conveniente hacerlo cesar para ahorrar las municiones. Y después de haber tenido una conferencia

(N.º 3.) Todo lo que no sea venir á este Castillo los Comandantes nombrados en el primer Oficio es supérfluo tratarse, por que todos los individuos de él están resueltos á perder su vida ántes de rendirse, y por lo que respecta á cesar los fuegos, se verificará en el momento que se rinda la Plaza ó suspenda los suyos y toda operación militar, y vengan acá los sujetos nombrados.

Dios guarde áVd. Ms. As. Castillo de San Felipe; 30 de Junio de 1812. Francisco Fernandez Vinony; Señor Comandante de la Plaza. D. Simon Bolivar.

(N.º 4) Yo cesaré el fuego cuando Vds. capitulen, y entónces les concederé la vida, y la libertad.

Puerto-Cabello 30 de Junio de 1812. Simon Bolívar. Señor Comandante del Castillo de San Felipe.

con Garcés, lo devolví á su destino, por haberlo hallado en mi concepto inocente, y más que todo, porque su popularidad y gran crédito entre la clase de Pardos, lo hacian temible si se le hacía el ultraje de quitarle el mando y desconfiar de él como sospechoso; y en este caso no me quedaba recurso alguno para sostener la Plaza, pues los únicos que la defendian eran pardos.

El bergantin Zeloso, bajo los fuegos del enemigo, salió del Puerto con la mayor bizarría, y aunque con algun descalabro lo salvamos. El Bergantin Argos se sostuvo por nosotros á pesar de los repetidos cañonazos que le tiraron, y la marinería á nado vino á tierra. El Comandante del Apostadero, C. Juan Bautista Martinena, fué sorprendido á bordo de su buque, y conducido al Castillo, donde permanece preso con la mayor severidad.

La goleta Venezuela, la tomaron, y llevaron parte de la marinería al Castillo.

Toda la noche del día 30 hubo un combate el más obstinado de artillería y fusilería entre el Castillo y nuestras baterías; éstas estaban cubiertas de nuestras tropas que se portaron con un valor extraordinario; y en particular el Teniente Coronel Carabaño y el Capitan Granados que fué muerto de un tiro de metralla, como también varios cabos, sargentos y soldados.

La causa que tuvo, segun las conjeturas, el subteniente Vinony para vender la fortaleza, fué hallarse quebrado de los fondos de su compañía, por una parte, y la seducción de mando ó riqueza que esperaba este traidor por recompensa de su felonía, luégo que los reos de Estado estuviesen en libertad, y su paisano Monteverde se apoderase de la Plaza.

Este Oficial, indigno de serlo, es un hombre de una conducta detestable, sin honor y sin talento. Yo ignoraba todo esto. El Comandante del Castillo Ramon Aymerich que vivía en él, es inculpable; además de ser un oficial de honor é inteligencia, es tan prolijo en el cumplimiento de sus deberes, que es dudoso se halle otro alguno tan capaz de gobernar el Castillo de San Felipe con el celo y vigilancia que él : este había sido su destino mucho tiempo ántes, y lo desempeñaba á toda satisfacción, como es notorio.

En cuanto á haber acopiado en el Castillo víveres para subvenir á la manutención de trescientos hombres para tres meses, es claro que nada era más indispensable que esta medida, para en caso que fuese sitiado como no era imposible en el estado actual de las cosas.

El haber almacenado la mayor parte de la pólvora en dicho Castillo, era de igual necesidad, porque en los almacenes que se hallaban fuera de la Ciudad no estaba segura, y por esta razon la había mi antecesor transportado á la goleta Dolores, que tampoco presentaba más seguridad; sobre todo, cuando el Comandante Martinena me ofició repetidas veces que la pólvora iba á perderse totalmente porque la goleta hacía agua.

El resto de las municiones han tenido siempre sus almacenes en el Castillo, como el puesto más seguro y retirado del enemigo.

Á las dos de la tarde del mismo día 30 os dí el primer parte de este acontecimiento. (N.° 5). Á las tres de la

(N°. 5.) Á la una de la tarde se han apoderado del Castillo de San Felipe un Oficial infidente con la tropa de su mando y todos los reos que allí se encontraban; han roto un fuego terrible sobre esta Ciudad : en el Castillo se encuentran 1,700 quintales de

mañana os dí el segundo, repitiéndoos lo mismo que en el anterior (N.° 6).

El día 1.° de Julio el enemigo continuó sus descargas de artillería y fusilería contra la Ciudad, del modo más terrible y mortífero, causando tantos estragos en las casas y habitantes, que arrebatados estos de un terror pánico, hombres, mujeres, niños y ancianos, empezaron á abandonar sus hogares, y fueron á refugiarse á los campos distantes.

Dos marineros del bergantin Argos mandados por nosotros le cortaron los cables, y vararon hácia nuestra Costa, con el doble objeto de aprovechar sus pertrechos y cuanto fuese util, y así evitar que el enemigo se apoderase de él : pero apénas vieron estos perdida la espe-

pólvora y casi toda la artillería y municiones de esta Plaza : esta padece sumamente, sus casas son derribadas, y yo trato sin víveres ni municiones defenderla hasta el extremo. Los marineros de los buques, forzosamente han pasado al Castillo, y él se hace temible : espero que á la mayor brevedad me enviéis cuantos recursos estén á vuestro alcance, y que me socorran ántes que sea destruido.

Puerto-Cabello, Junio 30 de 1812. SIMON BOLÍVAR. Honorable Generalísimo.

(N.° 6.) H. G. Ahora que son las tres de la mañana os repito como un Oficial indigno de serlo con la guarnición y los presos se han sublevado en el Castillo de San Felipe, y han roto un fuego desde la una de la tarde sobre esta Plaza : en el Castillo están casi todos los víveres y municiones, y sólo hay fuera diez y seis mil cartuchos : la goleta Venezuela y el Comandante Martinena han sido apresados, los demás buques se hallan bajo sus fuegos como bajo los mios, y solamente el Zeloso se ha salvado muy estropeado. Debo ser atacado por Monteverde, que ha oido ya los cañonazos; si vos no le atacáis inmediatamente, y lo derrotáis, no sé cómo pueda salvarse esta Plaza, pues cuando llegue este parte debe él estar atacándome.

Puerto Cabello, 30 de Junio de 1812. SIMON BOLÍVAR.

ranza de tomarlo cuando empezaron á cañonearlo con mucha frecuencia; y al cabo de dos horas de hacerle fuego, lograron acertarle una bala roja que incendiándolo lo voló y convirtió en cenizas; produciendo un temblor tan universal en la ciudad, que rompió la mayor parte de los cerrojos de las puertas de las casas, y rindió muchas de ellas : de cinco marineros que estaban extrayendo los efectos del Argos, dos se salvaron, y tres perecieron.

El Capitan Camejo que se hallaba á la cabeza de 120 hombres en el destacamento del Puente del Muerto, se pasó con toda su tropa y oficiales en este día á Valencia, seducido por Rafael Hermoso, oficial de Contaduría, que la noche ántes habia desertado de la Plaza, y fué á llevar al enemigo la noticia del suceso del Castillo.

En todo el día 1.° estuve combinando la operación única que podía hacernos dueños del Castillo, y era la de asaltarlo con 300 hombres, por la parte del Hornaveque que es la más accesible : pero la dificultad de buques menores para transportar los soldados, fué un obstáculo invencible; y no obstante, el entusiasmo que tenian las tropas y los patriotas en aquel momento, no pude aprovecharlo por el indicado inconveniente.

El dia 2 los insurgentes siguieron siempre sus tiros de artillería, aunque con ménos fuerza que los anteriores; pero el terror que infundió en los habitantes el fuego destructor del Castillo, los acobardó de tal modo, que en este día desapareció todo el mundo de la ciudad, no quedando en ella, arriba de doscientos hombres de la guarnición, y rarísimos paisanos.

Conociendo la importancia de retener á los habitantes de la ciudad, y contener la deserción de las tropas, tomé

desde el principio todas las medidas de precaución que puede dictar la prudencia : primeramente, puse guardias en las puertas de la ciudad ; mandé patrullas fuera de ella á recoger los que se refugiaban en los campos : oficié á la Municipalidad y Justicias para que cooperasen á esta medida, comprometiéndolos fuertemente : rogué á los Párrocos exhortasen á sus feligreses para que viniesen al socorro de la Patria; mas todo inútilmente porque desde el Venerable P.e Vicario hasta el más humilde esclavo, todos la abandonaron, y olvidándose de sus sagrados deberes, dejaron aquella ciudad casi en manos de sus enemigos.

Los soldados, afligidos al verse rodeados de peligros, y solos en medio de ruinas, no pensaban más que en escaparse por donde quiera; así es que los que salian en comisión del servicio no volvian, y los que estaban en los destacamentos se marchaban en partidas.

El día 3 no ocurrió novedad particular, excepto la de haber recibido un Oficio (N° 7) del Alcalde de 1.a elección en que solicitaba una Junta para tratar sobre los acontecimientos del día, con el objeto real de comprometerme á capitular con el enemigo, según me insinuó el

(N°. 7.) Conviene á la felicidad de esta ciudad y á nuestro propio honor, el que tengamos una Junta de cabildo el dia de hoy para tratar sobre las extraordinarias ocurrencias que ha habido desde el 30 de Junio próximo, en cuya inteligencia he mandado citar los miembros de la Municipalidad para esta tarde á las tres, debiendo reunirse en la Casa del C. Pedro Herrera como más segura de los fuegos que hacen del Castillo de San Felipe, y espero os sirváis asistir á dicha Junta, pues debe determinarse el asunto con vuestro acuerdo.

Dios os guarde Ms. As. Puerto-Cabello Julio 3 de 1812. José Domingo Gorell. C. Comandante Político y Militar de esta Plaza.

mismo Alcalde y algunos Regidores; á lo que contesté, que primero sería reducida la ciudad á cenizas, que tomar partido tan ignominioso, añadiendo que jamás había tenido tantas esperanzas de salvar la ciudad, como en aquel momento en que acababa de recibir noticias favorabilísimas del ejército, y que el enemigo había sido batido en Maracay y San Joaquin; y para más apoyar esta ficción, hice publicar un boletin anunciando estas noticias, haciendo salvas de artillería y tocando tambores y pífanos, para elevar de ese modo el espíritu público que se hallaba en abatimiento extremo. Logré un tanto mi designio, y se concibieron por entónces esperanzas de salud.

El día 4 los insurgentes redoblaron sus fuegos para atemorizarnos en aquel mismo día en que ellos esperaban nos atacasen los Corianos; así sucedió por la parte del Puente del Muerto, camino de Valencia, en donde estaba un destacamento nuestro de cien hombres á las órdenes del Coronel Mires, el cual rechazó al enemigo y persiguió victoriosamente hasta donde estaba su cuerpo de reserva, que reforzado entónces en número muy superior al de los nuestros, obligó al Coronel Mires á retirarse al Portachuelo, á distancia de una milla de la ciudad, en donde le mandé detener y esperar socorros de municiones y tropas; en esta acción, la pérdida fué igual de ambas partes, y nuestros soldados se portaron con valor.

Yo mandé en este día aumentar las municiones de boca y guerra de todas las alturas, con el fin de hacer en ellas una obstinada defensa, en el caso extremo de no poder defenderme dentro de la ciudad, como era muy probable, porque ya la guarnición apénas mon-

taba á ciento cuarenta y un hombres (N.° 8), como consta por este documento, porque la defensa que debíamos hacer contra los Corianos era precisamente en la batería de la Princesa, bañada por los fuegos del Castillo, y consiguientemente atacada por la espalda como el frente.

El mayor inconveniente que presentaba la defensa dentro de la ciudad, era la carencia de agua, que habría sido absoluta, porque los enemigos, apoderándose del río, nos impedirían el tomarla; y no pudiendo recurrir al pozo del Castillo, no habría otro partido que rendir la Plaza ó morir de sed; pues el expediente de hacer excavaciones para extraer agua, no es adaptable en Puerto Cabello, porque estando la ciudad á nivel del mar, el agua es impotable.

(N°. 8.) Estado que manifiesta la Fuerza con que se halla la cortina de la Plaza de Puerto Cabello.

PUESTOS.	Ofic^s.	Sarg^s.	Tamb^s.	Cab^s.	Sold^s.	Total.
Casa del Capitan del Puerto.	1	»	»	1	5	6
Artillería................	»	1	»	2	8	11
Id. 2° cañón............	»	»	»	1	7	8
Infanteria 3^er punto......	»	1	»	2	12	15
Cortina de la izquierda.	»	»	»	»	»	»
Infantería del Corito....	»	»	»	1	18	19
Artillería................	1	»	»	2	16	18
Id. de la Factoría........	1	1	»	3	8	12
Casa de Dn. Gaspar......	1	2	1	3	15	21
Hospital, punto de la izquierda...............	1	1	»	2	10	13
Artillería...............	»	1	»	»	7	8
			TOTAL................			131

Señor Comandante. Ochenta y un infantes tiene la guarnición de Murallas para dentro. JALÓN.

El día 5 el enemigo atacó el destacamento del Palito que estaba al mando del Subteniente Cortés, el que fué totalmente derrotado, sin que escapase más que el oficial y cinco soldados sin armas. Esta novedad llenó de consternación á los poquísimos soldados que me quedaban, no ménos que á los Oficiales de la guarnición, como que se hallaban cercados por todas partes y sin esperanzas. Entónces yo, de acuerdo con los Coroneles Mires y Jalón, determiné reunir el mayor número de tropas que fuese posible, y atacar con ellas primero á los enemigos más inmediatos, y después á los que estaban más distantes, para evitar así, si era posible, la reunión de sus fuerzas totales en las avenidas de la ciudad, en donde no era posible resistirlos por las razones que tengo expuestas.

El Coronel Mires con el Coronel Jalón y Capitan Montilla tuvieron órden de marchar inmediatamente con doscientos hombres á atacar al enemigo á San Estéban. Allí encontraron un fuerte cuerpo de Corianos compuesto de infantería y caballería, el cual fué atacado por nosotros, pero con tan desgraciado suceso, que á la media hora de combate, sólo pudimos reunir siete hombres porque los demás fueron muertos, heridos, prisioneros y dispersos, habiendo quedado el Coronel Jalón que mandaba la derecha envuelto por los enemigos con el corto número de soldados que le seguía, sin que hayamos podido tener noticia alguna de este benemérito y valeroso Oficial, cuya pérdida es bien lamentable y costosa,

Hallándose el Coronel Mires en esta cruel posición, tomó el partido de retirarse á la Plaza con la guardia que había dejado en el Portachuelo, y por órden mía

fué á situarse al fuerte del Trincherón, en donde había un destacamento de treinta hombres, grande acopio de pertrechos y municiones de boca y guerra, que anticipadamente había hecho almacenar allí para sostenerme en aquel puesto hasta el exterminio, como el más propio para ello, en razón de su fuerte situación y fácil comunicación con el Puerto de Borburata, en donde estaban anclados el bergantin Zeloso, las lanchas cañoneras, y trasportes con víveres.

La ciudad quedó reducida á cuarenta hombres de guarnición, y consiguientemente era imposible se sostuviese contra el Castillo, guarnecido de doscientos hombres, y los destacamentos Corianos que cubrian ya las avenidas de la Plaza. El número de estos destacamentos no es fácil fijarlo porque sus avanzadas fueron las que derrotaron nuestras partidas; más yo conjeturo que el enemigo no excedería de quinientos hombres.

Las alturas estaban amunicionadas para sostener un sitio de tres meses; sobre todo, la Vijía de Solano que es inexpugnable; sus fuegos, es verdad, son poco temibles al enemigo, por ser demasiado fijantes : pero podría servir de padrastro contra la Plaza, y favorable á nosotros cuando volvamos á tomar aquella ciudad. El Comandante de estas alturas era el Teniente Coronel Garcés, hombre reputado por un respetable C. y el corifeo de los militares de la clase de Pardos : amado de estos, y estrechamente ligado con los que se dicen Patriotas. Por estas consideraciones, y el saber yo evidentemente que si le despojaba del mando de aquel puesto, se aumentaría el embarazo en que me hallaba para defender la Plaza, juzgué prudente continuarlo en él, en lugar de quitárselo. Nada deseaba yo tanto como encerrarme en

aquella fortaleza, para sepultarme entre sus ruinas; pero, ¿con qué tropas podría ejecutar revolución tan gloriosa? No las tenía; al contrário estaba rodeado de soldados llenos de pavor, y consiguientemente prontos á la infidencia y deserción. Tampoco era justo que diese el mando á uno de los valerosos Oficiales que me sostuvieron hasta el fin; pues habría sido un sacrificio tan cruel, como perjudicial á las armas de Venezuela, por la falta que nos haría cualquiera de ellos.

En la mañana del 5 ya mi situación era tan desesperada que nadie juzgaba pudiese mejorarse; y por esta causa me instaban de todas partes para que tratase de proporcionarme una retirada, aunque sólo fuese para mi persona y la plana mayor (como consta del Nº 9). Sin embargo mi resolución no varió jamás un punto de batirme miéntras hubiese un soldado; para esto dí órden al Mayor de Plaza Campos, para que mantuviese el fuego y sostuviese la ciudad hasta el extremo, que yo por mi parte molestaría al enemigo en el campo y ciudad exterior, con las alturas y el Trincherón: su contestación fué la que se halla bajo el Nº 10.

(Nº. 9. P. D.) La llegada á este buque de los Ciudadanos Carabaño, Monasterios, Herreras, Champaña y otros, me obligó á mandaros al último á tratar con vos, sobre el mejor partido que conviniese tomar. Ellos me pintaron vuestra situación sin esperanza, pero vuestro último oficio me anuncia lo contrário, y aunque se los he manifestado, permanecen á bordo.

Dios os guarde. Bergantin Zeloso en la boca de Borburata á 5 de Julio de 1812. PEDRO DEL CASTILLO. C. Comandante de la Plaza de Puerto Cabello.

(Nº. 10.) Ahora que son las diez y media de la noche acabo de recibir vuestro oficio y en contestación os digo: que me sostendré cuanto sea posible en la Plaza, pero debo advertiros que me hallo con pocas municiones de toda arma. Habiendo recorrido la linea

El día 6 al amanecer tuve noticia que la Ciudad acababa de capitular por el documento (Nº 11), en que el C. Rafael Martinez oficiaba al Comandante de las alturas, para que siguiese la suerte de la ciudad.

En este estado traté de hacer un reconocimiento de la derecha del Trincherón para observar si podría ser atacado por el frente y espalda. Yo fuí en persona á hacer este reconocimiento, y aún no había concluido esta operación cuando ya se habían desertado los pocos soldados que cubrían el Trincherón, pues la noche ántes, habíamos perdido muchos de ellos. Demás los Capitanes Figueroa y Rosales capitularon de cobardes con el enemigo, y entregaron el Fuerte sin consultar á otros Jefes superiores que había en él y sus inmediaciones.

El Coronel Mires, Teniente Coronel Carabaño, y Ayme-

he hallado alguna gente de ménos, que creo se habrán ido para el Trincherón en Cayucos, como lo ha hecho el Comandante de Marina. Espero que me comuniquéis con oportunidad cuanto creáis útil para mi conservación, y salvar la tropa que se halla en la Plaza.

Puerto Cabello, Julio 5 de 1812. JUAN CAMPOS. Ciudadano Comandante General del Trincherón.

(Nº. 11.) Habiendo tenido en consideración la situación de nuestra Plaza, la de haberse separado de ella las Autoridades que en ella se hallaban, como haberse ido al punto del Trincherón, y dejar esta Plaza expuesta á perecer sus habitantes, como es probable en esta consideración se ha capitulado, este pueblo interior, entre varios vecinos de él, con las condiciones de no padecer en cosa alguna ni sus personas, intereses, ni empleos : en esta virtud, verá Vd. arbolado el pabellón del Señor Don Fernando 7º : quedo persuadido que Vd. se agregará á este partido, para lo cual arbolará el mismo pabellón, y de no me contestará lo mismo.

Dios guarde á Vd. Ms. As. Plaza interina de Puerto-Cabello, 6 de Julio de 1812. RAFAEL MARTINEZ. Señor Comandante de las Vijias de Puerto Cabello.

rich, Capitan Montilla, el Comandante de Ingenieros Capitan Bujanda, mi Secretario Ribas y dos Oficiales más, se vieron solos y vinieron á la Playa de Borburata á embarcarse en el Zeloso, pudiendo por fortuna y á riesgo de nuestra libertad embarcar los pertrechos que teníamos y los víveres que poseíamos, teniendo por desgracia que dejar dos obuses de bronce por falta de quien los condujese á la playa.

En fin, mi General, yo me embarqué con mi plana mayor á las nueve de la mañana abandonado de todo el mundo, y seguido sólo de ocho oficiales que después de haber presentado su pecho á la muerte, y sufrido pacientemente las privaciones más crueles, han vuelto al seno de su Patria á contribuir á la salvación del Estado, y á cubrirse de la gloria de vuestras armas.

En cuanto á mí, yo he cumplido con mi deber; y aunque he perdido la Plaza de Puerto Cabello yo soy inculpable, y he salvado mi honor. ¡ Ojalá no hubiese salvado mi vida, y la hubiera dejado bajo de los escombros de una ciudad que debió ser el último asilo de la libertad y la gloria de Venezuela !

SIMON BOLÍVAR.

Carácas, 14 de Julio 1812.

P. D. — Despues de habernos embarcado se reunieron sobre cuarenta soldados de Aragua que se hallaban dispersos y se embarcaron en los trasportes y lanchas, como también más de doscientos fusiles, municiones de boca y algunos paisanos.

S. B.

IV

La pérdida de Puerto-Cabello fué señalado triunfo para la causa realista, porque Monteverde que se hallaba en San Mateo en situación muy crítica, se proveyó inmediatamente de cuantos elementos de guerra le faltaban, y se apoderó de la primera fortaleza del país.

Esta triste nueva llegaba al cuartel general de Miranda, al mismo tiempo que otras de carácter no ménos alarmante. Los esclavos de la costa Oriental se habian sublevado, por sugestion de algunos españoles, y cometian, miéntras avanzaban contra Carácas, las mayores atrocidades.

La situación del ejército republicano, compuesto en su mayor parte de tropas indisciplinadas, era en extremo grave. Si á esto se agrega que el Generalísimo no tenía gran confianza en su gente porque las deserciones eran constantes, y que él mismo era víctima de la hostilidad que le declararan las medianías que casi siempre flotan en las revoluciones, se comprenderá fácilmente que bajo tales auspicios se hacía imposible proseguir la campaña. Al frente del ejército republicano estaba el de Monteverde bien provisto ya de municiones; á retaguardia tenía el Generalísimo la ciudad de Carácas amenazada de muerte por los negros de la costa : en el resto del país cundía el desaliento, la miseria y el terror causado por el terremoto.

Miranda que unía á la experiencia de la guerra la seriedad del carácter, comprendió que su patria sería víctima de inauditas desgracias, si no se obtenía á tiempo una avenencia con el enemigo, y en consecuencia propuso una capitulación á Monteverde. Esta fué firmada el 25 de Julio, obligándose el Jefe espa-

ñol á respetar la vida, libertad y propiedad de los venezolanos, cualesquiera que hubieran sido sus opiniones ó proceder en la revolución, y por su parte el generalísimo se obligaba á entregar á Monteverde las provincias dependientes del Gobierno republicano y los elementos de guerra que poseyeran.

Miranda, como los demás jefes republicanos, estaba en libertad de quedarse en el país ó expatriarse. Rosolvió lo segundo, y se aprestaba para embarcarse en la Guaira en la corbeta inglesa de guerra *Saphire*, surta en aquel puerto á sus órdenes, con rumbo á Cartagena. Era su plan solicitar de su amigo el general Nariño, en Nueva Granada, recursos con que emprender desde la frontera una nueva campaña sobre Venezuela, y contribuir así á su salvación.

Las tropas de Monteverde ocuparon á Carácas el 29 de Julio. Para esa fecha se habian trasladado á la Guaira varios jefes republicanos con el propósito de expatriarse; Bolívar, Ayala, Montilla, Castillo, Madariaga y otros.

En la Guaira había dos autoridades distin-

tas, el coronel Manuel de las Casas, jefe militar del puerto, y el Doctor Miguel Peña, Gobernador Político y subdelegado de Hacienda.

Casas, más antiguo que Peña en el puesto militar que ocupaba, fué siempre amigo y admirador de Miranda. Su correspondencia con el Generalísimo, que acabamos de leer, así lo demuestra.

Peña había entrado á desempeñar la Gobernación al terciar el mes de Junio. Un mes más tarde ya había reñido con Casas. La siguiente carta de este á Soublette, primer edecan y secretario de Miranda, dirigida al cuartel general, da una idea perfecta de esta enemistad.

CASAS A SOUBLETTE.

Guaira, 9 de Julio de 1812.

Mi querido Cárlos : Según te signifiqué en mi anterior de este día pretendía que la ocurrencia con Peña no trascendiese nunca á conocimiento del General; pero la conducta que ha observado éste de esta mañana acá me hace pensar ya de otro modo.

Este hombre comía en mi mesa y en todos los asuntos nos entendíamos á la voz; hoy se ha excusado de venir á comer y para todo se ha propuesto hacerme perder

el tiempo (precioso para mis ocupaciones), en oficios y contestaciones, dando á la ley marcial una arbitraria interpretación, y manifestando en todo un declarado rompimiento, á que opondría mi prudencia en obsequio á los deseos del General, á no ser que se trata como sucede con un hombre demasiado orgulloso y amigo de su opinión, y que para conseguirlo necesitaría sacrificar mi precioso honor.

La adjunta copia te impondrá de su decidida disposición á chocar contra el fiel sentido de aquella ley, aprobada por el General y como en este concepto puede llegar un momento en que nuestras discordias tengan alguna sensible trascendencia á un vecindario delicado en las presentes circunstancias, puedes enterar de todo al General haciéndole presente que pues ha llegado á su colmo tan sensible occurrencia, necesitamos ambos de un corte que asegure de antemano la general é individual tranquilidad, pues estoy firmemente persuadido que no es posible continuar cumpliendo con los objetos que se ha propuetso el Jefe Supremo que nos ha destinado.

Su presunción, sus opiniones condicionales sobre su alianza con el General, su poca gana de consultarme en calidad de Asesor, y últimamente, su pretendida preponderancia y carácter mezquino, me han hecho sufrir bastante ántes de ahora; pero las ulteriores ocurrencias exigen no más sufrimiento, y en consecuencia te repito que pues debe cortarse un lance se releve á uno de los dos de su comisión : pues de otro modo y perseverando en su insultante conducta no será extraño que lo encuentren Vd• un día en ese cuartel General.

Queda á tu disposición este sincero amigo.

CASAS.

Después de haber leido esta carta y estudiando el temperamento de aquellas dos autoridades, Casas, frío y reflexivo, Peña, ardiente y atolondrado, se comprenderá que el desacuerdo entre ambos debió durar hasta el fin de sus dias.

El Doctor Peña hizo renuncia de su empleo el 29 de Julio. El oficio que con tal motivo dirigió al Generalísimo, fué el último papel que éste depositó en su archivo ántes de enviarlo á bordo de la *Saphire*.

Transcribamos este oficio que es importantísimo : ¡ el misterio comienza á aclararse !

PEÑA Á MIRANDA.

Mi permanencia en este puerto como Comandante Político y subdelegado de Hacienda, puede ser pesarosa á varios de los que ya tienen preparada su marcha. Esto me mueve á suplicar á Vd, se sirva removerme inmediatamente del encargo; pues de otra manera Vd. conoce mi carácter y este me hará proporcionar muchos disgustos que pueden evitarse con el favor que pido ahora á Vd. y á que creo accederá inmediatamente.

El buen órden será sostenido conforme á su órden de ayer.

Dios guarde á Vd. muchos años, Guaira 29 de Julio de 1812 : 2.° de la República.

Miguel Peña.

En este documento declara Peña que su permanencia en el Gobierno sería *pesarosa* á varios de los patriotas que estaban en el puerto, preparados para embarcarse. Por consiguiente, confiesa que estaba resuelto á impedirles la partida, y causarles así un gran *pesar*.

En la noche del 30 de Julio, cuentan los historiadores, se preparó un complot en la Guaira entre las autoridades locales y los patriotas que allí estaban reunidos, para arrestar al generalísimo Miranda. Á las tres de la mañana del 31 de Julio, dicho general estaba ya preso y encerrado en un Castillo.

El Doctor Peña salió inmediatamente para Carácas á anunciar á Monteverde lo ocurrido. En el camino encontró el posta que conducía ya la órden de Monteverde para Casas ordenando la clausura del puerto, y la consiguiente detención de Miranda y los demás patriotas.

Algunas horas más tarde tomó posesión de

la plaza de la Guaira el comandante Cerveriz, enviado expresamente por Monteverde para sustituir á Casas en su destino.

¡El Doctor Peña habia cumplido su palabra!... Nos hemos limitado á referir los hechos y á publicar los documentos.

Setenta y un años hace que se cometió aquella felonía, hasta la fecha mal explicada por la falta de documentos. Hoy se lava la mancha, que algunos historiadores arrojaron sobre Bolívar, considerándole injustamente como el alma de aquella maquinación, y hasta como ejecutor de una gran parte del proyecto.

Bolívar y sus compañeros todos, así como también el desgraciado Miranda, fueron víctimas de la astucia, del talento y de la elocuencia del Doctor Peña, puestas en habilísimo juego aquel día para realizar su propósito de impedir que se embarcaran los patriotas. Si Miranda hubiera aceptado la renuncia de Peña, el plan se habría ejecutado de otro modo, pero sin embarcarse nadie. Peña quería deshacerse del carácter de subalterno de Miranda para no cargar con la responsabilidad de

la traición ; pero de todos modos hubiera sido pesaroso á los patriotas.

Gran fortuna fué para el general Miranda que su archivo se salvara, pues cuando se publique, Venezuela agradecida hará justicia á aquel mártir de la República, cuya reputación se ha tratado de empañar haciéndole aparecer como traidor á la patria, porque celebró una capitulación con Monteverde, exigida por las circunstancias y creyendo que así libraría á su patria de los horrores de una campaña infructuosa.

Consumada la prisión de Miranda por sus propios compañeros, fácil fué á Monteverde burlarse de la capitulación, y ejercer contra aquel desdichado general y los otros republicanos, todo género de violencias y persecuciones.

Miranda fué trasportado de las Bóvedas de la Guaira á los calabozos de Puerto Cabello, luego al Morro de Puerto Rico, y finalmente á Cádiz, donde se le encerró en el arsenal de la Carraca. Allí se le dió el trato más indigno que imaginarse puede : con cadena al cuello se le

tuvo atado á las paredes de la prisión, y al fin, consumido por los tormentos, murió en la mañana del 14 de Julio de 1816.

No se le permitió al honrado criado que le acompañó en su prisión y agonía, que hiciera al cadáver ningunas exequias. Apénas expiró Miranda, le enterraron precipitadamente, amortajado con la ropa de cama. ¡Así concluyó á la edad de sesenta años el Decano de los Libertadores de Venezuela!...

V

Cerveriz redujo á prisión en la Guaira á cuantos pudo haber de los patriotas que allí estaban, pero Bolívar tuvo la buena suerte de salvarse, pasando disfrazado por entre los guardias españoles, y se ocultó en Carácas en la casa de un amigo. Poco despues, obtuvo de Monteverde por influencia de un dignísimo español, amigo personal del dictador, un pasaporte para el extranjero. Nos complacemos ahora en estampar aquí el nombre de este generoso castellano, D. Francisco Yturbe, á quien de mozos tuvimos la honra de conocer.

Algunos escritores españoles pretendieron entónces empañar la reputación de Bolívar, asegurando que aquel pasaporte le había sido concedido por Monteverde en recompensa de la prisión de Miranda.

Esta especie no merece los honores de la refutación. Ahí está en pié la América independiente dando el más elocuente mentís.

Embarcóse Bolívar el 26 de Agosto para Curaçao con algunos camaradas, y de allí pasó á Cartagena adonde llegó el 14 de Noviembre. En el acto le concedió el Gobierno republicano que allí funcionaba la comandancia de Barranca, con su propio grado de Coronel. Poco después fué enviado á libertar el Alto Magdalena. En Mompox desalojó á los españoles de las posiciones que ocupaban á orillas de aquel río, con la misma gallardía con que poco ántes se había apoderado del pueblo de Tenerife.

Libertó en seguida á Santa Marta y mereció del Gobierno granadino el mando de una nueva expedición contra Cúcuta y Pamplona. Abriéndose paso por entre las guerrillas enemigas que en diversas parajes estaban escalo-

nadas, llegó á las inmediaciones de San José de Cúcuta, donde el coronel Correa, jefe realista, le aguardaba al frente de 800 infantes. Bolívar sólo tenía 500.

Dió la batalla el 28 de Febrero al rayar el día; pocas horas después, el éxito más completo coronó sus esfuerzos. Correa y los suyos estaban en fuga y Cúcuta quedó en poder de Bolívar con un rico botin.

Una vez allí exaltóse en Bolívar el deseo de libertar á Venezuela, deseo que no le había abandonado desde su salida de Carácas, y pidió permiso al Congreso de la Nueva Granada para emprender con sus tropas la campaña.

Vaciló aquel cuerpo en darlo, teniendo por azaroso y aventurado el proyecto de Bolívar, pero fueron tantas sus instancias y ruegos, que al fin se le concedió, aunque condicionalmente, pues debía someterse á las órdenes del Gobierno granadino, y proceder en sus marchas y aventuras con ciertas restricciones. Aceptólas él, porque era muy grande el anhelo de redimir á su patria. Pronto veremos el caso que hizo de ellas.

Comenzó Bolívar sus operaciones sin pérdida de instantes. Dispuso que el coronel Castillo con 800 hombres atacara á Correa, atrincherado en la Grita. Titubeó este jefe, animado de una gran rivalidad contra Bolivar, en ejecutar por lo pronto sus órdenes; pero, al fin, vióse en el caso de cumplirlas, y los realistas fueron derrotados el 15 de Abril de 1813.

Castillo renunció el mando después de la acción, y las ventajas ya adquiridas se habrian perdido por las intrigas granadinas puestas en juego para sustituirle, si Bolívar no hubiera nombrado para reemplazarle al Oficial venezolano Rafael Urdaneta.

Apénas le quedaban, por efecto de tales contratiempos, 500 hombres; pero en compensación de tan exíguo número, tenía excelentes Oficiales. Allí estaban Urdaneta, Jiraldot, D'Eluyar, José Felix Ribas y otros jóvenes valerosos, ora granadinos, ora venezolanos, inflamados todos del mismo ardor y deseo que su jefe.

Emprendió éste la marcha hácia Mérida en

persecución del realista Correa, quien, al saberlo, se intimidó retirándose á Escuque. Ocupó Bolívar aquella ciudad el 1.° de Junio y restableció en ella el Gobierno republicano, tal como existía ántes de la invasión de Monteverde.

Aumentó y organizó su tropa; y si hubiera tenido armamento, habría puesto en pié de guerra un numeroso ejército, pues los hombres se le presentaban en considerable número y voluntariamente, para tomar las armas.

Un hecho grave vino á fijar su atención en aquellos dias. El Coronel venezolano Antonio Nicolas Briceño formó por su cuenta un cuerpo franco con el cual había celebrado el compromiso de dar muerte á cuantos españoles y canarios cayesen en sus manos y de repartirse sus bienes. Opúsose Bolívar al atroz designio de Briceño, y logró hacerle desistir de su intento, pero no lealmente, pues, poco después, este publicó en San Cristóbal un *bando*, declarando la guerra á muerte. Hizó pasar por las armas dos inocentes españoles del pueblo, y envió las cabezas de estos infelices, una á Cas-

tillo, jefe de una fuerza republicana, y otra al propio Bolívar.

Indignado éste, decretó en el acto su captura : pero apénas supo Briceño que se le buscaba, se fugó y trató de enderezarse con unos cuantos inespertos jinetes hácia Guasdualito. Avistado en la llanura por una fuerza realista al mando de Yañez, fué derrotado y hecho prisionero con siete más de sus compañeros. Todos murieron fusilados en Barinas por órden del Comandante español Tiscar, el cual hizo fusilar también á varios amigos y parientes de aquel cabecilla.

Entónces fué cuando Bolívar concibió el pensamiento de la guerra sin cuartel, pero se limitó por el momento á publicar una proclama el 8 de Junio, en la cual amenazaba á los realistas con una guerra desoladora.

Sin hablar de lo que entónces pasaba en el Perú, Quito, Nueva Granada y Méjico, habian sido degollados en Venezuela casi todos los patriotas vencidos en el campo de batalla ó aprehendidos en sus casas.

Ordenó Bolívar que D'Eluyar marchase con

una columna sobre Trujillo para desalojar á Correa acantonado en Ponemesa. Correa huyó en dirección de Maracaibo, y Trujillo fué ocupado por los republicanos. Uu cuerpo realista estacionado en Carache fué batido completamente.

Con la ocupación de las provincias de Mérida y Trujillo, terminaba el encargo confiado á Bolívar por el Congreso de Nueva Granada.

¿ Se detendria él ahora, y dejaría entregada su patria á las venganzas de Monteverde y de sus secuaces ?... Ni un momento vaciló en proseguir la campaña, y desobedeciendo las órdenes del Congreso, asumió toda la responsabilidad del hecho, promulgando el 15 de Julio en Trujillo el decreto en que declaraba la *guerra sin cuartel.*

« ¡ Españoles y Canarios !... Contad con la muerte, aun siendo inocentes.

¡ Americanos !. Contad con la vida, aun siendo culpables. »

Á ser hoy promulgado tal decreto, merecería el calificativo de bárbaro porque en ninguna ocasión es justificable la muerte del inocente ;

pero en las circunstancias en que fué dictado, es decir, hace 70 años, ayudó á la Independencia de Venezuela, pués la situación quedó definida y la guerra regularizada. Demás de esto sólo fué aplicado rara vez á los inocentes, y esto por haberse creido imprescindible, de manera que más bien hubo un juego de palabras en el concepto antitético en que se ofrecía la muerte á los inocentes y el perdón á los culpables, que verdadera intención de sacrificar á los primeros y dejar impunes á los últimos.

El Gobierno Constitucional de España había sido el primero en ordenar el sacrificio de los Americanos, aprobando el plan de Monteverde, que consistía en pasar á cuchillo todos los insurgentes que osaran resistir con las armas, á sus cómplices de cualquier clase juzgarlos como reos de Estado y condenarlos al último suplicio, y á los demás, confiscarles sus bienes.

Difícil era entónces la situación de los patriotas. Apénas contaban con 500 hombres de vanguardia al mando de Jiraldot y 300 en Mérida á las órdenes de Ribas, miéntras que el ejército realista tenía en Barinas 2,600 á

cargo de Tiscar, y tropas considerables en Maracaibo, Coro y el centro del país. Bolívar se ocupó del peligro más inmediato que era el de Barinas, y salió con su vanguardia hácia Guanare por el camino de Boconó, ordenando á Ribas que se incorporara á su ejército.

Quedó Urdaneta en Trujillo con un destacamento de 50 hombres para acompañar una parte del material. En la noche al reunirse con Ribas en Boconó, ambos jefes supieron que 800 realistas al mando de Martí, acababan de llegar á Niquitao, enviados por Tiscar, el cual suponía á Bolívar en dirección al Tocuyo. Propusiéronse destruir aquella fuerza para facilitar la victoria de éste sobre Tiscar, y aunque la tropa de aquellos no excedía de 350 indios reclutas y parecía imposible derrotar con ella á 800 veteranos, buscaron al enemigo y lo destrozaron en el sitio de las Mesitas en un combate que duró seis horas, apoderándose de todas las armas de los realistas y haciéndoles 450 prisioneros. Estos fueron incorporados al ejército de Ribas, quien en cambio permitió á los indios regresar á sus hogares.

Al recibir Bolívar la noticia de tan feliz suceso, redobló marchas en solicitud de Tiscar, pero éste que por los fugitivos había sabido lo ocurrido, abandonó á Barinas, retirándose á Nutrias perseguido por Jiraldot, y de allí á Angostura.

En Barinas organizó Bolívar sus fuerzas ; creó el batallon de Valerosos Cazadores al mando del Comandante español Santinelli, y montó sus primeros cuerpos de caballería.

En seguida dispuso que Ribas siguiera al Tocuyo, que las tropas de Jiraldot regresaran de Nutrias para seguir con ellas á Ospino, Araure y San Cárlos, y Urdaneta, nombrado Jefe de vanguardia fué llamado á Guanare. Las fuerzas realistas comprendiendo mal los movimientos de Bolívar, contribuyeron al buen éxito de la campaña, pues el jefe español Oberto que mandaba una columna de 800 infantes y 190 jinetes, fué batido por Ribas que sólo tenía 500, en el sitio de los Horcones el 22 de Julio, dejando en su poder armas y bagajes ; y Bolívar pudo, como resultado de esta victoria y de la retirada hácia Valencia de

las fuerzas españolas al mando de Izquierdo, ocupar la ciudad de San Cárlos el 28 de Julio.

Allí pasó revista á 2,500 hombres y siguió al encuentro de Izquierdo que tenía otros tantos, la mayor parte veteranos. Encontráronse las avanzadas el 31 en las sabanas de los Pegones. Esquivó Izquierdo el combate y siguió replegándose hácia Valencia ; pero Bolívar que comprendía la importancia de destruir aquella fuerza, ántes de que se guareciera en la Serranía, donde habría sido imposible atacarla, hizo montar en las grupas de los caballos cuantos infantes pudo y desmontarlos repentinamente al llegar frente al enemigo. Trabóse allí un combate sangriento, y fué tan grande el arrojo, que desordenado y acribillado el ejército de Izquierdo, todo él quedó en poder de Bolívar, escapando á duras penas un Oficial que llevó á Monteverde la noticia del suceso.

Izquierdo mismo herido en el campo, donde peleó valerosamente, fué trasportado á San Cárlos que le sirvió de tumba.

El 1.° de Agosto continuó Bolívar su marcha hácia Valencia. Monteverde que la defendia

huyó á Puerto Cabello con 250 infantes y algunos caballos. El ejército republicano ocupó el 2 aquella ciudad y continuó ya sin dificultad hasta Carácas, haciendo su entrada triunfal en esta Capital el 7 de Agosto.

¡ Maravillosa campaña emprendida con 400 hombres desde Cúcuta hasta Carácas!

¡ Cuán gloriosa para Bolívar y sus nobles compañeros José Felix Ribas, Urdaneta, D'Eluyar, Jiraldot y los demás !

Bolívar habia concedido desde La Victoria una honrosa capitulación á Fierro, teniente de Monteverde, encargado por éste de la defensa de Carácas, pero no le aguardó en la ciudad, sino que abandonando sus tropas y partidarios, se había embarcado para Puerto Cabello.

Deseoso Bolívar de no mancillar su triunfo con represalias ni violar su decreto de *guerra sin cuartel*, nombró una comisión compuesta en su mayor parte de españoles, de los mismos que á merced suya habian quedado por la fuga de Fierro, para que, entendiéndose con Monteverde en Puerto Cabello, le exigieran la

ratificación del convenio que les garantizaba la vida. Negóse éste á toda avenencia, dejando así abandonados al rigor del vencedor aquellos infelices que sólo él comprometiera.

El 8 de Agosto anunció Bolívar el restablecimiento de la República, bajo los auspicios del Congreso Granadino, y asumió el mando dictatorial como General en jefe del ejército, hasta la conclusión de la guerra.

Este acto fué lógico y necesario. Los pueblos no hacen Dictadores, los dictadores se hacen ellos mismos, cuando los precisa un país.

Dejemos un instante á Bolívar en Carácas, que le saludaba ya con el título de Libertador, miéntras reseñamos concisa y rápidamente los demás sucesos ocurridos en Venezuela desde el día en que Bolívar se embarcó en Agosto del año anterior para Curaçao y Cartagena.

VI

Violada por Monteverde la capitulación que había celebrado con el General Miranda, entregóse aquel Jefe á todo género de persecuciones contra los patriotas. Casi todos fueron reducidos á prisión, desposeidos de sus bienes, y atormentados de la manera más brutal : algunos perecieron en las prisiones, otros fueron enviados á España con grilletes.

Á tiempo que Bolívar salía de Curaçao para la Nueva Granada, con el propósito de hacer la gloriosa campaña que acabamos de narrar,

embarcóse en Güiria para Trinidad el jóven Santiago Mariño que desde 1810 había servido la causa de la patria en tierras del Oriente, y tenía para 1812 el grado de Coronel, bizarramente ganado. Dirigíase á Trinidad con el fin de concertar allí los medios de salvar á su patria.

Reunidos sus amigos é informados de que Monteverde había desconocido la capitulación hecha con Miranda, resolvieron de común acuerdo volver á Venezuela en són de guerra, y nombraron al Coronel Mariño Jefe supremo de la expedición con plenitud de facultades.

Mariño y sus compañeros Piár, los hermanos Bermudez, Valdés y otros no ménos valerosos, desembarcaron en la Costa de Güiria el 18 de Enero de 1812. Allí sorprendieron un destacamento de 300 hombres al mando del Jefe realista Gabazo, y se apoderaron de cuanto tenía.

Con esta victoria aumentaron sus fuerzas, y siguieron á Maturín. Atacado en el tránsito uno de los Bermudez (Bernardo) por Cerveriz á la cabeza de 400 realistas, tuvo la buena

suerte de derrotarlo hasta dispersar su gente, y en seguida ocupó el pueblo de Maturín.

Llegaron estas novedades á conocimiento de Monteverde, el cual envió á Cumaná una columna de 300 infantes, al mando del vizcaino Zuazola. Hizo éste de las suyas contra los patriotas que no pudieron escapar á su venganza. Baste decir que degolló y desorejó tantos infelices, que una vez hizo á sus amigos los Catalanes que residian en Cumaná el regalo de varios cajones de orejas, con las cuales adornaron estos las puertas de sus casas, usándolas también en sus sombreros como escarapelas!...

Creyendo Zuazola tan fácil destruir á los patriotas armados, como asesinarlos cuando inermes, dirigió uno de sus tenientes hácia Maturín donde aquellos estaban organizándose, el cual les atacó el 20 de Marzo á la cabeza de 1500 hombres. Piár, que defendía la plaza, tenía apénas 500, fingió retirarse, pero observando el desórden en que le seguia la tropa realista, ignorante de aquella treta, volvió cara con los suyos en el momento oportuno, y les

dió una derrota tan completa, que apénas se salvaron unos pocos.

Irritado Monteverde al saber tales noticias, resolvió ir en persona á restablecer su autoridad en aquellas comarcas, y se embarcó en la Guaira con una expedición, dejando á Tiscar encargado del mando durante su ausencia.

La expedición llegó á Barcelona el día 3 de Mayo, y el 25 se presentó Monteverde frente á Maturín con 2,000 hombres. Piár le esperó con fuerzas muy inferiores.

Trabóse el combate, remolineó la gente de Monteverde, creció en denuedo la de Piár, y el Jefe español fué completamente derrotado, dejando en el campo 479 muertos, de los cuales 27 eran oficiales, cañones, fusiles, pertrechos, dinero y el propio equipaje de Monteverde.

Salvóse éste en la fuga auxiliado por un práctico, y regresó aterrado á Carácas, donde destituyó á Tiscar, reemplazándole con Fierro.

De Carácas salió precipitadamente para Valencia, con el fin de conjurar la tempestad que le traía Bolívar desde el Occidente.

Y por ahora le dejaremos en los muros de Puerto Cabello.

Mariño, con el auxilio de los Margariteños, dirigidos por Arizmendi, preparó el ataque contra la plaza de Cumaná. El Gobernador Antoñanzas, encargado de su defensa, huyó cobardemente lo mismo que su segundo Nepomuceno Quero. Alcanzados por la flotilla Margariteña, perdió Antoñanzas la mayor parte de sus embarcaciones, salvándose mal herido con su Teniente y á poco murió en Curaçao.

Cerveríz, que estaba acantonado en Yaguarapáro con 400 hombres, al punto que tuvo la noticia de la pérdida de Cumaná, se embarcó para Guayana, no sin dejar nuevas pruebas de su crueldad en la comarca.

El ejército de Mariño ocupó la plaza de Barcelona el 19 de Agosto, habiéndola abandonado el Mariscal de campo Cagigal, que por órden de Monteverde la defendía. Retiróse el Mariscal con su gente á Guayana como teatro, á juicio suyo, más favorable para sus futuras operaciones. Dos de sus oficiales, Boves y Morales, que obtuvieron más tarde gran celebri-

dad, se internaron con sus jinetes por los llanos de Carácas.

Libre la provincia de enemigos, fué reconocido Mariño como Jefe supremo del Oriente, y Piár su segundo, quedando constituida así una nueva dictadura frente á frente de la de Bolívar. Envió Mariño comisionados á éste para darle noticias de sus triunfos, y ponerse de acuerdo con él acerca del sistema de gobierno que conviniera adoptar para Venezuela.

Bolívar no recibió con agrado la noticia de aquella dictadura, y sin combatirla abiertamente, decidió aprovechar los recursos de Mariño en bien de la causa que ambos defendian. En consecuencia pidióle la escuadrilla con el fin de estrechar el sitio contra Puerto Cabello donde Monteverde se había refugiado.

El disentimiento que existió desde entónces entre Bolívar y el Jefe Oriental fué causa de mal éxito y retardo en muchas operaciones militares.

Aunque la primera campaña había concluido, el país de Occidente no estaba sometido, ni mucho ménos pacificado. Comprendo

Bolívar la necesidad de proceder activamente, y en consecuencia despachó á Urdaneta con tropas á Valencia, y él mismo le siguió luégo para emprender las operaciones de sitio contra la plaza de Puerto Cabello. El resultado de estas tenía que ser lento y dudoso. Las fuerzas de Jiraldot y Urdaneta se apoderaron de las Vigias y del pueblo exterior; pero de allí era ya difícil penetrar intramuros. Los sitiados hicieron una salida y fueron rechazados. Dos compañías republicanas á su turno penetraron por unos escombros, pero sin más fruto que la captura de Zuazola que mandaba el mirador de Solano, y creyéndose perdido, tanto era su miedo, se descolgó por las murallas, y fué cogido al día siguiente entre los montes por los patriotas.

Bolívar propuso á Monteverde el canje de Zuazola por el Coronel Jalon, preso en Puerto Cabello desde el año anterior, y aún ofreció más prisioneros, si preciso era en cambio de aquel patriota : pero el Jefe realista, como de costumbre, rechazó la propuesta. Zuazola fué en consecuencia ahorcado al siguiente día.

El 13 de Setiembre presentóse frente á la Guaira la expedición enviada de España en auxilio de Monteverde, compuesta de varios buques de guerra y 1200 hombres de desembarco. El 16 entró en Puerto Cabello sin que la estratagema concebida por Bolívar y ejecutada por Ribas para apoderarse de dicha expedición en la Guaira hubiera tenido más resultado que la muerte y captura de los primeros que desembarcaron, creyendo que el puerto estaba en poder de las armas españolas.

Desconcertado Bolívar con la llegada de tales refuezos á Puerto Cabello, levantó el sitio y se dirigió á Valencia. Á fines del mes salió Monteverde con el grueso de sus fuerzas en persecución de la muy exigua de Bolívar, y situó su vanguardia compuesta de 500 hombres en el cerro de Bárbula. Bolívar aprovechó este movimiento y dispuso el ataque con tres columnas al mando de Jiraldot, D'Eluyar y Urdaneta. Los realistas fueron derrotados, dejando en el campo muertos y prisioneros; pero la República tuvo el dolor de perder en aquel combate al ilustre Jiraldot, que murió de un

balazo en la frente en el momento en que con su propia mano plantaba el pabellon tricolor en las alturas.

Jiraldot era granadino, y su muerte causó profundo pesar entre sus compatriotas que juraron vengarle, y en efecto, el 3 de Octubre, 1000 hombres al mando de D'Eluyar, granadino como Jiraldot, atacaron á Monteverde en el sitio de las Trincheras, derrotándole completamente, é hiriéndole en la cara de un balazo, por lo cual tuvo que refugiarse al punto en Puerto Cabello, y se restableció el sitio.

Boves había alcanzado en esos dias una fácil victoria en los Llanos sobre una fuerza republicana y avanzaba hácia Villa de Cura. Inquieto Bolívar al saberlo y temiendo que Monteverde, que disponía del litoral, desembarcara su tropa en Coro, é invadiera junto con la de Ceballos el Occidente de la República, ordenó que el Brigadier Urdaneta con una columna de 700 infantes y un escuadrón se dirigiese á aquellas provincias incorporando en el tránsito diversas fuerzas patriotas, acampadas hasta Barquisimeto. Boves y Moales deberian ser

atacados en Calabozo por las tropas republicanas al cargo de Campo-Elias. No era este republicano inferior á su adversario realista en ferocidad ni en valor, y por eso le presentó batalla el 14 de Octubre en el sitio de Mosquitero al frente de 1500 jinetes. Tenía Boves 2000 hombres de caballería y 500 infantes, al mando de Morales. Al principio la suerte favoreció al realista; pero luégo tornóse y quedó completamente desecha su tropa y tendida en el campo, pues el republicano no dió cuartel á nadie, matando á centenares los americanos que el decreto de Trujillo exceptuaba. Estas y otras crueldades hicieron, por odioso, estéril su triunfo.

Cuando esto ocurría en los Llanos, el pueblo de Carácas, por el órgano de sus autoridades aclamaba á Bolívar Capitan general del Ejército, y dábale además el título de Libertador. El Brigadier realista Ceballos resolvió su salida de Coro con 1300 hombres y derrotó en Yaritagua la división de García de Sena, vencedora anteriormente en Cerritos Blancos á cargo del Coronel Valdés, que reemplazó en esta acción á Sena por el mal estado de su salud.

Tras este fracaso ocurrió otro no ménos grave; la pérdida de la provincia de Barinas, que fué invadida por el realista Yañez con una división de 2,500 hombres traida del Apure.

Á Urdaneta, inactivo á consecuencia de la derrota de Valdés, envió Bolívar, para que le auxiliara, el batallón Aragua, mandado por el Coronel Florencio Palacios, y el escuadrón de soberbios Dragones, regido por el Coronel Rivas Dávila, y sin pérdida de instantes se trasladó él mismo á Cabudare á dirigir el movimiento. Era su plan atacar las fuerzas de Ceballos y Oberto alojadas en la ciudad de Barquisimeto y sus alrededores. Las fuerzas de Bolívar se componian apénas de 1200 hombres de infantería, dos piezas de campaña y 200 jinetes, en tanto que la realista tenía 2000 infantes, 9 piezas de artillería y 500 caballos. Rompiéronse los fuegos; la caballería republicana envolvió á la enemiga de tal modo que la llevó en derrota hasta fuera de poblado. La infantería se batía con admirable valor, y los patriotas saboreaban ya el triunfo, y Ceballos se aprestaba á la fuga, cuando de repente se oyó el toque de retirada,

y la voz *Sálvese el que pueda.* Las tropas de Bolívar se desorganizaron y no hubo modo de contenerlas; la batalla estaba perdida, y sin la oportuna llegada del escuadrón de Rivas Dávila que impidió la persecución, el desastre habría sido completo. Con todo, la batalla causó á los republicanos una pérdida de mil hombres entre muertos y heridos.

Esta victoria estimuló á Monteverde á enviar de Puerto Cabello 1200 hombres al mando del Coronel Salomón, con el fin de invadir los valles de Aragua y llamar la atención de los patriotas. El 20 de Noviembre presentóse en efecto Salomón en las alturas de Vijirima.

Bolívar después de la rota de Barquisimeto había venido á Valencia á reorganizar el ejército: miéntras Urdaneta recogía los dispersos, y contramarchaba á San Cárlos. Estaba pues en Valencia, cuando Salomón se presentó en las alturas de Vijirima, y ordenó batirlo.

De Carácas acudió el general Ribas con 700 hombres para esta operación; Bolívar mismo llevó 1,300 desde Valencia. El 25 de Noviembre fué atacado Salomón, y después de

un reñido combate, retrocedió á sus posiciones en la montaña, retirándose por la noche á Puerto Cabello. Precisaba ahora destruir á Ceballos, vencedor en Barquisimeto, y para ello dispuso Bolívar que Campo Elias dejando en Calabozo una división de 1000 hombres para observar á Boves, se dirigiera á San Cárlos con el resto de sus fuerzas. Allí las encontró Bolívar y con estos y otros cuerpos que llevó él mismo de Valencia reunió una fuerza de 5000 hombres. La dividió en cuatro cuerpos : vanguardia al mando del Coronel Manuel Manrique; centro á cargo del Coronel Florencio Palacios; retaguardia regida por Villapol, y reserva á las órdenes de Campo Elias.

El Jefe realista Yañez había ocupado para esa fecha á Araure, y Ceballos se hallaba allí con sus tropas. A ese punto se dirigió Bolívar con las suyas cuando lo supo, y á él llegó el 4 de Diciembre. Al día siguiente comenzaron los reconocimientos, y no fué sino cuando la vanguardia republicana estaba ya destruida por el enemigo, que el resto del ejército patriota pudo darse cuenta de las ver

daderas posiciones de Ceballos y de Yañez.

Reparado en parte este desastre por la organización que Bolívar diera en el campo á las fuerzas, rompiéronse de nuevo los fuegos y la infantería realista se desordenó, declarándose poco después en completa derrota.

Todos huyeron dejando en el campo más de 1000 muertos. La persecución fué muy activa; y se hicieron más de 600 prisioneros españoles ó canarios que fueron fusilados.

Ceballos huyó á Guayana, y de allí pasó á Coro; Yañez fué al Apure.

La victoria de Araure fué muy favorable á la causa republicana, porque aseguró por lo pronto la posesión del Occidente; pero quedaban todavía, Boves encerrado en las llanuras de Carácas, donde acababa de obtener un triunfo sobre Aldáo, sucesor de Campo Elias, que le permitió aumentar sus hordas á más de 4,000 hombres, y Monteverde encerrado en Puerto Cabello; motivos ambos de alarma y de amenaza para el porvenir.

Mucho se ha escrito contra Mariño, porque en aquellas circunstancias no prestó con sus

tropas á Bolívar un apoyo franco y decidido que habría bastado para destruir á Boves, y precipitar el término de la guerra. Pocos hombres han sido peor juzgados que aquel valeroso y modesto Jefe, tan noble en sus aspiraciones, como gallardo y leal en su persona y en sus sentimientos.

Mariño había libertado las provincias Orientales, y sus compatriotas le habian nombrado Dictador. Bolívar había redimido el Occidente, y merecido por sus triunfos el mismo título. El derecho de ambos era idéntico; las aspiraciones eran las mismas. La ambición no es, á veces, un defecto, sino una noble cualidad, y la ambición de Bolívar era ciertamente mucho más grande que la de Mariño. ¿Por qué no se entendieron aquellos dos hombres en bien de la común patria? La razón era obvia; porque Bolívar tenía una inteligencia propia y privilegiada, y la de su competidor, era pobre para regir un Estado.

Bolívar concebía y ejecutaba, en tanto que Mariño, de carácter débil y complaciente, ejecutaba simplemente las concepciones de sus

Tenientes y amigos, entre los cuales algunos había dominados por una ambición desenfrenada é insensata. Si Mariño hubiera desconocido abiertamente la autoridad de Bolívar y proclamado la independencia de las provincias Orientales, habría sido ménos perjudicial á la causa general, que limitándose á prestar algunos auxilios á Bolívar, siempre á medias y con extrañas reservas. Su error consistió en la debilidad del carácter, pero no en el exceso de su ambición, como lo han escrito algunos.

Los sitiados en Puerto Cabello comenzaron á sentir los efectos del hambre. Ceballos había pedido desde Coro refuerzos á Monteverde : al fin se decidió éste á enviar en su auxilio el regimiento de Granada, del cual apénas llegaron 400 hombres, después de una penosísima marcha por el camino de la Costa.

Cansados los sitiados de las torpezas de Monteverde, le depusieron el 28 de Diciembre de 1813, y pocos días despues se embarcó para Curaçao. Así terminó su carrera el llamado Pacificador y Capitán General, violador de la capitulación de San Mateo.

VII

El año de 1814, que debía concluir de un modo funesto para la causa republicana, le fué benéfico en sus comienzos. — Estos contrastes entre la apariencia halagadora y la triste realidad, son muy frecuentes en lo físico y en lo moral.

Bolívar, deseoso de conocer la opinión del pueblo de Carácas, y hasta cierto punto inquieto por el disentimiento de Mariño, provocó por medio del Gobernador Dr. Cristobal Mendoza (una de las más notables figuras de la revolución), la convocación de una Asamblea con

el pretexto de dar cuenta de su conducta como Dictador. Reunióse en efecto el pueblo el 2 de Enero en el convento de San Francisco, y Bolívar, que concurrió con sus Secretarios á la reunión, fué vitoreado y aclamado con entusiasmo, salvador de la patria. Sus poderes fueron ratificados.

Satisfecho del entusiasmo de sus conciudadanos, les dió las gracias, asegurándoles al final de su discurso que anhelaba por el momento trasmitir el poder y verse exento de aquel carácter, porque sólo aspiraba á combatir á los enemigos, y no daría treguas á la espada, miéntras la libertad de la patria no estuviera asegurada del todo.

« Nunca promesa fué mejor cumplida, — dice el historiador Baralt ; — mas en cuanto á la autoridad, su venerable memoria nos perdone, él la amaba como todos los que han nacido para ejercerla dignamente. »

Con la misma reverencia seános lícito decir que la amó tal vez demasiado, y esto fué, si nó su error, por lo ménos su desgracia.

Convino al fin Mariño en entenderse con Bo-

lívar, y en consecuencia ofreció lealmente su concurso. Este se dirigió entónces á los valles de Aragua con el propósito de estrechar el sitio de Puerto Cabello y emprender las operaciones del Occidente.

Léase ahora la interesante carta que Bolívar dirigió desde Maracay á Sir Richard Wellesley, haciéndole una reseña de lo ocurrido en Venezuela hasta aquella fecha. Es una carta preciosa que existe depositada en los Archivos Británicos y que hemos copiado con permiso del Gobierno inglés.

Cuartel general de Maracay, 14 de Enero de 1814. 4.° y 2.°

SEÑOR :

Siempre he conservado en mi memoria el encargo con que Vd. me honró al separarme de esa gran capital, manifestándome un vivo interés por saber los acontecimientos de esta parte del mundo que empezaba á agitar una revolución filantrópica. Ningún acontecimiento extraordinario pudo decidirme á escribir á Vd.

La subyugación de Venezuela por sus antiguos tiranos era un suceso lamentable, que la vergüenza me prohibía

transmitir á Vd. y que su amor á nuestra independencia hubiera recibido con amargura.

Huí de un país que volvía á poseer la tiranía; acababa de ser testigo de las perfidias del Gobierno español, que después de haber firmado una capitulación en San Mateo, que aseguraba la inmunidad de las personas, no obstante sus hechos y opiniones políticas, la infringió escandalosamente : y Vd. puede considerar aún á la vista misma de las Cortes y Regencia, detenidos en plazas fuertes y presidios, y reducidos á la última miseria aquellos á quienes especialmente protege el tratado.

Cuando empezaba á ejecutarse el plan de una destrucción general, la fortuna me ofreció un pasaporte del tirano, con el cual me salvé de la borrasca. Pasé á Curaçao, y de allí volé á Cartagena cuyo pueblo generoso hacía esfuerzos por la independencia y por repeler las agresiones de los españoles. Era momento crítico para aquella ciudad; pues las bandas enemigas, después de haber paseado toda la Provincia, se hallaban inmediatas á ella.

Milité bajo los estandartes republicanos, á los que la victoria siguió constantemente, y dirigí como Jefe algunas de las últimas expediciones, lo que produjo que el Gobierno de Nueva Granada me diese cuatrocientos soldados, y un permiso de libertar á Venezuela.

Ya habian pasado diez meses de su subyugación.

El sistema opresor del Gobierno español, la índole cruel de los individuos de esta nación, la venganza que animaba á todos, y los resentimientos particulares, son consideraciones que harán imaginar á Vd. el espantoso cuadro que ofrecía en estos deplorables días mi patria desdichada. En efecto, ya se hallaba en la agonía mortal.

Las mazmorras encerraban, por decirlo así, pueblos enteros. Allí, amontonados unos sobre otros, los Venezolanos estaban cargados de cadenas, reducidos á un nocivo y escaso alimento, y perecían en aquellos sepulcros, donde un arte perverso no permitía la entrada al aire ni á la luz. Las ciudades estaban desiertas; no se veía más que á los soldados del bárbaro, insultando las lágrimas de la esposa y de la madre; pues el resto de los hombres vivía en las selvas más retiradas donde huian de los satélites de la opresión.

Represéntese ahora Vd. que el despotismo atacó todos los Estados de la sociedad. Los prófugos ó los encadenados eran los agricultores, eran los comerciantes, los artesanos.

No había rentas, y el pillage suplía á su falta. Desaparecieron los labradores, y se incendiaron sus chozas. Aldeas grandes y pequeñas fueron reducidas á cenizas. Añada Vd. que las propiedades que no podian ser saqueadas fueron embargadas; y los fraudes de los depositarios, el abandono en que estuvieron consumaron la ruina general.

Estos fueron los primeros pasos hácia atentados más horrorosos. No se habian visto otras escenas sangrientas, que las de San Juan de los Morros, donde los vecinos pacíficos fueron casi todos inmolados en las calles, en sus casas, y en los montes, adonde se acogieron; crueldades que ejecutaban por sus propias manos los más notables Jefes españoles.

Pero en aquellos días que yo me acercaba á Venezuela, empezó á correr la sangre sobre los cadalsos, y la hoz de los asesinos mutilaba las víctimas en el seno del reposo doméstico.

La villa de Aragua en Barcelona, la capital de Barcelona, las ciudades de Calabozo y Espino, vieron sucederse días funestos de carnicerías humanas; al tiempo que las tropas que yo mandaba, tan fieras como las águilas y más veloces en sus marchas, penetraban por todas partes y salvaban las víctimas. En poco más de un mes, Venezuela que ofrecía ántes un aspecto desolador, se vé de nuevo cubierta de sus hijos libres; se vé resucitar la naturaleza y los hombres en los campos cultivados y en las ciudades habitadas.

Las cadenas que arrastraban los Americanos, doman entónces el furor de los tigres opresores. El General Mariño, que en el Oriente de Venezuela con cuarenta hombres había emprendido el más audaz proyecto, logró en el famoso campo de Maturín derrotar en una gran batalla á Monteverde.

La Isla de Margarita desarmada y teniendo en prisiones á los principales habitantes, tiene el arrojo de arrostrar al tirano y sus tropas; y auxilía después á los vencedores de Maturín que acabaron entónces de libertar las Provincias Orientales.

Mis primeros pasos no fueron tan felices. Había marchado á la cabeza de cuatrocientos soldados y entré en Venezuela con ménos de trescientos. Sin embargo este puñado pudo en cinco batallas campales destruir un ejército de diez mil hombres y libertar las provincias de Mérida, Trujillo, Barinas y Carácas. Arranqué entónces al orgullo español actos humillantes que aún no había ejecutado. No sólo propuso el Gobierno de Carácas una vergonzosa capitulación, mas en un decreto que publicó el 3 de Agosto del año pasado, nos reconoció como un Gobierno legítimo.

En medio de estos sucesos carecía de grandes ejércitos; muchos españoles habian huido con el fruto de los pillages, que ellos llamaban rentas públicas : no había Marina, y la España hacía esfuerzos por sostener su tiránica dominación.

Los más extraordinarios efectos de esta inícua tenacidad, se dejaron ver á pocos días, cuando arribó de Cádiz la expedición más grande que hayan destinado contra Venezuela. La debilidad ó más bien la nulidad de nuestra situación me obligaba al mismo tiempo á estar en el campo de batalla y á la cabeza del Gobierno. Los recursos tenía que crearlos; y también que dirigirlos; y véame Vd. constituido por la necesidad Jefe supremo del Estado y General del ejército.

Nuestras tropas se distinguian cada día con brillantes victorias. La expedición española se redujo á unos restos miserables, que no subsistirán mucho tiempo en el inexpugnable Puerto Cabello, no pudiendo resistir la estrechez de un sitio riguroso por las tropas de tierra, y un bloqueo por la escuadrilla de Cumaná y la Guaira.

Peor suerte han tenido los ejércitos de Yañez y Ceballos, los más numerosos que han invadido á Venezuela. En la jornada memorable de Araure quedaron completamente destruidos. Se habian formado en Coro en el occidente de Carácas y San Fernando de Apure con los auxilios de armas que recibieron; con los que enviaron de Guayana, y con el fermento de sedición que levantaron en aquellos pueblos los españoles que generosamente había dejado en libertad.

Algunas pérdidas que al principio experimentamos, debilitándonos, aumentaron su ejército, que ya no existe. Sucedió en Venezuela lo que yo siempre anuncié, que

si la Inglaterra no se declaraba por nuestra causa, la guerra civil debía encenderse entre nosotros y sólo la pública declaración de la Gran Bretaña conseguirá apagarla.

Yo ejerzo aún el poder supremo. Yo protesto sin embargo á Vd. que no son mis miras de elevarme sobre mis conciudadanos. Ansío por el momento de convocar una representación del pueblo, para transmitirla mi autoridad. El tres de este mes en una Asamblea popular que invité espontáneamente, justifiqué mis operaciones, presentando los informes de los tres secretarios de Estado. En un discurso que dirigí á la Asamblea, terminé renunciando la autoridad.

Los oradores y el pueblo se elevaron contra esta resolución y consentí continuar de Jefe supremo hasta el momento que, destruidos los enemigos, pudiera volver á la vida privada, protestando al mismo tiempo no recibir autoridad ninguna aunque el mismo pueblo me la confiara.

He referido muy ligeramente á Vd. un acontecimiento sin duda extraordinario; pero como los principales sucesos se han detallado en nuestros papeles, yo me tomo la libertad de remitir á Vd. á ellos para que los considere en toda su extensión.

Permítame Vd. entre tanto suplicarle recomiende mi afecto al Lord su padre el Marqués de Wellesley, cuya bondad se sirvió distinguirme en el tiempo que residí en esa Capital. Sufra Vd. que mi débil voz eleve hasta él y hasta Vd. mi sincero júbilo por los triunfos inmortales del gran Lord Welington. Su gloria no es más sensible á Vd. y á su ilustre padre que á mí, interesado tanto en los sucesos de la Inglaterra, como unido por el más

vivo afecto á la excelsa familia de Vd. Tanto más celebro estas victorias, cuya memoria durará junto con el mundo, cuanto que las creo favorables á la independencia de la América.

Aunque ellas aseguran también la de la España el Gabinete de San Jayme, decidido siempre por la emancipación de la América, la escudará con su protección, y sobre todo el Lord Marqués Wellesley, un tan gran resorte para el Gobierno de la Nación, la hará inclinar en favor de la más justa de las causas.

Fueron desde el principio mis primeras disposiciones enviar Agentes extraordinarios cerca de S. M. B.; pero he querido más bien aguardar el momento en que he juzgado asegurada nuestra suerte para pedir la amistad y auxilios de la Nación poderosa de que es Vd. un principal ornamento.

Soy con la mayor consideración de Vd. atento servidor Q. B. S. M.

SIMÓN BOLÍVAR.

SIR RICHARD WELLESLEY.

La situación desmejoraba notablemente de día en día. García de Sena, sitiado en Barinas por Puy, Teniente de Yañez, había evacuado la plaza sin esperar los auxilios que pidiera á Urdaneta, dejando así entregada aquella población á las venganzas de Puy, que la pasó á cuchillo.

Yañez, al tener noticia del triunfo de su subalterno, se dirigió á Ospino, pero tuvo la desgracia de encontrarse con Urdaneta que iba en auxilio de García de Sena. El gallardo, valeroso y leal Urdaneta supo también lo ocurrido en Barinas, y en el acto envió sus fuerzas á Ospino, y otras más que destacó de Barquisimeto en defensa de aquella población, sitiada ya por Yañez.

Quiso éste impedirles el paso, y se trabó el combate. Lenta y laboriosa parecía la refriega, cuando una bala derribó á Yañez, y dió término á la lucha. Los pocos realistas que se salvaron fuéronse á Guanare, donde reconocieron como sucesor de Yañez al Teniente Coronel de la Calzada, persona insignificante y de malísimos precedentes.

La provincia de Carácas estaba herida mortalmente. Por los valles del Tuy se había presentado Rosete á inquietar las poblaciones, á tiempo que Boves con una fuerza de 7,000 hombres emprendía desde Calabozo sumarcha sobre Villa de Cura. En el sitio de la Puerta encontróse con Campo Elías á la cabeza de

3,000 infantes. La lucha era muy desigual por el número, y la destrucción de la fuerza republicana fué completa, escapándose apénas Campo Elías y algunos de los suyos.

Bolívar comprendió al punto la gravedad del peligro, é hizo situar inmediatamente diversas fuerzas en La Victoria para contener á Boves. Allí estaba ya el valeroso Ribas con 1000 hombres, cuando Boves atacó la plaza el 12 de Febrero. La situación de los patriotas era muy angustiosa. Reducidos al recinto de la plaza, en ocho horas de combate habian perdido ya la mitad de sus fuerzas. Á Ribas tan valeroso cuanto sereno, le habian muerto ya tres caballos.

El conflicto era inminente cuando de súbito se apercibe una densa nube de polvo en el camino de San Mateo. Comprende Ribas que eran los refuerzos que Bolívar enviaba, y facilita su entrada destinando un cuerpo de jinetes y cazadores á recibirlos. Ribas aprovecha la llegada de esta tropa ; sale de la plaza, acomete con furia al enemigo y le obliga á retirarse en completo desórden , quedando dueño del

campo. Pero el peligro no estaba sino conjurado.

Por órden de Bolívar fueron ejecutados todos los españoles y canarios que existian en las prisiones de Carácas y la Guaira. Las ejecuciones á cargo del Gobernador militar Coronel Arizmendi duraron tres días. Existian como 800 presos en la Guaira y 400 en Carácas. Esta horrible matanza fué calificada de diverso modo por los amigos y enemigos de Bolívar. Tal vez no eran todos culpables ; tal vez había entre ellos algunos inocentes, y muchos incapaces de hacer daño ; pero de esto no puede juzgarse con acierto sino retrotrayendo las cosas al día de la ejecución. No había en ella cobardía ni premeditada crueldad. Aquel acto pareció inevitable á Bolívar para la seguridad de la causa, cuya defensa le había sido encomendada. Era él, sólo llamado á decidir de la necesidad y á asumir ánte su conciencia la responsabilidad moral del hecho, del mismo modo que aceptaba ante sus enemigos las consecuencias materiales.

Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que

Rosete seguía asesinando patriotas en los valles del Tuy, sin respetar siquiera á los que se refugiaban en los Templos, y que las poblaciones emigraban en masa para salvarse de sus crueldades ; de tal modo que Ribas, que salió en su persecución y le derrotó el 20 deFebrero, encontró en Ocumare más de 300 cadáveres de niños y mujeres insepultos....

Preparóse Bolívar, despues que Boves se retiró de La Victoria para resistirle en San Mateo, lugar accidentado y montañoso, donde le sería ménos difícil vencerle, y agrupó allí una fuerza que apénas llegaba á 1800 hombres de todas armas, con cuatro piezas de artillería.

Los combates parciales comenzaron el 28 deFebrero. En este día obtuvo Boves algunas ventajas, pero fué herido y suspendió el ataque. Su rival Campo Elías, herido también, murió dias después. Miéntras el Jefe realista se aprestaba de nuevo al combate, tuvo Bolívar ocasión de socorrer á Carácas que se veía de nuevo amenazada por la reaparición de Rosete y destacó de sus exiguas fuerzas

300 hombres al mando del bizarro Coronel Mariano Montilla, en auxilio de la misma Ciudad. Boves, á quién Bolívar pareció más débil que ántes intentó por medio de sus Tenientes varios ataques, pero sin éxito, hasta el 20 de Febrero, en que compareció personalmente en el campo : organizó allí sus huestes y el 25 comenzó el asalto.

Encarnizada fué la lucha y hábilmente sostenida por ambas partes, y tal vez la fortuna habría coronado de laureles al despotismo si en el momento en que las turbas de Boves se apoderaban del parque de los patriotas, su intrépido y valerosísimo guardián, el granadino Antonio Ricaurte, no hubiera sacrificado noblemente la vida en holocausto de su patria, poniendo fuego á los pertrechos. La explosión fué terrible, espantosa ; la columna de Boves quedó carbonizada, y los pocos que sobrevivieron á la catástrofe se pusieron en fuga. Boves se retiró, dejando en el campo 800 hombres entre muertos y heridos.

Rosete era entónces motivo de gran inquietud. Ántes de llegar las tropas que Bolívar ha-

bía enviado en auxilio de Carácas, organizóse allí una expedición contra aquel al mando de Arizmendi, compuesta de 800 hombres, casi todos estudiantes y jóvenes de las mejores familias.

Todos fueron sacrificados el 16, salvándose apénas Arizmendi con algunos Oficiales. Montilla y Ribas se encargaron de vengar aquel desastre, y el 20 encontraron á Rosete en Ocumare, y le derrotaron de tal modo, que escapó milagrosamente.

En estas circunstancias presentóse en el Campo el Ejército de Oriente al mando del General Mariño. Fiel éste á las promesas que hiciera á Bolívar, traía consigo un ejército de 3500 hombres, la mayor parte de caballería.

Muy á tiempo llegó este auxilio, porque Boves, al tener la noticia, levantó el sitio de San Mateo, y corrió á su encuentro. No le encontró en la Puerta, sitio donde lo buscaba, sino en Bocachica, lugar que eligió el General Mariño. Fuéronse allí á las manos el 31 de Marzo, y Boves, disperso y batido por el Jefe Oriental, tuvo que retirarse en la tarde,

escaso de municiones, dejando en el campo cerca de 1000 hombres.

Urdaneta ocupó después de mil peripecias á San Cárlos, donde le sitió Calzada y falto de agua al octavo día, logró salir con su tropa hácia Valencia, desde donde se comunicó con Bolívar que estaba aún en San Mateo. Este le dió la órden de defender á Valencia hasta morir.

Ceballos y sus tropas en número de 4000 hombres tardaron poco en presentarse ante la plaza, defendida apénas por 280 hombres. Allí donde les aguardaba el intrépido Urdaneta, pereciera á ser preciso, si á los seis días de sitio, en momentos en que Ceballos resolvía tomar la plaza, no hubiera llegado á su campo Boves huyendo de la persecución de Bolívar. Ceballos creyó prudente abandonar el sitio, y se retiró á San Carlos.

Bolívar entró en Valencia el mismo día. Siguió tras de Ceballos el General Mariño y le buscó con sus fuerzas hácia San Cárlos. Encontróle, y no salió bien librado el Jefe patriota, porque el realista le esperó en las afue-

ras de la ciudad al frente de 2500 hombres. Se rompieron inconsultamente los fuegos, pués Mariño no quiso seguir las indicaciones de Urdaneta más perito que él, respecto del terreno y de la situación, y el resultado fué que la fuerza republicana se desbandó, y toda habria perecido aquel día, sin la apatía natural de Ceballos. En la retirada hácia Tinaco acabó de desbandarse, y hasta se perdió el parque. Mariño y Cedeño se reunieron con Urdaneta, único Jefe que se retiró en órden con su infantería, y juntos entraron en Valencia.

Incansable Bolívar, abandonó al saber esta noticia las operaciones sobre Puerto Cabello y se presentó en Valencia, donde reorganizó sus fuerzas. Con ellas hizo una salida hácia Tocuyito donde estaban ya los enemigos, les encontró preparados el 17. No hubo allí serio combate, sino más bien un torneo, porque aquellos no se resolvieron á abandonar sus trincheras, á pesar de las provocaciones de los patriotas. Bolívar resolvió entónces retroceder.

La fuerza realista se aproximó el 20 y Bolí-

var se puso en marcha el 26, llegó á las llanuras de Carabobo dos días más tarde, y aceptó el combate. Su fuerza ascendía á 5000 hombres. La de Cajigal y Ceballos era de 6000. Rompió Urdaneta los fuegos, y avanzó. Se empeñó la batalla y Bolívar, atento á todo, dictó disposiciones muy acertadas, en medio del combate, y lo dirigió con tal pericia, que el resultado fué la más completa derrota de los realistas, pues hasta dos de sus cuerpos se pusieron en fuga sin combatir, y en poder de Bolívar quedaron 500 fusiles, 8 banderas, municiones de guerra, papeles, 4000 caballos, arneses, víveres, ganados y equipajes.

Pero Bolívar no incurría en imprevisiones, y después de aquella victoria tan feliz para la República, recordó que Boves hacía grandes aprestos en Calabozo. Regresó pues á Tocuyito y allí dispuso que Urdaneta con la división Carácas siguiera en persecución de Cagigal y que Mariño ocupara la villa de Cura con 1500 infantes, 700 ginetes y 100 artilleros, miéntras él seguía á Carácas á buscar recursos para proseguir.

Boves se movió de Calabozo á mediados de Junio con un ejército de 8000 hombres de los cuales 5000 eran jinetes y 3000 peones. Mariño con una fuerza de 2,300 hombres había tomado posiciones en la Puerta el 14. Al siguiente día llegó Bolívar, tarde ya para subsanar el error, pués Boves hizo su aparición simultáneamente y dió tal arremetida con sus masas que el ejército republicano fué destrozado, muriendo más de mil patriotas y desbandándose el resto. Bolívar, Mariño y otros Jefes pudieron escapar y llegar á Carácas. Boves persiguió á los vencidos hasta La Victoria, envió de allí una división de 1500 hombres al mando del capitán Gonzalez para que ocupara á Carácas : con el resto de sus fuerzas se enderezó hácia Valencia, llegando á sus alrededores el 19, después de haber acuchillado en el sitio de la Cabrera la mayor parte de los que allí le hicieron una resistencia estéril, en el fortín que domina la ruta, creyendo detenerle.

Escalona, Jefe de la plaza, resistió la entrega unos días ; pero sin recursos y sin espe-

ranza de recibirlos de Occidente, donde la situación de Urdaneta era muy crítica, resolvió capitular con Boves, y así lo efectuó el 10 de Julio.

Por algunas horas cumplió el caudillo realista el pacto que había firmado de respetar las vidas de los rendidos, pero al segundo día ordenó el degüello y lo llevó á cabo.

Carácas fué ocupada ántes que Valencia, y Bolívar se retiró hácia Barcelona por Capaya y la costa del mar. La emigración de todas las personas dignas y respetables de Carácas siguió á tan espantosa catástrofe.

Boves se armó con el mando en desdoro de Cajigal que temeroso se refugió en Puerto Cabello. Morales con una fuerte división fué picando la retaguardia á Bolívar y Boves mismo le siguió más tarde, el 26 de Julio.

Bolívar juntó en Aragua de Barcelona, con las tropas que reunir pudo en el tránsito, 2,000 hombres. Mariño le envió 1,000 de Cumaná al mando del Coronel Bermudez. Allí estaba el 18 de Agosto cuando se presentó Morales con un ejército de 8,000 hombres.

Temerario era el combate, pero lo autorizó Bolívar por complacer á Bermudez, conocedor del terreno y además querido de aquella tropa, como Jefe Oriental. El hecho fué que Morales los venció con el número, mas no con el arrojo, y que « todo, ménos el honor » se perdió en aquella jornada. Bolívar se retiró con algunas tropas hácia Barcelona, y Bermudez, con los restos del ejército por el camino de Maturín.

Los patriotas tuvieron 1,000 muertos y 2,000 heridos. Morales pasó á cuchillo todos los prisioneros y muchísimos vecinos del pueblo. Con estos y los que él perdió en el combate, el número de muertos llegó en aquella jornada á 4,700.

De Barcelona se dirigió Bolívar á Cumaná donde encontró á Mariño, Ribas y otros Jefes. En junta de guerra se decidió evacuar dicha ciudad, y así se efectuó el 25, dirigiéndose las tropas á Maturín. Bolívar y Mariño se embarcaron para Margarita en la escuadrilla de Bianchi. Tomó aquel esta resolución para poner á salvo todas las joyas de las iglesias,

que el alto clero de Carácas puso en sus manos para atender á la guerra. Era un tesoro de consideración que serviría para la compra de armamento.

Bianchi, aventurero italiano al servicio de la República, resolvió robar aquellas alhajas, y seguro del éxito, á bordo de sus buques, no tuvo rubor en declararlo así á Bolívar y á Mariño. Á ruegos de estos les concedió una pequeña parte ántes de llegar á Margarita, y dos de sus buques para que se trasladaran á Cartagena.

Pero Bolívar y Mariño en vez de seguir su primera inspiración, se dirigieron á Carúpano adonde llegaron el 3 de Setiembre. ¡Cuál no sería la sorpresa de ambos al saber que habían sido proscritos por la fuerza republicana como desertores! Ribas y Piár les reemplazaban. Ribas se presentó el 4 en Carúpano y puso preso á Mariño, exceptuando de la prisión á Bolívar, por ser su pariente. Piár no entró sino el 8 con una fuerza que traía de Margarita, á tiempo que Mariño y Bolívar salían para Cartagena en los dos buques que les

facilitó Bianchi, que intervinó en el asunto con Ribas, amenazándole con su escuadrilla, y logró de este modo la libertad de Mariño y el embarco de ambos Jefes.

Digamos ahora ligeramente lo que sucedía en la provincia después de la marcha de Bolívar. Morales se presentó á las puertas de Maturín el 7 de Setiembre con una fuerza de 6,500 hombres. Bermudez defendía la plaza con 1,250. Los patriotas le atacaron el 12, y en breves momentos de terrible lucha destrozaron casi toda la infantería, y dispersaron la caballería persiguiéndola largo trecho. La pérdida de los realistas fué de 2,200 hombres muertos, y 900 prisioneros.

Bermudez quedó además en posesión de todos los pertrechos, 2,100 fusiles, 700 caballos ensillados, 6,000 bestias en pelo y 800 reses. Morales huyó por Barcelona hácia Urica.

El 5 de Diciembre llegaron Ribas y Bermudez al valle de Urica donde les esperaba Boves con 7,000 hombres. Dióse la batalla, y ya parecía perdida por los realistas, cuando la suerte dispuso que el caballo de Boves se encabri-

tara al pretender retirarse, y un soldado republicano, sin renombre alguno, atravesó de un lanzazo el pecho del jinete que cayó muerto. Á pesar de este grave suceso los realistas se rehicieron, y toda la infantería republicana pereció, salvándose sólo Ribas y Bermudez.

Morales fué nombrado sucesor de Boves y aprovechando la victoria de Urica, cayó repentinamente sobre Maturín con 1,500 hombres, y el 10 de Diciembre atacó á los patriotas, destruyéndoles completamente.

Ribas se salvó con dos Oficiales, y tomó el camino de Carácas. Pocos días después llegó á la montaña de Tamanaco, donde quiso descansar de tantas fatigas. Allí fué sorprendido por los realistas durante el sueño y asesinado después. En una jaula de hierro fué colocada la cabeza y exhibida en el camino de la Guaira.

Urdaneta, sin base posible de operaciones en el Occidente, ocupado éste en su mayor parte por los realistas, se dirigió á Nueva Granada.

Digamos en pocas palabras lo que pasaba en aquel país.

VIII

El nuevo Reino de Granada efectuó el 20 de Julio de 1810 un movimiento idéntico al de Venezuela. El Virey fué depuesto y arrestado, y se constituyó la Junta revolucionaria; la Regencia española fué desconocida, y se convocó un congreso compuesto de las 22 provincias del antiguo reino para determinar la forma de Gobierno. Los diputados de Tunja, Pamplona y otras provincias se confederaron para delegar la autoridad en el Congreso; pero Cundinamarca no aceptó este sistema, y se declaró en favor del centralismo. Era

Nariño, Presidente de dicho Estado, Jefe del partido. Unas veces por la persuasión y la intriga, otras por la fuerza, empeñóse en que aquellas reconocieran su sistema de gobierno; pero después de sufrir algunos reveses en sus tentativas, aceptó la idea de un Congreso general.

Este, reunido en Leiva en Octubre de 1812, le desconoció como Dictador.

Nariño cuyas excepcionales prendas de talento y de carácter eran reconocidas en su patria y fuera de ella, herido en su dignidad por aquella declaración, tan imprudente como anti-patriótica, convocó una asemblea en Bogotá, la cual le confirmó las facultades que ántes tenía, y dispuso que no se obedecieran las órdenes del Congreso.

Este, ganoso de más seguridad, se trasladó á Tunja.

Atacó Nariño dicha ciudad y fué derrotado, regresando al punto á Bogotá, donde las tropas del Congreso, al mando de Baraya, le cercaron en los últimos días de Diciembre de dicho año.

Conocía Nariño que su posición era difícil,

y buscó en una avenencia decorosa y hasta humilde la terminación de la guerra; pero Baraya, que pecaba por presuntuoso, rechazó la transacción, y enardecido el pueblo bogotano con tal negativa, resolvió sostener á Nariño á todo trance.

Atacó Baraya la plaza y no sólo fué derrotado, sino que también destruida la totalidad de su ejército. Nariño, bueno de corazón, no solamente no abusó del triunfo, sino que hizo un tratado de paz y de amistad, en 30 de Marzo de 1813, por el cual quedó reconocida la independencia de la provincia de Cundinamarca y la del Congreso, en representación de las demás provincias.

El Virey Perez, nombrado por la Regencia para Bogotá, logró reunir en Santa Marta una fuerza de 1500 hombres, que llegó hasta Ocaña, impidiendo la comunicación interior por el Magdalena. Este movimiento realista se hizo al punto de prosélitos, en tales términos, que varios pueblos de la provincia se pronunciaron por la causa real, quedando Cartagena como bloqueada.

Ocupábanse ya las autoridades en hacer una transacción con el Virey y en someterse, cuando en Noviembre de 1812 llegó Bolívar y emprendió la campaña que hemos narrado anteriormente.

Restablecido en España el Gobierno de Fernando VII, preparóse sin demora contra los insurrectos de la América del Sur una expedición que salió de Cádiz para Venezuela el 18 de Febrero de 1815, compuesta de 15,000 hombres, y sesenta y cinco buques, entre los cuales estaba el navío San Pedro Alcántara.

Iban en ella los regimientos de León, Victoria, Extremadura, Barbastro, Valencey, Cazadores de Castilla y Cazadores de infantería; los regimientos de caballería, dragones de la unión y húsares de Fernando VII, artillería de campaña, artillería de plaza, zapadores y parque provisto de todo. Llegó esta expedición á las costas de Carúpano en los primeros días de Abril, cuando Venezuela estaba en poder de los realistas. Morales la recibió con regocijo, incorporándose con 5,000 hombres que tenía.

De acuerdo ambos jefes, dirigióse la expe-

dición á la Isla de Margarita, único punto de Venezuela, donde quedaban aún algunos patriotas en armas, al mando de Arizmendi, que se sometió, no bien se presentó en Panpatar el general Morillo.

El Pacificador restableció el órden en la Isla y en Cumaná y se dirigió luégo con la expedición á la Guaira.

El once de Mayo entró Morillo en Carácas, y se encargó de la capitanía general de Venezuela. Mal comenzó la expedición, á pesar de la lenidad que Morillo usó al principio, porque Morales, ejerciendo sobre él una gran influencia le dió consejos que contribuyeron más adelante á perderle.

El navío San Pedro Alcántara se quemó en la Isla de Coche el 24 de Abril y con él se perdieron las municiones, armas y pertrechos que contenía, y aún se dice que corrió igual suerte la caja del ejército. Sin embargo, algunos historiadores sostienen que ésta no salió jamás de Cádiz, y que el navío fué incendiado adrede, para encubrir el robo.

El Brigadier Moxó nombrado por Morillo,

Presidente de una Junta de secuestros y encargado más tarde de la capitanía general, fué el mejor elemento de la reacción republicana, porque no cesó de imponer empréstitos forzosos á los patriotas, de explotar sus propiedades y hasta de corromper sus costumbres. Comenzaron, pues, á estallar los movimientos republicanos.

En un principio fueron desgraciados los de Oriente al mando de Monagas y Cedeño, pues no pudieron lograr su intento de apoderarse de la provincia de Guayana y al acercarse á la plaza de Angostura, los dispersó Gorrin.

Ménos desgraciadas fueron las operaciones en Casanare, donde los patriotas en número de 1,000 jinetes, derrotaron á Calzada, quitándole dos piezas de artillería y destruyendo sus jinetes. Si no hubieran distraido tiempo en saquear los equipajes que quedaron en el campo, le habrian destruido también los 2,000 infantes que llevaba, con los cuales derrotó á Urdaneta en Chitagá el 30 de Noviembre.

Herraiz, gobernador de la Isla de Margarita, nombrado por Morillo, desempeñaba dig-

namente su autoridad, dando garantías á todos, de tal modo, que hasta los más exaltados patriotas amaban su gobierno.

Esta conducta irritó en la Isla á los partidarios de los secuestros y de las prisiones, y fué castigada por el Capitán general Moxó con la destitución de Herraiz.

Le sustituyó en el mando el Coronel Urreiztieta, de condición aviesa que comenzó sin pérdida de instantes las persecuciones contra los patriotas. Forzoso fué á estos alzarse para defender sus propias vidas. Arizmendi con 30 hombres, tres fusiles y ciento veinte cartuchos sorprendió la guarnición de Juan Griego, y la pasó á cuchillo. Armó 80 más con los fusiles que quitó á los enemigos, y tomó á fuego y sangre la casa fuerte que ocupaban en la villa del Norte, matándoles más de 200 hombres.

Á la tarde del mismo día tenía ya 1,500 en su campo, pero no pudieron sostenerse á causa de su mal armamento, y fueron derrotados, mas no destruidos, por Urreiztieta.

Bolívar y Mariño llegaron á Cartagena en la tarde del 25 de Setiembre. Mandaba la

plaza el Coronel Castillo, enemigo de Bolívar desde Cúcuta, y esta circunstancia le indujo á permanecer allí pocos días, y se dirigió por el Magdalena á Tunja, donde estaba reunido el Congreso.

Allí fué recibido con entusiasmo por este Cuerpo y por el Gobierno general y aun se le admitió en el seno mismo del congreso, donde tuvo ocasión de explicar su conducta y su campaña sobre Venezuela. El buen éxito fué completo, y el Gobierno le confió el encargo de reducir á Bogotá que continuaba separada de la unión, no ya á cargo de Nariño si que de su sucesor Alvarez.

Bolívar emprendió sin vacilar la campaña presentándose frente á la plaza. Allí intimó la rendición á los bogotanos, acordándoles todas las garantías; pero la propuesta fué negada y se hizo preciso apelar á las armas. Después de tres días de combate los sitiados capitularon, y el Gobierno general aprobó lo hecho. Bolívar fué nombrado Capitán general de los ejércitos de la Confederación.

De Bogotá salió para Tunja, á ponerse de

acuerdo con el Gobierno General acerca del plan contra los realistas que ocupaban á la sazon las provincias de Santa Marta, Rio del Hacha y Maracaibo, y se revolvió á libertar en primer término á Santa Marta.

Se componía la expedición de 2000 hombres, pero era preciso tomar las armas y municiones en Cartagena, donde estaban depositadas; y allí mandaba su implacable enemigo el Coronel Castillo, por lo cual dudó, y con razón, de la entrega.

Púsose Bolívar en marcha á la cabeza de sus tropas el 24 de Enero de 1815 con dirección á Honda y allí las envió, rio abajo. Hasta Monpox todo fué bien; pero supo luégo Bolívar que no debía contar con Castillo, el cual protestaba no tener armas ni municiones suficientes para la defensa de la plaza, y que en consecuencia no podía entregar las que se le pedian.

En vano agotó Bolívar sus esfuerzos, enviando un comisionado tras otro al Jefe de Cartagena, y aún pidiéndole una entrevista. Castillo ofreció concurrir y no concurrió. El

Canónigo Miramón que fué enviado por el Gobierno para decidir á Castillo, apoyó á éste.

Resolvió entónces Bolívar bajar el Magdalena, y al llegar á Barranca, envió nuevos co misionados con la misión de explicar á las autoridades de Cartagena sus pacíficas disposiciones; pero la respuesta fué aún más insolente.

Avanzó hácia Turbaco para acortar las distancias y entenderse mejor con los disidentes. De allí les envió por quinta vez un comisionado que fué recibido á balazos en la plaza.

En tan violento estado de relaciones, celebró Bolívar una junta de guerra, la cual decidió que se aproximaran las tropas á la plaza, y en efecto el 29 de Marzo ocuparon el Cerro de la Popa, cuyas aguas habían sido envenenadas. Allí sufrieron, sin contestar, los fuegos del Castillo, y hasta ofreció Bolívar á los de Cartagena enviarles su renuncia si se le daba un buque en Savanilla para trasladarse á una Colonia cualquiera, puesto que sin armas, le sería imposible combatir contra los españoles.

Una nueva junta de guerra convocada por él, acordó que no podía renunciar el mando sin órdenes del Gobierno de la Union, y que su deber era estrechar el sitio de Cartagena hasta que llegaran nuevas instrucciones.

Tuvo, pués, que acatar aquella resolución, y aguardó, pero en vano, porque después de haber escrito casi diariamente á los Cartageneros, rogándoles la avenencia, recabó por contestación grandes ultrajes, que él no vengó por evitar una lucha fratricida.

Al cabo de un mes de ansiedades, súpose allí la llegada de la expedición de Morillo á Venezuela. Bolivar convocó una nueva Junta de guerra, y manifestó la necesidad en que se hallaba de separarse de sus soldados y de la Nueva Granada. La Junta accedió enternecida á sus deseos poniendo por condición que á todos los Oficiales les sería también permitido renunciar sus empleos y ausentarse del país.

Bolívar se embarcó el 8 de Mayo con rumbo á Jamaica. Mariño y otros Jefes le siguieron después.

En Kingston se salvó casualmente de la

muerte. Un criado que le acompañaba fué seducido para que le asesinara. Se atribuye la sugestión de este crímen á un español pagado por Moxó.

Dormian Bolívar y Amestoy, emigrado de Carácas, en la misma habitación, el primero en una hamaca, y en una cama el segundo. Recogióse Amestoy cierta noche más temprano que de ordinario, y miéntras llegaba su compañero, se acostó en la hamaca. Allí se durmió, y cuando llegó Bolívar tuvo pena de despertarle y se acostó en la cama.

Apénas había pasado una hora, cuando el negro, dirigiéndose cautelosamente á la hamaca, dió de puñaladas á Amestoy, dejándole muerto.

Se le arrestó, y convicto del crímen, fué ahorcado. Permaneció Bolívar en Jamaica hasta fines de 1815, y de allí fué á los Cayos de San Luis en Haïti, donde el patriota Luis Brión armaba una expedición en auxilio de Costa firme.

Conviene advertir para mejor comprender esta historia, que el General Morillo, poco

después de su arribo á Carácas, decidió llevar una parte de su expedición sobre Nueva Granada, y en efecto se embarcó en la Guaira para Puerto Cabello, y de allí á Santa Marta y Cartagena, plaza ésta que ocupó después de una heróica resistencia. Bolívar, á los pocos días de estar en los Cayos, recibió á los fugitivos de Cartagena que se dirigieron á aquel punto.

Organizóse allí al mando de Brión á quien se dió el título de Almirante, una expedición compuesta de siete goletas mercantes armadas en guerra, y 250 hombres de desembarco, oficiales la mayor parte con elementos de guerra abundantes que facilitó el Presidente Petion, el cual había recibido á Bolívar con cordialidad y entusiasmo, á tal punto que sin su intervención oficial, habría sido imposible llevar á buen término el patriótico designio de la expedición. Contra el éxito de ésta, obraban, sirviéndose de las más viles intrigas, muchos de los recien llegados de Cartagena.

Dióse la expedición á la vela en el puerto de Acquín el 20 de Mayo de 1816. Allí iban

Bolívar, como General en Jefe, Mariño, Soublette, Piár, Mc. Gregor, Briceño Mendez, Zea, y otros probados ya en las lides patrias, así como también en el crisol de la lealtad. La expedición hizo rumbo á Margarita y no llegó á la isla, sino el 3 de Mayo, habiendo tenido la fortuna de capturar dos buques de guerra que la bloqueaban por el rumbo de Occidente.

Bolívar fué reconocido en una Asamblea popular como Jefe supremo, y Mariño como segundo.

El primero de Junio fué ocupado Carúpano sin resistencia y de allí envió á Mariño á organizar tropas en Güiria y á Piár á Maturín. Las tropas realistas acantonadas en Cumaná al mando del brigadier Cires, vacilaron en atacar á Bolívar creyéndole al frente de un ejército numeroso ; y esta circunstancia le permitió reembarcarse el 29 con rumbo á Ocumare de la Costa.

Era su plan invadir la provincia de Carácas, aprovechando la ocasión de hallarse Morillo en la Nueva Granada con la mejor parte de su ejército expedicionario.

Desembarcó pues el 6 de Julio en Ocumare, y en el acto envió á Soublette con 300 hombres á ocupar los valles de Aragua, operación que no dió buen resultado, porque Morales estaba ya en Valencia, y Carácas ocupado por una fuerza de línea. Poco después atacó Morales á los epedicionarios y los derrotó en la cumbre de los Aguacates, pero los patriotas pudieron retirarse en buen órden á Ocumare, llevándose sus heridos.

La situación se hizo crítica, porque los realistas no podian ser ya sorprendidos ; bien al contrário, todos vivian alerta, y además acababan de obtener un triunfo. Bolívar juntó un Consejo de guerra que decidió la marcha á Choroni, tomar allí una fuerza patriótica, descender al valle de Onoto y seguir á los llanos en busca de los cuerpos de caballería de Monagas y de Zaraza.

De la expedición de Brión sólo habian quedado en Ocumare dos trasportes y un buque de guerra al mando de Villaret.

Aprobada la resolución del Consejo por Bolívar quiso éste activar él mismo el envío de

su cuantioso parque, y con este motivo se trasladó á la marina, algo distante de la población, disponiendo que se le diera aviso de cualquier novedad. La inesperada aproximación de Morales fué causa de que se resolviera á emprender la retirada á las 8 de la noche, y así se le participó á Bolívar con uno de sus edecanes, el cual por cobardía ó traición le dijo que los enemigos estaban entrando ya en el pueblo, y las tropas expedicionarias replegando al trote. Villaret levó anclas y se preparó á la fuga con sus dos trasportes. La consternación fué inmensa ; hasta se tiraron al agua várias personas que allí estaban, buscando á nado las embarcaciones ántes de partir.

Bolívar, juzgando ya imposible incorporarse á su fuerza, cedió á las repetidas instancias de todos, y se embarcó en el buque de guerra, yendo en pos de Villaret.

Y todo fué obra de una falsa alarma. La división aguardó á los dispersos hasta las nueve de la noche y emprendió luégo una retirada, que será memorable en los anales de la guera.

Mc. Gregor, escocés inteligente y valeroso fué reconocido como Jefe de la expedición.

Narremos á vuela-pluma este tan glorioso incidente de la magna guerra.

Salieron los expedicionarios á las nueve de la noche : llegaron al siguiente día á Choroní; una fuerza republicana se les incorporó en el camino de Maracai.

Bajaron tranquilamente al valle de Onoto. Una columna realista que se les opuso, fué derrotada. Continuaron por los Valles de Aragua. En la montaña de Güere, encontraron 29 republicanos asesinados por Chepito Gonzalez, en cumplimiento de una órden de Moxó.

Ocuparon la ciudad de La Victoria, dirigiéronse en seguida al Pao de Zárate, después á San Sebastian, donde dispersaron las fuerzas del realista Rosete.

Continuaron los expedicionarios su retirada por San Francisco de Cara y Camatagua, atravesaron el río Orituco, dirigiéronse á Chaguaramas, donde se apoderaron del estanco del Tabaco, é intentaron someter un destaca-

mento español que se había atrincherado en las casas, al aproximarse los patriotas.

Allí fué depuesto Mc. Gregor por el mal éxito de esta operación, y nombrado Soublette para proseguir la retirada.

Continuó la marcha el 1° de Agosto, pernoctando la expedición en el Socorro, donde fué repuesto Mc. Gregor, en virtud del arrepentimiento de sus compañeros.

Allí se incorporó una columna republicana al mando de Infante. Á poco andar, hubo una refriega con una fuerza realista dirigida por el traidor Quero, cuyo solo nombre bastó para derrotarle, Siguieron los expedicionarios á Santa María de Ipire, á donde llegaron el 3. Allí se incorporó Zaraza con una fuerza, y se continuó la retirada hasta San Diego de Cabrutica, donde se hizo alto para incorporar las fuerzas de Zaraza y Monagas. Hecho esto y mejorado el personal y material de la infantería, se emprendió la marcha hácia la villa de Aragua.

En el sitio de los Alacranes se aprestó la expedición, que contaba con 1,300 hombres

á librar batalla contra una división española al mando del coronel Lopez. Se dió y se ganó el combate pereciendo casi toda la fuerza enemiga, y por último fué ocupada Barcelona el día 13.

Los que conozcan la inmensa distancia que separa á Choroní de Barcelona, recorrida por aquel puñado de héroes, la fragosidad de las tierras, la dificultad en las marchas de un ejército, ora expuesto á la lluvia torrencial, ora á la acción de un sol abrasador, y la falta de subsistencias y de abrigo en los desiertos, pueden apreciar la importancia de tan admirable retirada.

Entre tanto Bolívar logró alcanzar los dos buques de Villaret, reunióse á Brión en Bonaire, y siguió á Güiria junto con Bermudez, que se le incorporó en aquella isla. Pero apénas había llegado, que fué desconocida su autoridad por las tropas que allí tenía el general Mariño, alegándose que el Jefe Supremo había abandonado la expedición de Ocumare. Mariño se hizo nombrar primer Jefe, y Bermudez segundo. Ambos fueron los autores de tan escandalosa trama.

Quedó, pués, Bolívar destituido por el momento, é incapacitado para reunirse á las leales tropas de Mc. Gregor, y marchó para Puerte Príncipe en Haiti.

Pero no tardó mucho su ausencia, porque los patriotas de Barcelona comisionaron á Zea para que fuera á las Colonias á buscarle, y el mismo deseo de tenerle á su lado manifestaron las fuerzas de Margarita y de otros puntos. Para el 28 de Diciembre estaba ya en Juan Griego, y el 31 en Barcelona á la cabeza de las tropas. Y desde ese día en adelante, no abandonó más el suelo de América.

Pero, ántes de narrar sus nuevas y gloriosas campañas, precisa decir cuál era entónces el verdadero estado de la guerra.

No parecía tan mal trecha la reacción patriótica en el resto del país. En Oriente, Mariño conservaba sus posiciones; Piár había marchado con 1,500 hombres á unirse con Cedeño, que con 1,300 operaba sobre Guayana; y la provincia de Margarita estaba toda en poder de los republicanos. En las llanuras de Casanare y del Apure había surgido Paez, predes-

tinado á ser el Aquiles de la Epopeya Americana.

Á la cabeza de un cuerpo de caballería compuesto de 500 hombres, se había apoderado del pueblo de Guasdualito. Querido de sus llaneros, su prestigio era cada vez mayor. La acción de Mata de la Miel, tan gallardamente ganada en las llanuras de Apure contra las fuerzas realistas al mando de Lopez, dió á Paez renombre extraordinario.

Tenía el Jefe realista 1,600 hombres y dos piezas de artillería : las fuerzas de Paez eran inferiores. Trabóse el combate á la caida de la tarde, y aún se discutió si se continuaría á tal hora ó si se diferiría. El caballo que Paez montaba fué muerto á los primeros tiros, y cayó sobre una pierna del general. Desembarazóse éste del obstáculo, y dió órden de avanzar. El combate formal se efectuó, y el ejército enemigo fué completamente derrotado, quedando en el campo 400 realistas muertos, 400 prisioneros, 3,500 caballos, y las armas.

Lo más singular de aquella batalla noc-

turna fué que Paez, en el momento en que le mataban el caballo y lograba levantarse del suelo, dirigió á sus llaneros una proclama, digna de recordación eterna :

« ¡Compañeros! les dijo, me han matado mi caballo; y si vosotros no estáis resueltos á vengar ahora mismo su muerte, yo me lanzaré solo á perecer en las filas enemigas. » Todos contestaron : « ¡La vengaremos! » y se lanzaron como furias entre las sombras de la noche sobre el enemigo, aniquilándolo. Este rasgo es más hermoso que el de Calígula, dando á su caballo la dignidad consular.

Otros triunfos, y de mayor importancia, obtuvo Paez ulteriormente, quedando dueño de las llanuras.

IX

Veamos ahora las evoluciones de Bolívar. Deseoso siempre de redimir á Carácas, resolvió marchar sobre la provincia con una parte de sus fuerzas; pero, derrotado en Clarines tuvo que regresar á Barcelona á rehacerlas, y las aumentó considerablemente, porque supo que el brigadier Real con un ejército de 3,500 hombres, entre los cuales se hallaba Morales, se dirigía á la ciudad citada. Mariño se incorporó al Cuartel general de Bolívar con 1,200 hombres, dejando la provincia de Cumaná al mando del coronel Antonio José de Sucre, que fué años después el Gran Mariscal de Ayacucho, y

uno de los militares más honrados de Venezuela.

Real se aproximó á Barcelona el 8 de Febrero de 1817 con más de 4,000 hombres; pero no libró combate limitándose á entretener á los republicanos con cambios de posiciones, que le permitian esperar á que llegara su artillería de sitio. La inacción del Jefe realista, y el convencimiento que su adversario tenía de que su gran base de operaciones descansaba en Guayana, sitiada ya por Piár, influyeron en el ánimo de Bolívar moviéndole á decidir el viaje; pero contemporizando con Freites y otros barceloneses que deseaban defender la plaza si Real la atacaba, dejóles una fuerza de 700 hombres, suficientes para defender la Casa fuerte y las familias refugiadas allí.

Marchóse Bolívar á Guayana á fines de Marzo, con unos pocos Jefes y Oficiales.

Apénas salió de Barcelona, comenzaron las rivalidades entre los Jefes, y aun discutieron planes enderezados á desobedecerle. El resultado fué que Mariño y sus tropas salieron para Aragua, y de allí al Chaparro en excursiones

inútiles, y que los realistas atacaron entre tanto á Barcelona, penetrando en la Casa fuerte, acuchillando á cuantos hubieron á mano, y Bolívar, como consecuencia de esta catástrofe, quedó solo en la provincia de Guayana.

Felizmente, Piár, cuando vió frustradas sus diversas tentativas para apoderarse de Angostura, resolvió atacar á las misiones de los Catalanes del Caroní, de donde salian abundantes provisiones para aquella plaza, y logró su intento de apoderarse de todas.

Morillo había ocupado la Nueva Granada á poca costa, y confiaba en el resultado de su gran empresa de pacificación, á tiempo que recibió las noticias de lo que pasaba en Venezuela. Abandonó entónces la Nueva Granada, y púsose en marcha, precedido de La Torre y Calzada quienes á principio de Enero llegaron á Guasdualito con una fuerza de 4000 soldados, entre los cuales había 1700 de caballería, y con el intento de destruir á Paez que con sólo 1100 jinetes se hallaba en Mantecal.

Encontráronse ambas fuerzas en las llanuras

de Mucuritas. Los republicanos obtuvieron la victoria. La caballería de La Torre fué destruida y alanceada gran parte de su infantería. Hubiera sido completo el triunfo á haber dispuesto Paez de alguna fuerza de infantería.

Morillo y La Torre vinieron juntos hasta San Fernando, pero el segundo se dirigió entónces á Guayana con el propósito de recuperar las misiones. De temer era que no saliera airoso de su empresa, atento á que iba á tener en frente á un enemigo tan valeroso y astuto como Piár. Fué lo cierto que La Torre creyó cansar con un falso movimiento á la caballería de Piár, y éste, comprendiéndolo anticipadamente, dispuso que le prepararan caballos de repuesto, y cuando patriotas y realistas se avistaron el 11 de Abril á las dos de la tarde en el pueblo de San Felix, el error de La Torre era ya irremediable.

Tenía este Jefe 1600 infantes y 200 jinetes. Piár 500, armados de fusil, otros tantos de flechas, 800 peones con lanzas y 400 jinetes. El choque fué terrible y La Torre operó bien; pero Piár tan hábil como sereno, combinó de

tal modo el ataque que toda la fuerza de su enemigo fué destruida y pereció en la retirada, con excepción de La Torre y 17 oficiales.

Los realistas dejaron en el campo más de 500 muertos y 200 heridos. De los prisioneros había 75 Jefes y Oficiales, entre ellos Ceruti, que durante el combate no cesó de infundir ánimo á sus tropas al grito de « ¡ Firme, *Cachiri!* » dicho éste que fué después popular en Venezuela.

Dispuso Bolívar que el ejército vencedor acantonase en las Misiones, miéntras llegaba de Margarita la escuadra de Brión, con la que se intentaría un ataque simultáneo sobre la plaza de Angostura.

En tal estado, llegó la noticia de que Morillo y Aldama reunidos con 6,000 hombres habían ocupado el pueblo del Chaparro el 13 de Mayo, y se proponían, pasando el Orinoco, presentar batalla á las fuerzas republicanas ; y supo Bolívar que Mariño le había desconocido una vez más, promoviendo en Cariaco la reunión de un Congreso, que designó para ejercer el Poder ejecutivo á los Generales Bolívar y Toro, y al ciudadano Francisco

Javier Maiz; designó á Margarita como residencia del Gobierno federal y nombró al propio Mariño Jefe supremo del ejército, y Almirante á Brión.

Tomaron parte en este movimiento, hombres como Urbaneja, Zea, Maneiro y otros cuyos servicios á la patria alejaban toda sospecha de ambición ¿ Cuál fué, pués, el móvil de estos patriotas? La guerra hacía indispensable la conservación de un Jefe supremo que dirigiera las operaciones militares; y hasta entónces ese Jefe había sido Bolívar : pero los patriotas de Cariaco y otros en el resto del país comenzaron á sentir cierta inquietud á causa de su dictadura y pensaron que el peligro no sería tan grave si se formaba un gobierno en que fuese parte Bolívar, y se investía á Mariño de la dirección suprema de la guerra.

Fué inoportuno el plan, y por eso fracasó; fué también erróneo porque si se hubiera realizado, Mariño no habría podido llevar á cabo la grandiosa obra de Bolívar. Empero, en el fondo había el patriotismo de los promotores de aquel Congreso.

Difícil es penetrar, despues de tantos años, los motivos que aquellos patriotas tuvieran para proceder de tal modo, particularmente habiéndose perdido las actas del Congreso; pero si se considera la intimidad que existió más tarde entre Bolívar y los hombres que allí figuraron sin excluirlo á él, puesto que fué uno de los miembros designados para constituir el Poder Ejecutivo, puede inferirse racionalmente que Bolívar mismo reconoció la pureza de aquellas intenciones. Por lo demás, las dos cartas inéditas que ahora publicamos, dan mucha luz acerca de los móviles honrados que precedieron á la constitución de aquel Congreso. — Debemos á la galantería de la señora Vizcondesa de Rigny, hija del señor Zea, el poder publicar hoy estos documentos que hemos encontrado en el precioso archivo de su ilustre padre.

La carta de éste es un documento notable, particularmente por las sanas ideas y juicios exactos que contiene acerca del sistema federativo, que tantos males ha causado en la América española.

MARIÑO Á ZEA

Cariaco, 20 de Mayo de 1817. Á las 11 de la noche.

Mi amigo Zea : ¡Qué ocasión tan favorable se nos presenta! La plaza de Cumaná reducida á una miserable guarnición, vá á caer infaliblemente en nuestro poder, si Vd. interesa sus respetos en favor del proyecto que con esta fecha propongo al Gobierno. Venga el contingente que pido y la cosa es hecha. Yo respondo con mi vida que la tomo si el Gobierno accede á mis reclamos. La principal fortaleza de Cumaná sólo tiene 8 hombres de guarnición. Si Vd. me socorre con las tropas que solicito para esta empresa, voy á marchar con mi guardia de honor y á hacerme despedazar con ella.

El general Guerra y el coronel Isaba pasan á esa Isla comisionados por mí para imponer al Gobierno de mis proyectos y de los motivos que los originan : ellos informarán á Vd. privadamente de todo. Yo suplico á Vd. preste toda la atención que se merece al importante negocio que los conduce.

Yo no puedo hacer más que ofrecer mi vida en obsequio de la patria, del Gobierno, á quien respeto, y de mis conciudadanos oprimidos. Yo seré muy dichoso si logro perderla por cualquiera de estos sagrados deberes.

Sobre todo, interesa la reserva, y más que todo la prontitud.

Soy todo de Vd. con la más perfecta amistad, affmo. amigo y Seg°. Ser°r.

MARIÑO.

ZEA Á MARIÑO

Pampatar 21 de mayo de 1817

Mi querido General : Como miembro del Poder Ejecutivo, suscribo á lo que éste dice á Vd. acerca del proyecto de establecer un Gobierno provincial en el estado de Cumaná, y como amigo, que lo ama y que se interesa en su gloria, le ruego desista de este empeño. Hay un medio de que Vd. salga de él muy airoso, y no comprometa el gran nombre que acaba de adquirirse en política, como ya lo obtenía en la milicia.

En todo el mundo va á resonar la grande operación de Cariaco, y si á esta sucede la de un Gobiernito provincial, se creerá que el hombre de la segunda no era el de la primera. Hablando en confianza, no hay mayor absurdo en política que el Gobierno federativo. Toda la historia depone contra él. Por él no existen ni la Grecia ni el Peloponeso, y por él se ha perdido la Nueva Granada, y Venezuela mismo debe originalmente á él todas sus desgracias. Pués, ¿porqué se ha restablecido? porque era el medio para constituir el que nos conviene, y en el cual va Vd. á aparecer como el genio tutelar de Venezuela y autor de su existencia política. Aseguro á Vd. que no habrá un solo político en Europa, que al leer el acta de Cariaco y la proclama de Vd. no se persuada que el Gobierno restablecido sólo es un medio para formar el que nos conviene : que Vd. ha tenido en ello las miras más grandes y profundas, y que deben esperarse los más ventajosos resultados. Pero el Gobiernito de Cumaná

los desengañará y perderemos todos los derechos que hemos adquirido á la inmortalidad.

El Gobierno manda con tanta precipitación el expreso conductor de estos pliegos, que no puedo extenderme como quisiera, y es preciso acerca de tan importante asunto. Créame Vd. que todo lo perdemos si en lugar de extinguir el espíritu de provincia para formar el nacional, lo fomentamos con Gobiernos particulares que perjudican y aún destruyen la unidad sobre que debe fundarse la República. No se me oponga el ejemplo de los Estados Unidos de Norte-América, cuya necia y absurda imitación nos ha causado tantos males, por no haber pesado la diferencia infinita de situación, relaciones, luces, costumbres, clima, opinión, circunstancias y necesidades.

¡Pues qué! porque en Filadelfia es forzoso encender una estufa ó una chimenea desde Noviembre hasta Abril, ¿lo será en la Guaira ó en Puerto Cabello? Así han razonado en política estos legisladores.

No caiga Vd. mi amigo, en este despropósito, ántes convierta la Junta misma que se hacía para el Gobierno provincial en apoyo del general. Puede Vd. decirles que porque no viviesen en la anarquía los había reunido para formar un Gobierno provincial; pero que restablecido el general por un beneficio de la Providencia, á éste deben todos adherir y reunirse para sostenerlo.

Jugo puede hacer un buen discurso sobre el particular. Yo lo haría, si á cada instante no me dijesen que el expreso está detenido por mí.

Concluyo con el tema de mi sermón Benedeti y nuestros papeles. Nuestros papeles y Benedeti. Por Dios, amigo, que el tiempo insta, y ambos asuntos nos inte-

resan mucho. Encargo á Vd. la brevedad, haga los sacrificios que hiciere para ello.

Adios mi amado General,

Suyo siempre
ZEA.

Díganos Vd. de Oficio quien es su Secretario, para no dirigir á Vd. en derechura los despachos que son puramente de Secretaría.

Sea de ello lo que fuere, Bolívar no paró mientes en la Asamblea de Cariaco, y continuó sus preparativos para apoderarse de Angostura. Uno de estos era la construcción de embarcaciones en el Orinoco, absolutamente indispensables para el movimiento de las tropas. Á punto de perecer estuvo Bolívar en el Caño de Casacoima, adonde se había dirigido con una escolta, con el fin de activar la salida de aquellas embarcaciones, pués ocurrió que los realistas, descubriendo la operación, se presentaron en el lugar á impedirla, y Bolívar se apercibío del peligro enfrente del enemigo : se salvó arrojándose al Caño con sus pocos compañeros, miéntras los realistas pasaron de

largo preocupados con rendir á la escuadrilla.

Poco después contrarrestó tal desastre la entrada de la escuadra de Brión en el Orinoco, la cual tuvo la buena suerte de encontrar á la enemiga en el río, y destruirla parcialmente en glorioso combate, facilitando así á los patriotas la navegación del Orinoco.

La Torre, al saberlo, se retiró de Angostura, y logró salir al mar en sus buques. Bermudez, que sostenía el sitio de aquella plaza, la ocupó el 19 de Julio, y después llegó Bolívar.

Á tiempo que esto sucedía, Morillo estrellaba su ejército contra Margarita. De Cumaná había salido para aquella isla con 3000 veteranos.

Una série de combates con los Margariteños le había demostrado la imposibilidad de vencerlos. Tuvo entónces noticia de la ocupación de Guayana por Bolívar y comprendiendo la importancia de este suceso, evacuó la isla y se dirigió á Carácas.

Bolívar declaró residencia provisional de las primeras autoridades y capital del Gobierno de Venezuela á la ciudad de Angostura; creó

un consejo de Estado, dictó hábiles medidas en protección de las provincias ya libertadas, y logró en una Junta de generales y jefes del ejército, que se reconociera su autoridad de una manera explícita y solemne.

Fué entónces que ocurrió en Guayana un hecho que dió el mayor prestigio á su poder, la ejecución del general Piár, vencedor en San Félix. Sometido de órden de Bolívar á un consejo de guerra compuesto de los generales Torres y Anzoategui, coroneles Ucroz y Carreño, y comandantes Piñango y Conde, fiscal general Cárlos Soublette, y defensor coronel Galindo, Piár fué condenado unánimemente á muerte, el 15 de Octubre de 1817 y á la degradación militar por los crímenes de inobediencia, sedición, conspiración y deserción. Bolívar confirmó la sentencia en su primera parte, mas no en la segunda; y á la tarde siguiente, en presencia de todo el ejército, fué fusilado Piár, muriendo con la misma serenidad é intrepidez que mostró durante toda su vida. Así terminó sus dias el jefe Oriental que tantos laureles había segado en el campo

de batalla; el hombre, de quién el mismo Bolívar había dicho pocos meses ántes estas palabras : « La victoria obtenida por el general Piár en San Félix, es el más brillante suceso que hayan alcanzado nuestras armas en Venezuela. »

Muchos crímenes se atribuyeron á Piár, pero no todos le fueron probados, ni él era tampoco el más culpable de los que en aquella época fueron tildados de desobedientes, sediciosos, conspiradores y desertores : pero lo cierto es que Bolívar debía empezar por alguno para restablecer de una manera efectiva la moral del ejército, sin la cual fuérale imposible libertar á su patria, y Piár dió motivo con su conducta después de la reunión del congreso de Cariaco, para ser tenido por sospechoso. Hasta se le acusó de acaudillar una revolución de negros. De manera que no puede censurarse á Bolívar por el hecho de confirmar la sentencia del consejo de guerra; pero la historia no le disculpará de no haber empleado la misma severidad con otros jefes, ménos acreedores á su clemencia.

También ordenó la prisión de Mariño, pero éste, trasladándose á Margarita, obtuvo clemencia por mediación de su compañero Bermudez.

Pasaban estas cosas en el campo republicano, cuando Morillo, atento siempre á la campaña que intentar pudiera Bolívar, situó el grueso de sus fuerzas en Calabozo, incluyendo en estas las que el brigadier Canterac, que acababa de llegar de la Península, llevó consigo.

Este jefe se había marchado á Panamá con algunos cuadros de caballería. Propúsose el jefe realista reforzar á Calzada en Nutrias, para que cayera sobre Paez, y maniobrar con La Torre contra las fuerzas de Zaraza. Paez, al saberlo, se retiró á Arauca, pero no se salvó Cedeño, quién fué derrotado por La Torre en el sitio de la Hogaza con fuerzas inferiores, quedando en poder del vencedor, artillería, armas, caballos, imprenta, banderas, equipajes y más de mil muertos en el campo.

Pero Bolívar, sacando de Angostura las fuerzas que allí le quedaban en número de 2000 hombres, se reunió con Paez á fines de

Enero de 1818. El ejército republicano, fuerte ya de 3,500 hombres, se puso en marcha hácia Calabozo, donde estaba Morillo. Al llegar á San Fernando, no se detuvo, porque Paez y Aramendi con 50 hombres lograron tomar al abordaje las embarcaciones enemigas situadas al otro lado del río, y en ellas pasó el ejército.

Presentóse Bolívar frente á Calabozo el 12 de Febrero. La marcha había sido tan rápida que Morillo no tuvo de ella noticia anticipada, y fué sorprendido y su caballería destruida; pero no sucedió lo mismo con las infanterías, porque estas, sea por errores en los movimientos de las tropas de Bolívar, ó por otro motivo, lograron salir de la plaza y dirigirse por Villa de Cura á Valencia, después de haber rechazado en el Sombrero al ejército libertador. Debióse este fracaso á la diversidad de criterio entre los generales Bolívar y Paez en punto á las operaciones que preferentemente debieran hacerse. El hecho es que Morillo, con fuerzas inferiores, se retiró ileso, y que Paez fué enviado por Bolívar á Barinas con sus jinetes, llevando el nombramiento de

comandante general de aquella provincia para libertarla, luégo que hubiera logrado la rendición de San Fernando, motivo éste ostensible de su separación del ejército en aquellos momentos.

Bolívar dejó á Cedeño obrando con algunas fuerzas en los llanos de Calabozo y emprendió su marcha sobre Carácas, que era el secreto deseo de su corazón, no siempre el más acertado en achaques de guerra. Muy perjudicial le fué ese empeño en Ocumare y en Clarines, y más perjudicial habría de serle aún.

No digamos que la Junta de generales que Bolívar convocó ántes de la marcha así lo dispuso, pués en esa Junta pocos fueron los caractéres independientes que contrariasen el deseo de Bolívar, entre ellos, su más leal amigo y compañero general Urdaneta, quién opinó por la ocupación preferente de San Fernando, Barinas y Casanare.

Emprendió pués Bolívar una aventurada campaña, porque iba á colocarse entre dos fuerzas enemigas considerables, Morillo en Valencia, y La Torre en Carácas. Y ya estaba en

el pueblo del Consejo, en seguimiento del último, cuando supo que Morillo había sorprendido sus fuerzas en la Cabrera, y avanzaba. Esto le obligó á emprender precipitadamente la retirada hácia Villa de Cura y Bocachica, pero Morillo les alcanzó y les dió batalla, con buen resultado al principio para la causa de los patriotas, pero con gran desastre al fin, porque la derrota fué completa. Ni se salvaron siquiera los papeles de Bolívar. Urdaneta, Torres, Valdés y otros jefes fueron heridos; pero también Morillo, por lo cual fué trasportado á Valencia.

Retiróse Bolívar al Rastro, y allí rehizo el ejército. En su auxilio vinieron diferentes fuerzas, entre ellas las de Paez, que para aquella fecha había ocupado la plaza de San Fernando. Tenía para el 20 de Marzo 2,800 hombres. Buscóle La Torre que había reemplazado en el mando á Morillo, pero no juzgó conveniente atacarlo, por tener pocos jinetes. Los patriotas le alcanzaron el 26, y le apagaron los fuegos, pero el combate quedó indeciso, y La Torre se retiró hácia Valencia.

Pensó entónces Bolívar en el antiguo plan que Paez y Urdaneta le aconsejaran, y envió al primero al Pao, y á Monagas á Barcelona. Estableció después su cuartel general en Rincón de los Toros, cerca de San José de los Tiznados. Cedeño se adelantó con sus fuerzas hácia el Pao, y Bolívar quedó solo con 300 infantes y 700 jinetes.

Al siguiente día en la noche, se salvó milagrosamente, porque habiendo sabido Lopez por un desertor republicano donde dormía Bolívar, y hasta el santo y seña de la división, envió al capitan Renovales con 8 hombres competentes, para que se introdujeran en el campo republicano, y lo asesinaran.

En efecto, penetró Renovales en el campamento, logrando engañar al coronel Santander, que era sub-jefe de Estado Mayor; y á las cuatro de la mañana le hizo creer que venía de practicar un reconocimiento en el campo enemigo por órden del jefe supremo, y que estaba en el deber de darle cuenta de su comisión. Santander, que debía avisarle que todo estaba preparado para la marcha, acompañó á Reno-

vales, y le señaló la hamaca en que debía dormir Bolívar. Al verla, disparó Renovales sus armas á quema-ropa, y se retiró creyendo que, efectivamente, había dado muerte á Bolívar. Pero sucedió que éste acabada de levantarse y dispuesto para la marcha, tenía ya el pié en el estribo de su cabalgadura, cuando sonaron los tiros.

El pánico que siguió á esto fué espantoso; y al amanecer, aquella tropa desmoralizada por el suceso que acababa de ocurrir, fué fácilmente batida por Lopez. Los dispersos se reunieron con Bolívar en Calabozo, á donde llegó también Cedeño con parte de sus fuerzas. De allí siguió Bolívar á San Fernando.

Paez que había tenido la fortuna de apoderarse de San Cárlos, midió sus armas con La Torre, en las llanuras de Cogedes, y fué derrotado, retirándose al Apure. En San Fernando estaba con Bolívar, cuando se les presentó Cedeño, derrotado por Morales, que con las fuerzas de Lopez ocupó á Calabozo dándole alcance el 20 de Mayo cerca de la Laguna de los Patos. La caballería de Cedeño huyó

vergonzosamente, y los infantes, en número de 250, fueron todos degollados. Paez, con sólo su guardia de honor, contuvo á Morales el 28 del mismo mes en el Guayabal, matándole 200 hombres, y obligándole à retirarse hácia el Sombrero.

Bolívar consideró perdida la campaña de aquel año, después de tantos desastres, y dejando á Paez la defensa de Apure, marchóse con Cedeño, Soublette, Santander y otros á Angostura, con el fin de sacar nuevos recursos de las provincias de Oriente. No podían estas darlos muy abundantes. Cierto que Margarita estaba en paz en poder de los republicanos, pero la capital de Barcelona permanecía en manos de los realistas, y Cumaná estaba completamente perdida.

Á pesar de esto Bolívar vigorizó cuanto pudo con sus disposiciones el estado de las cosas, secundado por Bermudez y Urdaneta, y obtuvo que Mariño cooperara al plan común, dando tregua á sus habituales rencillas.

En tal estado, se le presentó Brión, con un parque de ocho mil fusiles, pertrechos, un

tren de artillería y otros efectos de guerra. Este auxilio no podía ser más oportuno.

La fortuna comenzaba á sonreir, cuando llegó al cuartel general la infausta nueva de que las tropas de Apure habían desconocido la autoridad de Bolívar, y nombrado á Paez jefe del ejército y Director supremo del país.

Fué autor principal de éste motín el inglés Wilson, que como otros extranjeros había ido á Venezuela á correr aventuras. Paez desaprobó lo hecho, y ordenó á Wilson que se presentara en Angostura ante Bolívar para explicar su conducta. Este no hizo más que reprenderlo y expulsarlo del país.

De Casanare pidieron á Bolívar un jefe que regularizara las operaciones. En el acto despachó con armas y municiones como jefe de operaciones al general Santander con Lara y otros beneméritos patriotas.

Entre tanto Mariño perdió una división de 1500 hombres que ya tenía organizados en Maturín, y hubo de refugiarse con unos pocos en Santa María. Bolívar, que había salido de

Angostura para reunírsele, tuvo que regresar profundamente afligido.

¡ Con estos campeones tenía que contar para llevar á cabo la independencia de su patria !... Sólo su perseverancia y su carácter habrían podido triunfar.

X

Bolívar salió de Guayana hácia Apure con el propósito de combatir á Morillo, y se reunió con Paez en San Juan de Payara el 16 de Enero de 1819. En este día pasó revista al ejército patriota, fuerte ya de 4,000 hombres, de los cualés la mitad eran infantes. Si Paez había tomado alguna parte en el motín que le proclamó Jefe supremo, Bolívar que carecía de medios para reducirlo por la fuerza, le redujo por la persuasión. Es el hecho que la entrevista fué cordial y que Bolívar dió á su rival, como gaje de amistad y premio de sus

pasados servicios, el grado de General de división.

Morillo y La Torre reunidos en San Fernando con un ejército de 6,500 hombres, la mayor parte de excelente infantería, emprendieron su marcha contra los patriotas al comenzar el mes de Febrero. No era fácil empresa para estos medir sus fuerzas con las contrarias en aquel punto, ni era prudente comprometer un lance sin las seguridades del buen éxito, por lo cual emprendió Paez la retirada, hasta pasar el Arauca, limitándose á dejar á retaguardia algunos cuerpos ligeros que inquietaran al enemigo.

Pasaron también los realistas el Arauca en seguimiento de Paez, y éste continuó su retirada hasta el Orinoco, buscando de este modo que el ejército expedicionario le atacara con sus fuerzas de caballería, ó se fatigara con tantas marchas inútiles. Y esto fué lo que al fin sucedió, pués Morillo decidió repasar el Arauca, y situó á principios de Marzo su cuartel general en Achaguas.

Bolívar instaló en Guayana el 15 de Febrero

un Congreso, y depuso en sus manos la autoridad suprema que ejercía. Dicho cuerpo dictó una Constitución para la República.

No nos detengamos á explicar las bases del nuevo pacto social, que fué calcado sobre el de 1811. La reunión de aquel Congreso, al cual sólo concurrieron los Diputados de las provincias Orientales, que ya estaban redimidas, fué dispuesta por Bolívar para dar cierta importancia á la revolución venezolana, haciéndola aparecer ante el mundo, y particularmente ante España como definitivamente consolidada; pero en el fondo faltaba la basa esencial de un Congreso, las elecciones populares. Los soldados bajo las órdenes de sus jefes hicieron los nombramientos. Por lo demás, este Congreso sólo se compuso de 16 diputados, algo más que el de Cariaco.

Por supuesto que el primer asunto en que debía ocuparse aquella corporación, era la renuncia de Bolívar, la cual no fué aceptada. El Congreso decretó en consecuencia que aquel desempeñara interinamente la Presidencia de la República, y nombró Vice-Presidente á

Zea. Bolívar se negó al principio á aceptar el cargo, pero al fin ofreció desempeñarlo, y organizó el 26 de Febrero su ministerio compuesto del Dr. Manuel Palacios para la Hacienda, del coronel Pedro Briceño Mendez para Guerra y Marina, y el licenciado D. B. Urbaneja para Interior y Justicia.

Dicho está que Bolívar no tuvo el pensamiento de retirarse del mando ni con su renuncia ni con su negativa á aceptar la Presidencia. Harto sabía él que su autoridad era necesaria, pero conveníale demostrar respeto á la autoridad del Congreso.

Allanada esta dificultad comenzó, pues, sus preparativos para la próxima campaña. La legión que llegó de Inglaterra fué confiada á Manrique, con órdenes de reunirse á Paez en Apure. Urdaneta pasó á Margarita á recibir otros dos cuerpos extranjeros llegados á la Isla, al mando de English y Uzlar. Con ellos y otros auxilios que se le facilitarían allí, debía Urdaneta desembarcar en las costas de Carácas y ocupar la Capital. Mariño y Bermudez impedirían en Oriente la marcha del enemigo.

Bolívar prosiguió también el viaje á Apure, y el 17 de Marzo estuvo en Cunaviche. Para esa fecha las fuerzas republicanas habían sufrido un pequeño descalabro, pero las de Morillo no estaban mejor libradas, pués el clima y las contínuas escaramuzas con los cuerpos francos de Paez, las habían mermado considerablemente.

Al fin, debían encontrarse ambos ejércitos, y así fué para bién de la patria; pués el primero de Abril, avanzando Morillo por la izquierda del Arauca hácia las posiciones que ocupaba Bolívar, logró Paez con estrategia provocarlo al combate con sólo un cuerpo de 150 jinetes : con ellos atravesó el río y avanzó sobre el enemigo.

Lanza éste toda su fuerza contra tan débil adversario; retírase Paez fingiéndose derrotado, y cuando la caballería realista compuesta de 1200 hombres que le seguían se alejó del resto del ejército, volviendo cara los patriotas, acometen y destrozan á sus contrários. Paez los arrolló y acuchilló sin misericordia, hasta llegar á las filas enemigas. La infantería de

Morillo se refugió desordenadamente en el bosque, y la noche vino á salvarla. Allí dejaron los realistas 400 muertos.

Tal fué la batalla de las Queseras del Medio, una de las más heróicas en la vida militar de Paez. Fué esta brillante acción la única que por aquel tiempo tuvo lugar en Apure, pués estando muy próxima la época de las lluvias, juzgó prudente el jefe realista dirigirse á Calabozo, dejando guarnecida y fortalecida la plaza de San Fernando, y envió también varios cuerpos á la provincia de Barinas.

Bolívar había pensado también dirigirse á Barinas y ya estaba en marcha con el ejército, cuando recibió en Cañafístolo el comisionado que Santander le enviaba con excelentes noticias de Casanare. Allí había logrado tan distinguido granadino establecer el órden, y uniformar la opinión en favor de la independencia y de la autoridad de Bolívar. Además había puesto en pié de guerra un ejército que no era para despreciado.

Bolívar cambió entónces de propósito, y con acuerdo de una Junta de guerra que fué con-

vocada en el acto, decidió emprender la campaña sobre Nueva Granada. En consecuencia, dictáronse todas las disposiciones del caso, y dejando á Paez en Apure para hacer frente al enemigo, emprendió la marcha á Guasdualito y pasó el Arauca con los batallones Rifles, Bravos de Paez, Barcelona y Albión, el regimiento de caballería Guías de Apure y tres escuadrones de lanceros y carabineros.

Esta fuerza, junto con la división de Anzoategui, reunida al ejército el 23 de Junio en Pore, llegó al número de 2400 hombres ; pero no todos iban á ser útiles, porque las lluvias, la crecida de los ríos, el frío de las cordilleras, la fragosidad de las tierras, todo debía ser parte para mermar aquel ejército en una marcha tan larga como laboriosa. Al fin llegó el 6 de Julio á Socha, pero en lastimoso estado.

Allí pasó Bolívar tres días, reorganizando y equipando las tropas, y aún intentó, bién que sin fruto, un ataque contra las fuerzas realistas al mando de Barreiro que ocupaban la posición de Gámeza. Obligado Bolívar á no perder tiempo en sus operaciones para impedir los

auxilios que Morillo pudiera enviar al conocer su movimiento, se dirigió por una marcha de flanco al valle de Zerinza. Al saberlo Barreiro, abandonó sus posiciones para cubrir á Tunja y Bogotá, situándose en los molinos de Bonza. Allí le buscó Bolívar, y viendo que no salía de sus posiciones, le atacó el 25 de Julio por retaguardia, obligándole á combatir, aunque en sitio desfavorable á los tropas republicanas, en la hondonada llamada Pantano de Vargas. Trabóse la lucha, y habría sido funesta para los patriotas, si en el momento en que sus infantes se hallaban envueltos por todas partes y sin poder tomar de frente las posiciones enemigas, la caballería de los patriotas no hubiera atacado ambos flancos del ejército realista, desalojándolo de las alturas y facilitando así la derrota. No fué ésta completa porque sobrevino la noche, pero Barreiro dejó en el campo 500 hombres entre muertos y heridos, muchos prisioneros y elementos de guerra.

Bolívar les persiguió en la derrota y volvió á atacarles el 3 de Agosto, quitándoles sus

posiciones. El 4 permanecieron ambas fuerzas estacionarias, pero en la tarde de dicho día, contramarchó Bolívar, haciendo creer á Barreiro que volvía á sus posiciones de Bonza, pero en vez de esto, se dirigió por el camino de Toa á la ciudad de Tunja, dejando á retaguardia el ejército realista. El 5 ocupó á Tunja apoderándose de la guarnición y del parque, y aumentando sus fuerzas.

Era grande el entusiasmo de los granadinos, y todos acudían voluntariamente á alistarse en las filas patriotas.

Barreiro siguió las huellas de Bolívar, y al acercarse á Tunja, decidido á esquivar el combate, porque tenía el plan de acudir en auxilio del Virey de Bogotá, tomó el camino que para dicha ciudad guía por el puente de Boyacá.

Bolívar que merced á su bién organizado espionaje conocía anticipadamente el plan de Barreiro, apénas supo que había tomado aquella dirección, corrió en seguimiento suyo, y encontrándole en el puente de Boyacá, dió una de las batallas más memorables de la guerra de la Independencia, en la cual quedó destruido

para siempre el poder español en Nueva Granada. Hagamos una ligera descripción de tan brillante suceso.

Ascendía el ejército de Barreiro á 3,000 hombres; el de Bolívar apénas contaba dos mil. El combate comenzó á las dos de la tarde entre las respectivas descubiertas, en las inmediaciones del puente de Boyacá; cada fuerza buscó sin embargo sus posiciones ántes de declararse en formal batalla. Las columnas principales de Barreiro se situaron en una altura con una batería de artillería en el centro y dos cuerpos de caballería á los costados. Tenían además en la cañada que mediaba entre ambas alturas, un batallón.

El ejército patriota marchó sobre el enemigo en línea de batalla. Anzoategui desalojó de la cañada el batallón realista ; el combate se hizo general, las columnas realistas perdieron las alturas y no pudieron recuperarlas ; sus granaderos de á caballo emprendieron la fuga ; simultáneamente la vanguardia de Barreiro fué derrotada por el ala izquierda del ejército republicano. No había retirada posible.

El ejército realista se rindió á discreción, quedando en poder del vencedor sus jefes, casi todos los oficiales, 1600 soldados, todo el armamento, municiones, artillería y caballos. Sólo se salvaron unos 50 hombres que huyeron al principio de la batalla.

El Virey Sámano, al saber el día nueve lo ocurrido en Boyacá, se puso en fuga, dejando en Bogotá un millon de duros y cuanto allí había, y con algunos empleados principales y su guardia se dirigió velozmente á Honda. Calzada, que había sido enviado allí por Morillo, se retiró á Quito con 400 hombres.

Bolívar hizo su entrada triunfal en Bogotá el 10 de Agosto á las cinco de la tarde, en medio de las aclamaciones populares más entusiastas, pero no se embriagó con tan gloriosa victoria; ántes bien, consagrándose á aprovecharla, destinó varias fuerzas á Popayán para combatir á La Torre, otras á Pamplona con Soublette; y envió á Guayana fuertes sumas en dinero para auxiliar á los patriotas de aquella región, y en fin, organizó el país granadino en sus diversos ramos admi-

nistrativos. Una gran Asamblea popular le aclamó Libertador de la Nueva Granada.

Nombró Bolívar á Santander Vice-Presidente de la República, y marchó hácia el Norte con fuerzas considerables. El 26 de Setiembre ya estaba en Puerto Real, al día siguiente en camino para el Socorro, y de allí á Guayana.

Digamos, pues, lo que había ocurrido en el Oriente de Venezuela desde la ausencia de Bolívar. Urdaneta había salido para Margarita á encargarse del mando de las legiones extranjeras, que en realidad no constituían por el número ni por la calidad un auxilio valioso. Ántes al contrário formadas imprudentemente en Europa, habíanse hecho ofertas á los alistados, que la República no podía cumplir, y de ahí los disgustos de muchos al llegar á Margarita. Si á esto se agrega que el general Arismendi se oponía á dar á Urdaneta el contingente de 500 hombres que Bolívar había ordenado, se comprenderá que le fué forzoso á aquel jefe el retardar la campaña sobre las provincias de Barcelona y Cumaná que Bo-

lívar le encomendó á su salida para la Nueva Granada. Ni paró en esto, porque Urdaneta, decidido á hacerse respetar, tomó en sério el asunto, y harto ya de subterfugios y de amenazas hizo presos en un buque de guerra á los sediciosos, y el mismo Arismendi fué preso después y remitido á Angostura para ser juzgado.

Al fin salió Urdaneta para Barcelona con 1,200 ingleses y la escuadrilla; pero careciendo de caballería, y hallándose casi todos los pueblos de la provincia ocupados por realistas, difícil si no imposible habría de serle el comunicarse con Bermudez. Si á esto se agrega que las tropas inglesas disgustadas, y en su mayor parte ébrias, habian comenzado á desertarse, se caerá en la razon de haberse frustrado la expedición de Urdaneta.

Reembarcóse este jefe para Cumaná el primero de Agosto, y después de un imprudente y desfavorable ataque contra la plaza se dirigió á Maturín, donde entregó el mando de sus fuerzas á Mariño en cumplimiento de una órden del Gobierno de Guayana.

Hemos dicho ya que Bolívar, después de haber libertado la Nueva Granada, se puso en marcha para Guayana. Antes de llegar á Angostura, circularon sus enemigos la noticia de que venía derrotado por Barreiro, solo y fugitivo. El Congreso estaba reunido todavía. Varios diputados partidarios de Mariño y Arismendi pretendieron que se juzgara á Bolívar por desertor, fundándose en que había emprendido sin permiso de aquel Cuerpo, la campaña de la Nueva Granada. Tal proyecto no era sino el pretexto de una conjuración que debía efectuarse más tarde en el seno del Congreso para obtener la renuncia del Vice-Presidente Zea, su reemplazo con Arismendi que estaba preso, y la proclamación de Mariño como general en jefe del ejército de Oriente.

Á los conspiradores se les logró el deseo á pesar de los esfuerzos de Urbaneja, ministro de lo Interior é interino de la Guerra, endenderezados á disuadirles de llevar á término tal proyecto. Arismendi, á quién se libró triunfalmente de la prisión para llevarle al Congreso,

se hizo cargo de la Vice-Presidencia de la República.

En esto presentóse Bolívar en Guayana, y en vez de castigar á los conspiradores y de restablecer la magestad del Congreso, ultrajada por el motín del 14 de Setiembre, no reconvino siquiera á sus autores, limitándose á expresar su desprecio personal á ciertos amigos que habían tomado parte en aquella trama.

El 17 de Diciembre, á petición de Bolívar, decretó el Congreso la reunión de las provincias de Venezuela y Nueva Granada en una sola República, bájo el nombre de Colombia, dividida ésta en tres grandes Departamentos, Venezuela, Quito y Cundinamarca, cuyas capitales serían Carácas, Quito y Bogotá. Se dispuso que se practicasen en 1820 las elecciones en todo el país para el Congreso constituyente de Colombia, que se reuniría el primero de Enero de 1821 en la villa del Rosario de Cúcuta.

El mismo día 17 el Congreso, por unanimidad, nombró á Bolívar Presidente de Co-

lombia y Vice-Presidente á Zea. Santander fué electo para la Vice-Presidencia de Cundinamarca y Roscio para la de Venezuela. Difirióse la elección de Quito hasta que las tropas republicanas entraran en dicha ciudad.

Dos sucesos, á cual más graves, apesadumbraron en aquellos días el ánimo de Bolívar. Fué uno la muerte súbita del bizarro general Anzoategui, ocurrida el 15 de Noviembre de 1819, y fué otro la ejecución de Barreiro y 38 de sus oficiales en Bogotá, por órden del Vice-Presidente Santander : acontecimiento éste que merece execrarse, y que se ha prestado siempre á la crítica de los historiadores.

XI

La constitución de Colombia decretada por el Congreso de Angostura, fué reconocida de buen grado en Nueva Granada porque el Vice-Presidente Santander, amigo leal de Bolívar, ejerció toda su influencia en ese sentido. Para la fecha en que se hizo este reconocimiento, 12 de Febrero de 1820, la situación de las provincias granadinas era satisfactoria. Apénas quedaban en armas en favor de la causa realista las provincias de Cartagena, Santa Marta, Río del Hacha y Panamá.

Los enemigos redoblaban sin embargo los

esfuerzos por todas partes, particularmente Aymerich, Presidente de Quito.

En Venezuela la situación podía considerarse como de simple espectativa. El ejército realista, comprendiendo las divisiones acantonadas en Mérida al mando de La Torre, en Calabozo bájo las órdenes de Morales, en las provincias Centrales y Oriente, ascendía á más de 12,000 hombres. El ejército realista esperaba refuerzos de la Península, para emprender de nuevo una campaña decisiva.

Por su parte, á los patriotas les preocupaba grandemente la idea de conservar la conquista de la Nueva Granada, y los sucesos que habían comenzado á ocurrir allí.

El Virey, aislado en Cartagena, había enviado al interior una expedición al mando del coronel Warleta.

El coronel Colombiano Obando había sido derrotado en Popayán por una fuerza realista. Tanto este desastre como los males que aquella expedición pudiera hacer, habían sido contrarestados por las disposiciones de Bolívar que ordenó á Cordova diera el grito de insurrección

en las llanuras del Corzal y en la ciudad de Monpox, y á Maza batiera las fuerzas sutiles que la asediaban, en tanto que las tropas del coronel Carmona ocupaban á Ocaña, obligando á Warleta á alejarse de muchas leguas.

Bolívar quería con estas disposiciones dar pronto auxilio al general Mariano Montilla, á quién había encomendado desde Guyana el ataque contra Cartagena. Él y Montilla estaban reñidos hacía tiempo, pero hallándose éste en Angostura cuando Bolívar regresó victorioso de la campaña de Nueva Granada, Montilla que era acendrado patriota y cumplido caballero, concurrió con los demás jefes y oficiales á cumplimentarle. Bolívar agradeció como debía la fina demostración de Montilla, y sin rencor contra tan benemérito servidor, le estrechó de gozo en sus brazos. De aquel abrazo salió la orden de marchar sobre Cartagena.

Pero la expedición no salió de Margarita hasta el 6 de Marzo en la escuadrilla de Brión, conduciendo apénas 678 hombres, irlandeses la mayor parte, y después de ocupar á Río Hacha el 13, y emprender las operaciones que

las circunstancias aconsejaban, llegó á verse en gran peligro por la sublevación de los irlandeses que componían su tropa, y hacían las más extrañas exigencias, á virtud de sus contratas de enganche, y en momentos en que le amenazaba una fuerza realista de consideración al mando del Coronel Sanchez. Montilla tuvo á pesar de ésto, la fortuna de derrotar á su enemigo con los pocos soldados venezolanos que tenía en aquel cuerpo, y con ellos invadió la provincia de Cartagena.

Los revoltosos irlandeses fueron embarcados para Jamaica, no sin que saquearan ántes é incendiaran la población de Río Hacha. El hecho es que Montilla, después de enseñorearse del Magdalena con la escuadrilla, y de aprovechar cuantas ocasiones se le presentaran de consolidar su situación, llegó á reunir en Sabanilla un cuerpo de 800 hombres, y se puso en comunicación con las fuerzas de Córdova y otros jefes que, por órden de Bolívar, marchaban en su auxilio. Poco después emprendió el sitio de la plaza de Cartagena.

En las demás provincias granadinas los pa-

triotas habían obtenido varios triunfos y la causa republicana se consolidaba diariamente. Largo tiempo permaneció inactivo el ejército realista que ocupaba á Venezuela, y la guerra se limitó por el momento á escaramuzas de poca importancia; los diversos cuerpos patriotas conservaban sus respectivas posiciones, impidiendo así los auxilios que Morillo pretendía enviar á Nueva Granada.

Bolívar decidió entónces enviar á Europa, en desempeño de importantes comisiones, á un agente oficial, y designó á Zea para dicho cargo. El Congreso de Guayana le dió el permiso de ausentarse, nombrándole para reemplazarle en la Vice-Presidencia de Colombia al Doctor Juan German Roscio, que fué á su turno sustituido por Soublette, mucho más competente en la dirección de la guerra. Zea se embarcó el 1.° de Marzo.

Los auxilios que el ejército realista aguardaba de la Península, no llegaron con motivo de la revolución política que ocurrió en España en 1820. Las Cortés acordaron ofrecer á los Americanos una amnistía á cambio de su

adhesión á la Metrópoli. La revolución liberal efectuada en España, contribuyó grandemente al desenlace de la guerra en Venezuela, y la nueva Constitución de la Monarquía, proclamada y jurada en Carácas en Junio de aquel año, fué el punto de partida de los sucesos que siguen.

El deseo de España era ya irrealizable. Venezuela no sólo pretendía constituirse liberalmente, sino que deseaba también su propia independencia. Diez años de lucha no podían borrarse ya de la historia, para dar campo á una situación que presentaría á los patriotas, seguros entónces de su triunfo, como sometidos al Gobierno peninsular. De aquí que las primeras sugestiones de Morillo fueran rechazadas enérgicamente.

Los jefes republicanos á quienes propuso una suspensión de hostilidades, contestaron que sus operaciones dependían del Gobierno. El Congreso de Guayana, ante el cual acreditó Morillo dos comisionados, Cires y Duarte, contestó que oiría con gusto las proposiciones que hiciera el Gobierno español, siempre que tuvie-

ran por base el reconocimiento de la soberanía é independencia de Colombia.

Bolívar, al saber que dos comisionados se dirigían con idénticas proposiciones á su Cuartel General en San Cristóbal, contestó el 20 de Agosto por medio de otros dos delegados, Briceño Mendez y Urdaneta, que era inadmisible toda propuesta de sometimiento constitucional á España; é injuriosa al desinterés y patriotismo de los colombianos, la oferta de conservarles en el mando, á trueque de la pérdida de la independencia de su patria.

Las proposiciones de Morillo, seguidas de un rechazo tan enérgico por parte de los patriotas, contribuyeron á mejorar mucho la situación de estos. Los que tenían fé en el triunfo, se confortaron en ella; los dudosos no vacilaron más y se incorporaron á las filas, y hasta los indiferentes creyendo oportuno mostrar su adhesión á una causa que llevaba trazas de triunfar, la ayudaron con sus simpatías. La independencia estaba asegurada.

Por lo que toca á la guerra, los triunfos de los patriotas fueron más fáciles desde entónces, y

Bolívar tuvo ocasión de exhibir desde aquella época las dotes de gran político, como exhibiera ántes las de gran guerrero. En consecuencia, escribió á Morillo desde San Cristóbal en 21 de Setiembre, acogiendo la propuesta del armisticio, siempre que se dieran á Colombia las garantías que había pedido, y ofreciendo situar su Cuartel general en San Fernando para facilitar las comunicaciones, sin que por esto se suspendieran las operaciones. Y en probanza de ello, Bolívar atacó con sus fuerzas las del realista Tello, que esquivó el combate. El jefe republicano ocupó á Mérida el 1° de Octubre, y libertada aquella provincia, redimió la de Trujillo diez y siete días más tarde.

Morillo que, por motivos personales, quería regresar á España, y que tal vez no estaba muy satisfecho del triunfo liberal en su propia patria, envió inmediatamente á Bolívar desde su Cuartel general de San Cárlos, tres comisarios para tratar del armisticio, los cuales, á su paso por Calabozo, recibirian instrucciones del general La Torre.

Impaciente Bolívar, al recibir la carta de Morillo de 20 de Octubre en que aceptaba la propuesta del armisticio, le anunciaba el envío de sus comisarios, y hacía votos por el éxito de la negociación. Escribió de nuevo á Morillo, enviándole directamente las bases del arreglo. No las creyó aceptables el jefe realista, pero eso no impidió que los comisarios siguieran su viaje, y que Bolívar enviara en seguida al campamento del jefe realista al general Sucre y al coronel Plaza con el encargo de hacer algunas explicaciones á sus comisarios.

Entre tanto, Morillo fijó su Cuartel general en Carache y sus emisarios llegaron al campamento de Bolívar el 19 de Noviembre. El 21 comenzaron las conferencias en Trujillo entre estos y los comisarios de Bolívar que eran Sucre, Briceño Mendez y Perez; y después de varias infructuosas, se llegó por fin á un acuerdo el 25 de Noviembre, firmándose en ese día un armisticio que duraría seis meses ó más si fuere preciso, hasta haber obtenido un tratado de paz. En este documento se insertaron las demás claúsulas acostumbradas en

esta clase de exponsiones. El acto de Trujillo fué ratificado por uno y otro jefe.

El general Morillo manifestó deseos de tener una entrevista con el general Bolívar, y éste correspondió atentamente, poniéndose en marcha hácia el pueblo de Santa Ana, acompañado de sus edecanes y de algunos jefes. Morillo, que llegó al mismo punto el 27 de Noviembre, envió cuatro oficiales de alta graduación para recibir á Bolívar, y él mismo, con su séquito, le esperó á la entrada del pueblo.

Al encontrarse ambos, desmontáronse de sus cabalgaduras para estrecharse con efusión y afecto. La Torre se inspiró también en este ejemplo, y el acto fué digno de la raza española. Diríase que aquel abrazo espontáneo y sincero que unió en un banquete á los dos caudillos del opuesto bando, era precursor del que más tarde habrían de darse España y Venezuela en el Congreso de los pueblos cultos, cuando, rota la valla de infundados enojos, ámbas naciones se holgaran de sus mútuas proezas en una guerra que no tuvo vencedores ni vencidos, sino españoles, tiranizados por

el poder real, que permanecían estacionarios, y españoles que despertaban con los primeros albores de la libertad americana.

De Santa Ana se separaron amigos por siempre, y á indicación de Morillo convinieron en levantar allí una columna que perpetuara la memoria de tan feliz suceso, y ambos colocaron la primera piedra, abrazándose de nuevo durante ese acto.

Al amanecer del 28 se dividieron las dos comitivas, con vítores á Colombia y á España en una despedida amistosa, tierna y galante, en la cual quedaron sepultados los tristes recuerdos de la guerra á muerte....

Para aquella fecha Santa Marta había caido en poder de los patriotas al mando del bizarro coronel Carreño después de reñidos combates, y Montilla, que ocupaba la de Río Hacha, se dirigía de nuevo á Cartagena con el propósito de reducirla cuando le llegó la notificación del armisticio, y paralizó sus operaciones.

Morillo se embarcó el 17 de Diciembre con rumbo á Cádiz, haciendo uso de una licencia que le había concedido su Gobierno. Anhelaba

estar al lado de su compañera, á la cual se había unido por poder durante su residencia en Venezuela. Al retirarse entregó el mando á La Torre, y fueron inútiles los ruegos de las principales autoridades de Carácas y otras ciudades para que supendiera su embarque, con el fin de hacer la nueva campaña contra Bolívar.

Poco tiempo duró el armisticio, porque á fines de Enero de 1820 ocurrió un pronunciamiento en Maracaibo en favor de su indepencia. Aquella provincia había permanecido adicta al Gobierno español hasta entónces; por consiguiente, al proclamar su independencia estaba en su derecho, y esto no constituía una violación del armisticio. Pero sucedió que la trama patriótica urdida y llevada á cabo por Briceño, requería el concurso directo de las tropas nacionales al mando de Urdaneta y acantonadas en Trujillo, y este jefe, por órdenes secretas, segun parece, de Bolívar, no tuvo escrúpulo en apoyar el movimiento violando el armisticio.

En vano protestó La Torre y pidió que las

cosas se restablecieran al estado que tenían ántes de aquel suceso.

Bolívar no accedió á esta exigencia, y para evitar nuevas complicaciones, no sólo participó al jefe español que las hostilidades se renovarían en el término de cuarenta días, sino que poco después, con el fin de conservar en su poder la plaza de Maracaibo, intimó de nuevo desde Trujillo la continuación de la guerra, ó el reconocimiento de la independencia de Colombia, que no podía ser aceptado por La Torre, sin instrucciones de su Gobierno, y ménos aún estando pendientes las negociaciones de paz entre los comisarios de ambos beligerantes.

Si el éxito de la campaña que Bolívar se preparaba á emprender hubiera sido funesto, la historia no le habría atenuado aquel acto en que faltó á la fé pública, solemnemente empeñada; pero como la independencia de Venezuela quedó definitivamente asegurada en aquel año, dicho está que estos pormenores no son sino meros motivos para las apreciaciones de la historia.

La Torre aceptó la declaración de Bolívar,

y fijó el 28 de Abril para comenzar las hostilidades. Sus fuerzas ascendían en esa fecha á 10,400 hombres de todas armas. En Calabozo tenía el realista 5000 soldados, 1900 en Carácas y Valles del Oriente; 1000 en Cumaná, y el resto en disposición de movilizarlo sobre San Cárlos y Araure.

Las tropas republicanas emprendieron los siguientes movimientos.

Urdaneta recibió la órden de pasar con sus fuerzas de infantería á Maracaibo, y de organizar allí una expedición sobre Coro. Los cuerpos de caballería acantonados en Trujillo salieron para Barinas. Bolívar mismo siguió esa dirección, y de allí pasó á Achaguas para ponerse de acuerdo con Paez, después de lo cual regresó á Barinas. Las tropas republicanas acantonadas en Barcelona recibieron la órden de moverse al concluirse el armisticio con dirección á Carácas. Bermudez debía marchar sobre esta ciudad, y Zaraza con el auxilio de los jinetes al mando de Monagas, hacer la guerra en tierras de Calabozo y Orituco.

Aquel emprendió su marcha con 800 hom-

bres, y á tambor batiente ocupó la ciudad de Carácas el 14 de Mayo, y más luégo el puerto de la Guaira. En ambas plazas reforzó su division, y con 1,300 hombres siguió su marcha á los valles de Aragua en persecucion de Correa, que abandonando la defensa de Carácas se habia acantonado en el caserío del Consejo. Allí le atacó y puso en fuga. Siguió Bermudez la victoria, pero supo entónces que Morales venía contra él y retrocediendo al Consejo, aguardó en las alturas del Limon á Morales, contra el cual combatió todo el dia 24; pero, escaso de municiones tuvo que retirarse con direccion á Carácas, y por órdenes del general Soublette, director de la guerra en aquella provincia, continuó su retirada hácia Guarenas con órdenes de acantonarse en la altura del Rodeo.

Consternado La Torre al saber en Araure la ocupacion de Carácas, retrocedió con el grueso de sus fuerzas á San Cárlos, y ordenando desde allí que la caballería acantonada en Calabozo se trasladase al Pao, continuó él mismo su marcha hasta Valencia.

Carácas ocupada por Morales á consecuencia de la retirada de Bermudez, quedó á cargo del realista coronel Pereira por haber regresado aquel jefe á incorporarse con La Torre en Valencia.

De Pereira no podian mofarse impunemente los republicanos, y si bién es cierto que una columna mandada por uno de sus tenientes fué destruida por las fuerzas de Bermudez, combinadas con las del valeroso coronel Parejo, también lo es que alentado el jefe Oriental con aquel triunfo, embistió á Carácas, donde le aguardaba Pereira en posiciones sobre el Cerro del Calvario. Trabóse allí la batalla, y el resultado fué tan funesto para Bermudez, que de sus fuerzas que ascendían á 1500 hombres, apénas pudo salvar 200 que despavoridos huyeron al Rodeo. Y no quedó en esto el desquite, sino que la fuerza realista derrotó á Padrón en la Guaira, y persiguiendo á los patriotas por el camino de Guarenas, les hizo correr hasta Uchire.

Pero Bolívar, reunido ya á Paez en San Cárlos avanzaba sobre el campo de Carabobo, donde

debía conquistarse la independencia de Venezuela. Solemne era el momento, y todo presagiaba un grave suceso.

La fuerza realista ascendía á 6000 hombres. Las de Colombia á otro tanto. La infantería española era excelente, pero el ejército carecía de unidad, porque Morales, hasta cierto punto mal avenido con La Torre desde que éste quedó como sucesor de Morillo, léjos de ser un apoyo con su caballería, más bien era un obstáculo, y acaso una traición.

De todos modos la acción era ya inminente porque Bolívar avanzaba con su ejército resuelto á librar la batalla redentora. El 24 de Junio una avanzada patriota al mando del coronel Laurencio Silva, derrotó completamente la descubierta enemiga. Este feliz suceso permitió al ejército republicano penetrar por el desfiladero al campo de Carabobo y observar allí la fuerza realista. Componíase aquel de tres grandes divisiones; la primera al mando de Paez, constaba de los batallones Británico y Apure y además 1500 jinetes. La segunda á las órdenes de Cedeño, se componía de los

batallones tiradores Boyacá, Vargas, y el escuadrón Sagrado, guiado por Aramendi. La tercera división á cargo del coronel Ambrosio Plaza, se formaba con los batallones Rifles Granaderos, vencedor en Boyacá, Anzoategui y un regimiento de caballería á las órdenes del Coronel Rondón.

Difícil era para Bolívar penetrar de frente, y por esto ordenó á Paez que entrara por un atajo que guiaba á la derecha de los enemigos. Trataron estos, al saberlo, de impedir aquel paso por donde no aguardaban el ataque, pero sin éxito alguno, porque Paez pasó cuando llegó el batallón Británico en su auxilio, el cual sostuvo con una serenidad inaudita la posición conquistada, hasta que se encontró allí la primera división patriota, y las fuerzas españolas de infantería fueron desalojadas de sus puestos.

Si Morales con su caballería les hubiera socorrido, tal vez habrían evitado el desastre, pero sucedió que sus jinetes se desbandaron, y desde aquel momento quedó en completo desórden el ejército de La Torre.

Los patriotas ocuparon sin resistencia en-

tónces el campo de Carabobo, y la batalla se hizo general. La caballería realista quedó casi toda prisionera ó en fuga. Las fuerzas de infantería perecieron en su mayor parte. El batallón Barbastro se rindió á Paez y el de Valencey replegó hácia Valencia precipitadamente, logrando con dos cuerpos más llegar hasta el pié de la cordillera de Puerto-Cabello.

Los patriotas tuvieron pocos muertos, pero desgraciadamente fueron del número el general Cedeño, y el coronel Ambrosio Plaza, jefes ambos de indomable valor y de un patriotismo á toda prueba.

Bolívar ofreció á Paez en el campo de batalla el grado de general en jefe, á nombre del Congreso de Colombia. Esta victoria fué decisiva para la causa de la independencia de la República.

La Torre se retiró á Puerto-Cabello con los restos de su fuerza. Bolívar ocupó á Valencia, dejó en dicha ciudad el ejército á cargo de Mariño, y se puso en marcha para Carácas junto con Paez y algunas fuerzas con el fin de atacar á Pereira, á quien suponía ocupando la

ciudad. Este jefe tuvo á bién no esperarle, sino trasladarse preventivamente á la Guaira con el fin de embarcarse para Puerto-Cabello. Faltáronle los buques, y en consecuencia tuvo que rendirse á Bolívar, quien, atento á su buena fé y demás prendas militares, le acordó una generosa capitulación el 4 de Julio.

Aprovechó el Libertador su corta residencia en Carácas para concertar con el Vice-Presidente Soublette varias medidas, tanto en el órden político como en el militar de la República, y regresó á Valencia el 1.° de Agosto, con el propósito de seguir á la Nueva Granada, haciendo escala en Maracaibo. Entre aquellas medidas son dignas de mencionarse por su importancia el decreto que restableció en Carácas la capital de Venezuela, y otro que dividió al país en tres grandes distritos militares á cargo de los generales Paez, Mariño y Bermudez.

La suerte había coronado los esfuerzos de los patriotas en Carabobo á tiempo que sus armas en Coro no eran igualmente felices. Aunque Urdaneta había invadido dèdse Maracaibo aquella provincia y sometídola fácil-

mente, tuvo que retirarse con sus fuerzas hácia San Cárlos en cumplimiento de la órden de Bolívar. Los enemigos surgieron después de aquella retirada, y si bién Escalona que le reemplazaba batió al realista Ynchausti, y más tarde á Tello que vino de Puerto-Cabello en su auxilio, enviado por La Torre, el Jefe republicano fué sustituido por el coronel Justo Briceño, y en manos de éste, sea por incapacidad ó negligencia, se perdió la provincia. Hasta su propia tropa le reemplazó en la Vela con Gomez que tuvo, poco tiempo después, que capitular con La Torre llegado de Puerto Cabello con una división de 1200 hombres con la cual ocupó la provincia.

En cambio, Cartagena sucumbió, después de un sitio muy hábilmente dirigido por el general Montilla, cayendo la plaza en poder del jefe republicano, el 11 de Octubre, en virtud de una capitulación con el Gobernador Torres. La entrega fué hecha bajo inventario, y Montilla recibió 35 morteros, 293 cañones de grueso calibre, toda la artillería que llevó Morillo, 5,200 quintales de pólvora, 2000 fu-

siles, sables y demás elementos de guerra. La provincia de Panamá proclamó poco después su independencia.

Sucre, enviado por Bolívar á emprender la campaña de Quito, se hallaba entónces en Guayaquil, que había proclamado su independencia. Su primera campaña contra Aymerich no fué feliz, pero las demás fueron dignas del Gran Mariscal de Ayacucho.

Hablemos ahora del segundo Congreso de Colombia.

XII

Cuando Bolívar alcanzó la gran victoria de Carabobo, el Congreso de Colombia estaba ya instalado desde el 6 de Mayo en la sacristía de la iglesia de la villa del Rosario de Cúcuta. Componíanlo 59 diputados elegidos por las provincias de Venezuela y Nueva Granada que no estaban ocupadas por los realistas. No dicen los historiadores cómo se practicaron las elecciones, de manera que nuestra creencia de que al igual de las del Congreso venezolano en 1819, fueran hechas por los soldados bajo las órdenes de sus jefes ó por los Alcaldes de plaza, no es absoluta, pero sí derivada del estudio

que hacemos de los orígenes del régimen parlamentario en nuestra patria, con la intención de dar á la publicidad otro trabajo.

Grande y justificado fué el júbilo del Congreso al saber la noticia de la victoria de Carabobo, y en el acto promulgó un decreto en homenaje á Bolívar y al ejército vencedor bajo sus órdenes. Otra de sus preferentes ocupaciones, fué juzgar de la renuncia que aquel había hecho desde Barinas del cargo de Presidente de la República que le confiriera el Congreso Venezolano. Era esta la tercera vez, pero no la última, que Bolívar renunciaba su autoridad, más bien para pulsar la opinión pública, que con el deseo sincero de retirarse del poder, y por tercera vez fué desestimada su demanda.

El Congreso de Cúcuta nombró en consecuencia el 7 de Setiembre á Bolívar Presidente de Colombia por una gran mayoría, y Vice-Presidente á Santander ; elecciones acertadísimas, porque no existían en Colombia dos hombres más competentes para el desempeño de estas magistraturas.

Bolívar, que recibió en Maracaibo los oficios en que se le llamaba, púsose en camino y llegó al Rosario el 29 del propio mes. Lo mismo hizo Santander. El 3 de Octubre prestaron ambos magistrados el juramento legal ante el Congreso, y firmó Bolívar la Constitución promulgada por aquella corporación. No nos detendremos en hacer aquí el análisis de esta carta, algo parecida á la que se promulgó en Guayana en 1819, porque las Constituciones no han ejercido nunca influencia alguna en la suerte de los pueblos Sur-Americanos. Las leyes han sido buenas, pero los llamados á aplicarlas no han cumplido con sus deberes.

Constituyó en seguida Bolívar su Gobierno, compuesto del Dr. Gual, ministro de Relaciones Exteriores, Castillo Rada, de Hacienda, Restrepo, secretario del Interior, y el coronel Briceño Mendez de Guerra y Marina, y poco después emprendió la gloriosa campaña del Sur. Antes de narrarla, digamos como concluyó la guerra en Venezuela.

Promulgábase en Carácas la nueva Consti-

tución en Enero de 1822 á disgusto de todos, porque señalaba á Bogotá como capital de la República, á tiempo que el general Soublette era nombrado director de la Guerra é Intendente del Departamento de Venezuela, y Paez, comandante general del mismo. Entre ambos jefes debían surgir ciertas desavenencias, hijas de la naturaleza misma, á veces incompatible de sus respectivos cargos.

Sucedió, pues, que habiendo dejado La Torre, ántes de encerrarse en Puerto Cabello, varias fuerzas en el Tocuyo, y enviado en su auxilio á Morales, dispuso Soublette batirlas, y ya se ejecutaban sus órdenes cuando Paez ordenó que se suspendieran los movimientos. Esto fué causa de que Soublette se trasladara á Valencia, para celebrar allí una entrevista con Paez, la cual no tuvo resultado favorable, puesto que fuerza fué que cediera la voluntad del director de la guerra quien regresó desairado á Carácas. Faltó, pues, concierto entre las dos autoridades principales, y Soublette se trasladó en persona al teatro de la guerra.

La hacían por Coro y Maracaibo los rea-

listas, y contra ellos marchó el coronel Piñango con dos mil infantes y 200 jinetes ligeros. Hubo en la provincia de Coro algunos encuentros parciales que, unidos á las marchas, bastaron para cansar la tropa de Piñango que se retiró á Carora, para reunirse á Soublette.

Las tentativas realistas contra Maracaibo se frustraron por entónces, pues la fuerza que al mando de Ballesteros había desembarcado cerca de la ciudad, se rindió, después de crudísimo combate, al cuerpo republicano que salió á batirla, y la otra columna que amenazaba por Perijá, capituló con el general Lino Clemente, comandante general del Zulia, y se rindió con 562 hombres.

Soublette logró á duras penas reorganizar la fuerza de Piñango y salió de Carora el 18 de Mayo hácia Coro con 864 hombres. El resto de aquella división se componía de enfermos que fué preciso dejar.

El 25 derrotó una columna realista al mando de Sicilia, y el 7 de Junio libró nueva acción cerca de Dabajuro contra Morales que

tenía fuerzas mucho mayores, y aún alguna artillería. Recio fué el combate, y muy dignamente sostenido por el jefe republicano. Cierta habría sido la victoria, á ser mejor la calidad de sus tropas; pero apénas había en la división 400 veteranos; los demás eran bisoños, y Soublette tuvo que retirarse á Carora á donde llegó el 13. Rehecho más tarde, ocupó la provincia de Coro el 25 de Julio con más de 2,000 hombres; pero Morales se había retirado ya á Puerto Cabello, por lo cual Soublette encomendó la defensa de aquella provincia á Torrellas y se dirigió rápidamente á Valencia.

La Torre, nombrado capitán general de Puerto Rico, había llamado á Morales para entregarle el mando; y el nuevo capitán general de Venezuela tenía que hacer algo extraordinario que acreditara su autoridad. El plan no le salió mal al principio, pero al fin fué desastroso para su causa, porque la independencia de Venezuela quedó para siempre consumada.

Fué el hecho quo Morales engañó á los republicanos con una salida que desde Puerto

Cabello hizo el 11 de Agosto, con 1,800 hombres, en dirección de Valencia, haciéndoles creer que iba á librarles combate; y después que supo que el ejército patriota se había concentrado allí para batirle, regresó á Puerto Cabello y se embarcó el 24 con 1,200 hombres para la Costa de la Goagira, con el propósito, realizado sin mayor dificultad, de apoderarse de Maracaibo, que ocupó el 7 de Setiembre, después de haber derrotado la víspera á Clemente que trató de impedirle la entrada en Salina Rica. El castillo de San Cárlos y las baterías de la barra se rindieron cobardemente al jefe realista.

La ocupación de Maracaibo por Morales no podía durar mucho tiempo, porque Soublette y el Vice-Presidente Santander, no perdieron tiempo en dictar las más oportunas órdenes para destruir al jefe realista. La primera división de 1,000 hombres al mando de Sardá, enviada por Montilla desde Cartagena, se perdió, porque este jefe, violando las instrucciones que traía, se internó en Sinamaica, y fué derrotado completamente por Morales el 12 de

Noviembre ; triunfo éste que le permitió ocupar seguidamente la provincia de Coro, y aún intentar algunos movimientos sobre las de Trujillo y Mérida, regresando poco después á Maracaibo.

Precisaba, pues, desalojar á Morales de Maracaibo, y para esto era indispensable organizar una escuadra que forzara la barra, y resistiendo á los fuegos del castillo, se apoderara del Lago. Esto fué lo que se hizo bajo la muy hábil dirección del general Montilla, y lo que tuvo el mejor éxito, premiando así el inaudito arrojo del coronel Padilla, comandante general de la flota y de todos sus dignos y valerosos compañeros. Sus bajeles pasaron la barra sin temer á los fuegos enemigos, y se apoderaron del Lago el 8 de Mayo. Poco tiempo después, el 24 de Julio, tuvo lugar el combate formal entre la escuadra de Morales, compuesta de tres bergantines, doce goletas, y diez y seis buques menores, contando 67 piezas de artillería, algunas de á 18; 500 marineros y 1000 hombres de tropa, y la escuadra de los patriotas, al mando de

Padilla, compuesta de 3 bergantines, 7 goletas y otras fuerzas sútiles con 38 piezas, la mayor parte de á 18, y 1200 hombres de dotación. Los patriotas tuvieron en su favor el viento que les permitió lanzarse sobre sus contrários, elegir el punto del ataque, y maniobrar á su antojo. Cuando ambas escuadras se avistaron, la de los realistas rompió sus fuegos; la de los patriotas continuó impávida y muda hasta que, hallándose inmediata, rompió los suyos. Siguíose el choque más sangriento que imaginarse puede, sostenido por ambas escuadras con brío, furia y encarnizamiento extraordinarios. Padilla quedó vencedor y en posesión de la escuadra enemiga.

La pérdida de estos fué de 800 hombres entre muertos y heridos y 438 prisioneros, entre los cuales había 69 oficiales.

Morales, encerrado ya en Maracaibo y sin salida, capituló el 3 de Agosto y se embarcó el 15 del mismo mes para Cuba, con unos cuantos adeptos. Poco tiempo después sucumbía también la plaza de Puerto Cabello, último refugio de la grandeza realista en Venezuela.

Advertido el general Paez de que al través de los barrizales del Mangle que rodean la plaza podía abrirse paso, y aproximarse al castillo, sorprendiendo al mismo tiempo la ciudad interior ocupada por los realistas, ordenó la operación con 500 hombres escogidos, y la ejecutó en la noche del 7 de Noviembre. Á las dos y media de la madrugada, quedó consumada con la mayor felicidad. El enemigo, sorprendido y atacado en todas direcciones, se defendió con valor, pero al fin tuvo que rendirse. La fortaleza capituló dos días después, y concluyó con esto la guerra de Venezuela. En lo sucesivo no hubo más que disparos aislados, como los que se sienten en un campamento al dar término á una batalla, fuegos fátuos de pasiones incandescentes....

Hemos dejado á Bolívar en el Rosario de Cúcuta, por Octubre de 1821, madurando su plan de campaña sobre el Sur.

De Cúcuta se dirigió á Bogotá, y de esta ciudad á Calí el 13 de Diciembre, continuando después para Popayan donde organizó las fuerzas que debían obrar sobre Quito. Con

3000 hombres emprendió á principios de Marzo la marcha sobre Pasto, dejando en el camino casi una tercera parte en las enfermerías. El 24 de Marzo llegó al Juanambú con 2000 hombres. Venciendo dificultades inauditas, logró caer en las tierras que demoran cerca de Pasto. En las alturas de Bomboná le esperaba el enemigo, y allí fué éste severamente escarmentado. La batalla comenzó á las dos de la tarde, y fué muy costosa para los patriotas por las posiciones tan ventajosas que ocupaba el ejército realista, al mando de García. Los patriotas, trepando por rocas escarpadas, desfiladeros cortados á pico, y viendo á sus compañeros rodar desde las alturas fusilados por el enemigo, avanzaron hasta coronarlas y enarbolar en las cúspides, al caer de la tarde, el pabellón de Colombia. El adversario se declaró en derrota, dejando en poder del vencedor, artillería y prisioneros. Esta fué la brillante batalla de Bomboná, dirigida personalmente por Bolívar.

Pero éste no tenía fuerzas suficientes para emprender de allí en adelante una campaña

seria en un país hasta cierto prunto hóstil á la causa republicana; y le precisaba aguardar los refuerzos que había pedido á Popayán y á Bogotá. No sabía aún que Sucre, en busca de Aymerich, había entrado el 9 de Febrero en la provincia de Loja, y que allí, con los auxilios del general San Martín, protector del Perú, pasó á ocupar á Cuenca y Riobamba, y continuando su movimiento, destrozó al enemigo en Pichincha, ocupó á Quito, é hizo prisionero á Aymerich con el resto de sus tropas el 25 de Mayo. Esta campaña dejó en poder de Sucre 160 Oficiales, 1100 prisioneros, 14 piezas de artillería, 1700 fusiles, fornituras, banderas y lo demás que poseían los realistas.

Para aquella fecha, provisto ya Bolívar de los auxilios que tan lentamente le llegaran, avanzó contra García y le ofreció una capitulación que no fué aceptada por éste, bién que más tarde, al saber el desastre de Pichincha y la ocupación de Quito, se rindió y Pasto fué ocupado por el ejército patriota. Aymerich y García se embarcaron para España.

Bolívar hizo su entrada triunfal en Quito el

11 de Junio. Dió á Sucre el grado de General de división y el nombramiento de Gobernador del Departamento del Ecuador, y comenzó á preparar su campaña sobre el Perú.

La independencia de Colombia era ya un hecho consumado. El ejército realista había desaparecido. En Pasto se sublevó un sobrino de Boves, y aunque logró rechazar en un encuentro á Sucre, gracias al fanatismo realista de los habitantes de aquella comarca, Boves y su gente fueron totalmente destruidos poco tiempo después. En la Ciénega y en Santa Marta otro movimiento realista, dirigido por el capitán Labarce, fué igualmente vencido. Colombia, pues, estaba consolidada.

Hemos dicho anteriormente que Guayaquil había proclamado su independencia en Octubre de 1820. Dependía ésta provincia del Perú, y por eso fué exceptuada del armisticio celebrado en aquel año por Morillo y Bolívar. El general Sucre, enviado por éste para negociar con el Gobierno de Guayaquil su incorporación al territorio de Colombia, no pudo obtener más que un convenío, por el cual se ponía

Guayaquil, bajo la protección de la naciente República, para defender su independencia. Absurda era la idea de convertir aquel territorio en país anseático ó en nación independiente. Las opiniones de sus habitantes estaban divididas. Algunos ciudadanos muy notables opinaban por anexionarse al Perú y otros por entregarse á Colombia. En favor de la primera opinión influían los emisarios del general San Martín, Protector del Perú; en favor de la segunda, Sucre y los demás emisarios de Bolívar, entre ellos, su edecán el coronel Diego Ibarra que llegó á Guayaquil con pliegos suyos, instando por la incorporación.

La situación era tirante y algo más que delicada porque San Martín no sólo fundaba su exigencia en el sentimiento general de la población de Guayaquil, sino también en el derecho que le daban las antiguas demarcaciones españolas al Vireinato del Perú.

En tal estado de cosas, resolvió Bolívar ir personalmente á Guayaquil, y promover el pronunciamiento en favor de Colombia. Sucedió lo que no podía ménos de suceder. Llegó

á la ciudad en la tarde del 11 de Julio, y el pueblo le recibió entusiasmado. La presencia de un hombre tan extraordinario en aquel teatro, tenía que producir un efecto maravilloso. Todos estaban absortos, y Bolívar supo aprovechar los momentos. Convocó al pueblo por medio de una proclama para que diera su fallo sobre la cuestión de incorporación. Todos se declararon en favor de Colombia, y así quedó la provincia de Guayaquil incorporada á la República.

En el Perú este hecho fué considerado como una usurpación, y hasta cierto punto había motivos para juzgarlo de este modo, pues no se trataba allí de un país realista, sino de un pueblo americano independiente.

No tenemos el propósito de hacer aquí la historia de la emancipación de los países situados al Sur de Colombia. Bastará decir que para aquella fecha, Buenos Aires, Chile, y el Perú eran independientes, y que el general San Martín fué desde 1813 el hombre verdaderamente extraordinario que surgió de la lucha. No tenía el genio ni la actividad vertigi-

nosa de Bolívar; pero tan patriota como él, le excedió á veces en cordura y reflexión.

Vencedor en Chacabuco, San Martín hizo la independencia de Chile, y vencedor en Maipú, condujo sus huestes victoriosas hasta preparar la redención del Perú.

Los ineptos Vireyes de España le cedieron el puesto, pero no sin peligros, porque San Martín tendría que vencerlos más tarde, y ellos contaban todavía con 18,000 hombres aguerridos en el antigüo Vireinato.

Cuando San Martín llegó á Lima, tuvo noticia de los grandes triunfos de Bolívar en Colombia. Púsose en contacto con él por cartas ó por emisarios, y aun se embarcó con dirección á Guayaquil, para conferenciar en Febrero de 1822. La entrevista no se verificó entónces, porque Bolívar no pudo concurrir á la cita; y entre tanto los acontecimientos fueron precipitándose.

En el Perú las cosas iban torcidamente porque la expedición de Tristán fué destruida por Canterac y Valdés. Sus partidarios, los realistas, habían cobrado nuevos bríos, y la

salud misma del Protector de la libertad del Perú, título oficial del general San Martín, decaía visiblemente. Era pues, bién fundado su deseo de obtener la cooperacion del ejército colombiano; con mayor razón, si se considera que Sucre había vencido en Pichincha, merced á los auxilios peruanos, y Bolívar acababa de asegurar con sus recientes triunfos la independencia del Departamento del Ecuador. La conferencia entre estos dos personajes se efectuó en Guayaquil el 20 de Agosto de 1822.

XIII

Bolívar había escrito á San Martín desde Calí en Enero de 1822, excitándole á una avenencia que diera por resultado la unidad de la causa americana; y al ocupar á Quito le anunció, con fecha 17 de Junio, la terminación de la guerra de Colombia, dándole gracias por el auxilio que había prestado al ejército colombiano en su reciente campaña. Al mismo tiempo decíale que estaría dispuesto á llevar las tropas de Colombia en auxilio de sus hermanos del Sur, si las armas peruanas no hubieran terminado gloriosamente para entónces

la campaña que se preparaban á hacer.

El general San Martín le respondió en 13 de Julio, felicitándole cordialmente por sus triunfos, y aceptando reconocido su ofrecimiento, en términos muy lisonjeros. En esta carta, le manifestó el deseo de conocerle y saludarle personalmente en Quito, y le dió aviso de su próximo viaje. Ambas misivas son modelo de lealtad y cortesía.

Al ocupar Bolívar á Guayaquil, escribió otra carta al general San Martín, con fecha 23 de Julio, anunciándole que las Cortes españolas habían determinado al fin tratar con los Gobiernos de América, y siendo en su concepto tal asunto muy importante para el porvenir de las nuevas naciones, había concebido la idea, en cuya ejecución le interesaba, de que se reunieran los Plenipotenciarios de Chile, del Perú, y de Colombia para entenderse con los enviados de España, y dar á la negociación un carácter más imponente, al mismo tiempo que seguro en el éxito.

Esta era la carta oficial. En otra particular de la misma fecha, Bolívar excitaba á San

Martín á emprender su viaje, empleando frases tan dignas y afectuosas, que no podemos resistir al deseo de publicarla aquí.

BOLÍVAR Á SAN MARTÍN.

Guayaquil Julio 25-1822

Es con suma satisfacción, dignísimo amigo y Señor, que doy á Vd. por la primera vez el título que mucho tiempo há mi corazón le ha consagrado. Amigo le llamo á Vd. y este nombre será el sólo que debe quedarnos por la vida, porque la amistad es el único vínculo que corresponde á hermanos de armas, de empresa y de opinión : así yo me doy la enhorabuena porque Vd. me ha honrado con la expresión de su afecto.

Tan sensible me será el que Vd. no venga hasta esta ciudad como si fuésemos vencidos en muchas batallas : pero Vd. no dejará burlada la ansia que tengo de estrechar en el suelo de Colombia al primer amigo de mi corazón y de mi patria. ¿ Cómo es posible que Vd. venga de tan léjos para dejarnos sin la posesión positiva en Guayaquil del hombre singular que todos anhelan conocer, y si es posible tocar? No es posible, respetable amigo : Yo espero á Vd. y también iré á encontrarle donde quiera que Vd. tenga la bondad de esperarme : pero sin desistir de que Vd. nos honre en esta eiudad. Pocas horas, como Vd. dice, son bastantes para tratar entre militares; pero no serán bastantes esas mismas pocas horas para satisfacer la pasión de la amistad que va á

empezar á disfrutar de la dicha de conocer el objeto caro que se amaba sólo por opinión, sólo por la fama.

Reitero á Vd. mis sentimientos más francos con que soy de Vd. su más afectisimo apasionado servidor y amigo.

Q. B. S. M.

BOLÍVAR.

Excimo Sr. General Dn. José de Sn. Martín, Protector del Perú.

Pocos momentos después de despachada esta misiva, fué advertido Bolívar de que el general San Martín acababa de llegar á la Puná. Al siguiente día continuó el Protector para Guayaquil; Bolívar salió á su encuentro con sus edecanes y con los generales que existían en la Plaza, y allí se abrazaron con efusión los dos grandes capitanes de América.

Las conferencias que durante tres días y á intervalos, tuvieron en secreto aquellos personajes, fueron al principio motivo de general curiosidad. El tiempo ha revelado después lo que allí pasó : ya no existe el misterio.

Es natural que reunidos para conferenciar respecto de las cuestiones de palpitante interés en aquel momento, Bolívar y San Martín discu-

tiendo el arreglo con España, emitieran sus respectivas opiniones acerca de la forma de Gobierno más conveniente para los nuevos países, y Bolívar se pronunciara en favor de la República, así como su interlocutor, en favor de la Monarquía. También es natural que se hablara de la posesión de Guayaquil, que de hecho correspondia ya á Colombia; pero tales materias no constituyeron el objeto principal de las conferencias. Estas no tuvieron testigos; por consiguiente, no pueden explicarse sino por las revelaciones ó documentos de alguno de los actores. La carta que el general San Martín dirigió á Bolívar desde Lima el 29 de Agosto, explica lo ocurrido. Héla aquí.

SAN MARTÍN Á BOLIVAR.

Exmo. Señor Libertador de Colombia Don Simón Bolívar.

Lima, 29 de Agosto de 1822.

« QUERIDO GENERAL.

« Dije á Vd. en mi última del 23 del corriente, que habiendo reasumido el mando supremo de esta República, con el fin de separar de él al débil é inepto Torre-

Tagle, las atenciones que me rodeaban en aquel momento, no me permitían escribir á Vd. con la extensión que deseaba; ahora, al verificarlo, no sólo lo haré con la franqueza de mi carácter, sino con la que exigen los grandes intereses de América.

» Los resultados de nuestra entrevista, no han sido los que me prometía para la pronta terminación de la guerra; desgraciadamente yo estoy firmemente convencido, ó que Vd. no ha creido sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes con las fuerzas de mi mando, ó que mi persona le es embarazosa. Las razones que Vd. me expuso de que su delicadeza no le permitiría jamás el mandarme, y aun en el caso que esta dificultad pueda ser vencida, estaba Vd. seguro que el Congreso de Colombia no consentiría su separación de la República; permítame Vd. general, le diga, no me han parecido plausibles: la primera se refuta por sí misma y la segunda estoy muy persuadido que la menor insinuación de Vd. al Congreso, sería acojida con unánime aprobación, con tanto más motivo, cuanto se trata con la cooperación de Vd. y la del ejército de su mando, de finalizar en la presente campaña la lucha en que nos hallamos empeñados, y el alto honor que tanto Vd. como la República que preside, reportarían en su terminación.

» No se haga Vd. ilusión, general; las noticias que Vd. tiene de las fuerzas realistas, son equivocadas, ellas montan en el alto y bajo Perú á más de 19000 veteranos, los que se pueden reunir en el término de dos meses. El ejército patriota decimado por las enfermedades, no podrá poner en línea á lo más 8,500 hombres, y de estos una gran parte reclutas: la división del general Santa-Cruz (cuyas bajas según me escribe este general, no han

sido reemplazadas á pesar de sus reclamaciones) en su dilatada marcha por tierra, debe experimentar una pérdida considerable, y nada podría emprender en la presente campaña; la sola de 1,400 Colombianos que Vd. envía, será necesaria para mantener la guarnición del Callao y el órden en Lima; por consiguiente, sin el apoyo del Ejército de su mando, la expedición que se prepara para Yntermedios no podrá conseguir las grandes ventajas que debían esperarse si no se llama la atención del enemigo por esta parte con fuerzas imponentes, y por consiguiente la lucha continuará por un tiempo indefinido: digo indefinido, porque estoy íntimamente convencido de que sean cuales fueren las vicisitudes de la presente guerra, la independencia de la América es irrevocable; pero también lo estoy, de que su prolongación causará la ruina de sus pueblos, y es un deber sagrado para los hombres á quienes están confiados sus destinos, evitar la continuación de tamaños males.

» En fin, general, mi partido está irrevocablemente tomado: para el 20 del mes entrante he convocado el primer Congreso del Perú, y al siguiente día de su instalación me embarcaré para Chile, convencido de que sólo mi presencia *es el sólo obstáculo* que le impide á Vd. venir al Perú, con el ejército de su mando. Para mí hubiera sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la Independencia bajo las órdenes de un general á quien la América del Sud debe su libertad; el destino lo dispone de otro modo, y es preciso conformarme.

» No dudando que después de mi salida del Perú, el Gobierno que se establezca reclamará la activa cooperación de Colombia, y que Vd. no podrá negarse á tan justa petición, ántes de partir remitiré á Vd. una nota de todos

los jefes cuya conducta militar y privada puede ser á Vd. de utilidad su conocimiento.

» El general Arenales quedará encargado del mando de las fuerzas argentinas : su honradez, coraje y conocimientos estoy seguro le harán acreedor á que Vd. le dispense toda consideración.

» Nada diré á Vd. sobre la reunión de Guayaquil á la República de Colombia : permítame Vd. General, le diga que creo no era á nosotros á quienes pertenecía decidir este importante asunto : concluida la guerra, los Gobiernos respectivos lo hubieran zanjado, sin los inconvenientes que en el día pueden resultar á los intereses de los nuevos Estados de Sud América.

» He hablado á Vd. con franqueza, General, pero los sentimientos que exprime esta carta quedarán sepultados en el más profundo silencio; si se trasluciere, los enemigos de nuestra libertad podrían prevalecerse para perjudicarla, y los intrigantes y ambiciosos para soplar la discordia.

» Con el comandante Delgado, dador de ésta, remito á Vd. una escopeta, un par de pistolas, y el caballo de paso que ofrecí á Vd. en Guayaquil : admita Vd. General, esta memoria del primero de sus admiradores ; con estos sentimientos, y con los de desearle únicamente sea Vd. quien tenga la gloria de terminar la guerra de la Independencia de la América del Sud, se repite su afectísimo servidor.

José de San Martín

Aunque fueron varias las conferencias y se supo que los dos caudillos, durante los tres

días que el general San Martín pasó en Guayaquil, permanecían largas horas en acuerdos secretos, como lo confirman todos los historiadores, el general Tomas Cipriano de Mosquera publicó en Bogotá el 26 de Octubre de 1861 un escrito intitulado « Bolívar y San Martín » en el cual refiere lo ocurrido en la conferencia celebrada el 26 de Julio, á la cual concurrió, segun dice, por órden de Bolívar como secretario privado junto con el coronel Perez, que era el seretario general, para redactar un memorandum de los puntos en que se pusieran de acuerdo ambos personajes. Bién que sin motivo alguno para dudar de la veracidad del general Mosquera, nos parece erróːnea su afirmación. A la avanzada edad en que escribió ese documento, es probable que sus recuerdos hubieran sufrido alguna perturbación, porque parece inverosímil que Bolívar precisamente en la misma tarde de la llegada de su digno huésped, y al terminarse el banquete de ceremonia, introdujera en la pieza reservada donde se celebró la conferencia, dos secretarios suyos, como si se tratara de

hacer un proceso inquisitorial. De haber sido así, San Martín habría llamado también á sus secretarios ó edecanes para servir de testigos.

Bolívar y San Martín, conocedores del mundo, no podían faltar á las leyes sociales. Las conferencias fueron secretas, como lo són siempre en estos casos; y si hubiera habido algo que protocolar, en ese caso, ambos generales habrían llamado oportunamente á sus subalternos.

De todas suertes, San Martin cumplió la promesa que hizo á Bolívar, en su carta de 29 de Agosto, y resignó el poder ánte el primer Congreso Constituyente del Perú que se instaló el 20 de Diciembre de 1822. Al siguiente día se embarcó para Chile, donde tuvo que detenerse algún tiempo, con motivo del grave estado de su salud. ¡Toda su fortuna consistía en 120 onzas de oro...

Llegó á Buenos Aires el 4 de Diciembre de 1823, habiendo permanecido algún tiempo en Mendoza, donde recibió la triste nueva de la muerte de su esposa. En Buenos Aires se embarcó para Europa; y aunque volvió á su

patria en 1828, breve fué su residencia en ella. Al año siguiente regresó á Europa, para domiciliarse en Francia, donde murió en la tarde del 17 de Agosto de 1850. Sus restos fueron trasladados á su país natal en 1880, y nosotros tuvimos la honra de concurrir á la función religiosa que, con tal motivo, se celebró en una de las Iglesias del Havre el 21 de Abril de aquel año, y de acompañarlos, á bordo del vapor Argentino que los condujó á su patria.

Retirado San Martín, el Congreso peruano nombró para reemplazarle una Junta gubernativa compuesta del general Lamar, Alvarado y el conde de Vista-Florida. Este triunvirato rechazó el auxilio ofrecido por Bolívar. Después de las derrotas sufridas por los peruanos en Toratá y Moquehua, el Congreso, que se había negado á destituir dicha Junta á petición de un cuerpo de Oficiales, se avino á decretarla, luégo que el general Santa Cruz, situando cerca de la ciudad su ejército, pidió la destitución. Fué nombrado entónces Presidente de la República el general Riva-Agüero.

Bolívar, que comprendía la necesidad de dar fuerza á la independencia del Perú, y libertar á Colombia del vecindario de un vireinato español, ofreció entónces, á título de auxilio, seis mil colombianos. El nuevo Gobierno peruano no pensaba como su antecesor, y no sólo lo aceptó, sinó que pidió urgentemente el amparo porque los momentos eran críticos.

Salieron por lo pronto 3,000 hombres para el Perú, y Bolívar ofreció llevar 3,000 más, al recibir el permiso del Congreso de Colombia. Ocupado estaba en los preparativos de la segunda expedición, cuando recibió oficios del Vice-Presidente Santander, en los cuales le llamaba de urgencia, con motivo de las últimas operaciones de Morales en Venezuela.

No vaciló Bolívar en cumplir con su deber, y en el acto se puso en camino, enviando ántes al general Sucre como ministro diplomático al Perú.

En camino para Bogotá supo por ulteriores oficios del Vice-Presidente que las tentativas de Morales no tenían importancia alguna, y retrocedió á Guayaquil, donde recibió el de-

creto del Congreso peruano, suplicando al de Colombia que le acordara el permiso de trasladarse al Perú, á mandar en persona el ejército.

Por lo visto, la situación de los peruanos debía ser crítica ; y en efecto lo era, porque Canterac y Valdés, con 8,000 hombres de buenas tropas se habían presentado frente á Lima, y no siendo posible á los patriotas el sostenerse en la ciudad, habían resuelto evacuarla, confiando el mando del ejército al general colombiano. Trocó éste el espadín diplomático por la espada vencedora en Pichincha, y salvó aquel ejército, retirándose ordenadamente al Callao. Allí todo fué anarquía entre los peruanos. Riva-Agüero fué depuesto por el Congreso y reemplazado con Valdivieso.

Agüero se mofó del acuerdo del Soberano y siguió ejerciendo de Presidente. El general Sucre, que no quería tener parte en la política interior del Perú, viendo el giro que las cosas tomaban en favor de los realistas, envió á los díscolos, Congreso, Riva-Agüero y demás em-

pleados, á Trujillo para que allí ultimaran sus disputas, miéntras él salvaba la situación; y en efecto, puso al punto el Callao en estado de defenderse, reorganizó el ejército y preparó una expedición para Intermedios.

Los jefes realistas, al saber que tenían que habérselas con Sucre, y con Bolívar que no podía tardar, evacuaron á Lima y resolvieron dividirse para emprender operaciones aisladas. Sucre ocupó en seguida la ciudad, y delegó el mando en el marqués de Torre-Tagle.

Á tiempo que esto ocurría en el Perú, impaciente Bolívar en Guayaquil, porque el permiso del Congreso no llegaba, recibió la noticia, muy grave por cierto, de que los pastusos se habían sublevado y derrotado completamente al coronel Juan José Flores, obligándole á retirarse á Popayán.

Salió inmediatamente para Quito con 400 hombres y un parque. En dicha ciudad completó 1,500, casi todos reclutas, y con ellos marchó en persecución de los pastusos, y habiéndolos encontrado, los atacó con tal ím petu que fueron destruidos, dejando

en elcampo 800 muertos, y cuanto tenían.

Después de esta victoria, regresó á Quito, encomendando al general Salon la dirección de las tropas para ocupar á Pasto. Á marchas forzadas volvió á Guayaquil: pero el permiso del Congreso colombiano no había llegado todavía, y era forzoso aguardarlo.

El Congreso había dado la autorización desde el 5 de Junio, pero precisamente por causa de la insurrección de los pastusos, el pliego no llegó á tiempo. Al recibirlo Bolívar decidió embarcarse para el Perú el 6 de Agosto, saliendo para el Callao el 7 del mismo mes.

XIV

Bolívar llegó al Perú cuando la obra de San Martin estaba á punto de desaparecer por las disensiones y perfidias de los mismos peruanos. Riva-Agüero, depuesto, como hemos dicho, por el Congreso, se rebeló contra este Cuerpo, y lo disolvió fijándose en Trujillo. Los Diputados reunidos en Lima, lo declararon faccioso, nombrando á Tagle Presidente interino de la República. ¡Dos presidentes para el mismo país ocupado por un ejército español fuerte de 23000 hombres!.. La anarquía empezaba.

Bolívar, investido por el Congreso de la

suprema autoridad militar de la República, se ocupó inmediatamente en reducir, de grado ó por fuerza, á Riva-Agüero, para evitar el peligro de la guerra civil al frente de un enemigo extranjero tan poderoso, y obtener así la cooperación de las tropas que Riva-Agüero tenía en Trujillo.

Lo logró fácilmente, porque habiendo interceptado una correspondencia que comprobaba, á no dejar duda, que Riva-Agüero estaba en tratos secretos con el Virey Laserna, para establecer una Monarquía en el Perú, no tuvo ya consideraciones con el apóstata, y resolvió someterlo. Durante el viaje, instruyó por medio de emisarios, á los oficiales de Agüero de los pérfidos proyectos que éste abrigaba, y uno de los tenientes principales, el coronel Gutierrez de la Fuente, arrestó al seudo Presidente y á su Ministro, sometiéndose el ejército de 3000 hombres que Agüero tenía, á las órdenes de Bolívar.

Sucre fué encargado del mando. Bolívar siguió á Lima, con el fin de asegurar la defensa del Callao. Fué entónces, Enero de 1824,

que hallándose en Pativilca, puertecillo situado al Norte de Lima, tuvo una fiebre gástrica, que le puso á las puertas del sepulcro. Apénas convaleciente, prosiguió con grande actividad la reorganización del ejército, pués era inminente el peligro de una próxima batalla con el ejército realista.

Así las cosas, sucedió que los dos batallones Argentinos que custodiaban la fortaleza del Callao, se sublevaron el 5 de Febrero, enarbolando el pabellón español. Fué autor de este suceso el sargento Moyano, en connivencia con los realistas y peruanos apóstatas. El Congreso proclamó inmediatamente á Bolívar Dictador absoluto para que salvara la situación. El héroe de Colombia y su ejército, eran los únicos que podían ya galvanizar el gran cadáver peruano.

La corrupción había llegado al último grado. La cobardía y la mala fé campeaban por todas partes. Casi todos los pro-hombres y jefes del Perú, abandonaron la causa nacional y se pasaron al enemigo. Sólo quedaban Bolívar y las legiones colombianas resueltas

á salvar el Perú, ó á sepultarse bajo sus escombros.

De los auxilios de Chile, unos se habían devuelto al principio desde Arica, y otros desde el Callao al ver ondular el pabellón español en la fortaleza. Bolívar y sus tropas iban á luchar contra lo imposible, pero esta palabra no existía para tan grande hombre ni para tan heróicos soldados. Apénas eran 4,000, pero ellos bastaron para hacer morder el polvo en dos grandes batallas al ejército más aguerrido y numeroso de España en América.

Ocupóse, pués, Bolívar sin pérdida de instantes en la concentración de sus fuerzas y en su organización, y confió el mando en jefe de las divisiones peruanas al general Lamar, á Sucre la dirección del ejército de Colombia, poniendo á sus órdenes los generales Lara y Córdova. Necochea fué nombrado jefe de la caballería, quedando á cargo de Miller los jinetes peruanos, y al de Carvajal los de Colombia. Bolívar dirigía personalmente el ejército.

El 6 de Agosto debía de ser fausto para su gloria. Canterac, con la división realista, compuesta de 9000 hombres, entre los cuales había 2000 jinetes muy bien equipados, llegó al pueblo de los Reyes el 4 de Agosto en la noche. Bolívar determinó atacarle á orillas de la Laguna de Junin, y dictó en consecuencia sus órdenes. Emprendióse la marcha, y al siguiente día por la tarde, la caballería de los patriotas á cuya cabeza se habían puesto Bolívar, Sucre y otros jefes, divisó al enemigo al otro lado de la Laguna. Canterac, que vió desde una altura aquel movimiento, y que tenía gran confianza en la superioridad de sus jinetes, esperó á los patriotas para darles una carga. Estos llegaron, y trabaron el combate : el choque al arma blanca fué terrible y muy sangriento. No hubo allí sino golpes de sable y lanza. La caballería de los patriotas vióse al principio algo envuelta, particularmente cuando cayó herido el general Necochea, pero se organizó sin pérdida de tiempo, y en una brillante carga que duró más de una hora, logró poner en derrota al enemigo, obligán-

dole á emprender una retirada tan violenta y difícil que en ella perdió la mayor parte de los que sobrevivieron en Junin. Esta derrota costó á Canterac más de 2000 hombres, parque, ganados, caballos, y otros elementos militares; y, lo que es más, relajó la moral de su ejército, en tanto que la del ejército aliado se llenó de confianza y brios.

El ejército libertador recorrió en triunfo el territorio libertado y reposó en Huamanga, durante un mes. Sabendor Bolívar de que, aun después de la victoria de Junín, su ejército era muy inferior en número al realista, confió á Sucre el mando en jefe, y se dirigió á la Costa con el fin de despachar una división que formaría con todos los enfermos de los hospitales que habían quedado á retaguardia, y los cuerpos que llegaran de Colombia. Dos de estos encontró en el tránsito, y los envió á marchas forzadas.

Cuando el Virey Laserna supo en el Cuzco la noticia de la derrota de Junin, dió órden para concentrar su ejército, y reunió allí 9,320 hombres, que organizó de la manera siguiente:

Primera división de infantería al mando del brigadier Monet : segunda, á cargo del general Villalobos, y tercera regida por el general Valdés. El brigadier Ferraz mandaba la caballería, y el general Cacho los artilleros. El Virey se puso en persona á la cabeza del ejército, y ordenó la marcha : muy pronto debía encontrarse con Sucre, que apénas contaba 5,780 hombres.

El 2 de Diciembre se avistaron ambos ejércitos en la pampa de Matará. El 5 supo Sucre por un emisario de Bolívar, que no debía contar con más refuerzos, porque la división que proyectó formar con los enfermos había sido comprometida anteriormente á su llegada en un combate en Bella-Vista y destruida en su mayor parte.

El día 8 ambos ejércitos acamparon como á media legua de distancia. Por la noche cada uno cubrió su campo con una línea de cazadores, estando ambas tan inmediatas que los jefes de una y otra podían hablarse.

Amaneció el 9 de Diciembre de 1824, y en la tarde de ese día quedó consumada la inde-

pendencia del continente Sur-Americano. ¡Gloria á Sucre, á Córdova, Lamar, Silva, Lara y á los demás héroes de aquel venturoso día! La batalla comenzó ántes del medio día : en el momento en que el ala izquierda de los patriotas cedía al fiero ataque de Valdés, Sucre ordenó á Córdova que cargara sobre el centro. El valeroso adalid, jóven de 25 años, avanzó con su tropa al grito de « ¡Adelante! ¡Armas á discreción!!.. y al penetrar en los batallones de Villalobos, los hiende y destroza. Hace lo mismo con los de Monet. La reserva española se empeña en vano. La caballería de los patriotas y el resto de la infantería han entrado en acción. La batalla estaba ganada; la derrota del enemigo fué completa. Allí quedaron prisioneros el Virey Laserna y los generales Canterac, Valdés, Carratalá, Monet, Villalobos, Ferraz, Bedoya, Somocuzco, Atero, Cacho, Landazuri, García Camba, Pardo, Vigil y Tur: diez y seis coroneles, sesenta y ocho tenientes coroneles, cuatrocientos ochenta y cuatro oficiales, y el resto del ejército.

Sucre, después de la prisión del Virey,

otorgó al enemigo una generosa capitulación. El general Córdova, héroe principal de la jornada, fué ascendido por Sucre en el campo de batalla á general de división. El regocijo de Bolívar al recibir la noticia de la victoria de Ayacucho, no tuvo límites. Su primer acto, fué expedir un decreto de honores y recompensas al ejército, y felicitar á Sucre por el éxito de aquella batalla que aseguraba la independencia del Continente.

Pero Rodil, jefe de la fortaleza del Callao, no quiso darse á partido, en virtud de la capitulación de Ayacucho, y no sólo se negó á recibir el primer emisario de Canterac, sino que al mismo general Monet que se presentó después para hacerle entrar en razón, no le recibió y hasta lo injurió por carta. Allí quedó resistiendo por algún tiempo hasta rendirse.

El general Sucre, después de la victoria, pasó al Cuzco é hizo entrar en la capitulación los diversos jefes realistas que allí se daban todavía trazas de continuar la guerra. De éste número fueron Espartero, Maroto y otros.

El Congreso peruano se reunió en Lima el

10 de Febrero de 1825, precisamente al cumplir el primer aniversario de la dictadura conferida á Bolívar. Los poderes de éste fueron confirmados por el Congreso, á pesar de la renuncia reglamentaria que de ellos hiciera, y aceptó el cargo, con la condición de que no se le llamara dictador. El Congreso le dió el título de Padre y salvador del Perú, y á Sucre el dictado de Gran Mariscal de Ayacucho. Puso á disposición de Bolívar, como prenda de su reconocimiento, la cantidad de un millón de duros (5,000,000 de francos) que no aceptó, y otro millón para el ejército.

Siguió Sucre con el victorioso ejército hácia el Alto Perú, donde resistía todavía Olañeta con sus fuerzas, y había avanzado sin oposición alguna hasta el Desaguadero, donde acantonaban las primeras fuerzas del realista. Estas se retiraron, pero fueron batidas en Tumusla, donde pereció Olañeta con el resto del ejército español. Sólo quedaba en pié de guerra la fortaleza del Callao.

Entre tanto dedicóse Bolívar á la organización administrativa del Perú, y después de

constituir en Lima un Gobierno provisional durante su ausencia, se dirigió hácia Arequipa con objeto de visitar La Paz, el Cuzco y el Potosí.

En todas estas ciudades fué recibido con entusiasmo indescriptible. Los pueblos todos corrían á conocerle y á estrecharle entre sus brazos. En Arequipa, sabiendo ya los triunfos de Sucre en Potosí, constituyó por un decreto la República del Alto-Perú, la cual en honra de su nombre ó para inmortalizarlo, se llamó Bolivia. Organizó la administración del nuevo país y resignó el mando de la naciente república en el Gran Mariscal de Ayacucho.

No nos olvidemos sin embargo de Colombia, donde los acontecimientos ocurridos durante la prolongada ausencia de Bolívar deben ser mencionados, para que pueda comprenderse el resto de esta historia.

En Colombia había paz, porque España no hizo nuevas invasiones; pero los ánimos no estaban tranquilos, sino bastante exaltados, porque el Congreso había autorizado al Ejecutivo, en previsión de quiméricos temores que á

la sazón inspiraba la Santa Alianza, á declarar en estado de Asamblea las provincias amenazadas de invasión exterior ó conmoción interior á mano armada, pudiendo, llegado el caso, exigir contribuciones, alistar tropas, expulsar del territorio á los desafectos, y delegar tan tremendas facultades á los comandantes de los departamentos en que estaba dividida la República.

Con este pretexto se cometieron varios atropellos, ejerciéronse muchas venganzas, se sustituyó al despotismo español, ya vencido, el despotismo republicano, más irritante todavía, porque se ejercía por los mismos libertadores...

Si á esto se agrega que para entónces se había desarrollado un funesto espíritu de codicia, estimulado por la ley que el Congreso dictó para contratar en Europa 30 millones de pesos fuertes, se comprenderá el por qué de no haber sido refutado durante medio siglo el siguiente párrafo del historiador Baralt.

« El país que había sido teatro de hazañas « militares, se convirtió en lonja de especu-

« laciones mercantiles : el hambre y la sed « del oro se apoderaron de los corazones; « imagináronse peligros para hacer grandes « aparatos de defensa ; creáronse necesidades « que no había; quisieron, en fin, lucir galas « los mendigos; y como el país no ofrecía « recursos para tanto, hubieron de buscarse « en el extranjero. Y aquí empieza la desmo- « ralización y desórdenes del Gobierno. »

No era aquel empréstito el primero contratado por Colombia, pues desde 1819, el Vice-Presidente Zea, enviado á Europa con un cargo diplomático y otro fiscal, había reconocido cerca de tres millones de duros, como liquidación de las contratas de López Méndez y Real, comisionados de Venezuela y Nueva Granada, y para extinguir esta deuda, y sin autorización del Gobierno Colombiano, había contratado otro empréstito por diez millones de duros al 80 p. 100, de cuya inversión no se tuvo nunca cuenta exacta, no por culpa del íntegro Zea que la envió oportunamente á Colombia, ni tampoco de su viuda, la señora doña Felipa Mellón y Zea, que hizo entrega formal

el 8 de Mayo de 1825, por órden del Sr. Hurtado, ministro de Colombia en la Gran Bretaña, de todos los papeles y documentos relativos á estas negociaciones, como consta del testimonio que hemos tenido á la vista, autorizado por el Sr. Lanz, que fué la persona designada por dicha Legacion para recibirlos.

Por supuesto que las duras palabras del historiador venezolano no pueden referirse ni al Presidente de Colombia, que fué un modelo de generosidad y desprendimiento en todas ocasiones; que se privó de sus propios bienes para cederlos á la revolución, y renunció los millones del Perú, y hasta sus propios sueldos en beneficio de las necesidades públicas, muriendo pobre y sin mancha de las inmundicias del peculado; ni tampoco al Vice-Presidente Santander, á quién sus enemigos pretendieron mancillar suponiéndole cómplice en aquellos manejos, sin exhibir pruebas. Santander era hombre muy apasionado, acaso demasiado duro; pero, como administrador, honrado y digno.

El empréstito no se hizo tampoco por treinta millones, sino solamente por veinte; pues en él

se comprendieron los diez millones del que contrató Zea. Su producto fué completamente derrochado : primero, en preparativos de una expedición insensata sobre Cuba y Méjico, sin contar con una escuadra que pudiera medirse con la española, lo que obligó á Colombia á tener en Cartagena un tren militar considerable al par que ridículo; después, en reparaciones de las fortalezas de las primeras plazas militares del país, y, finalmente, en anclas, carronadas para los buques, balas de calibres desconocidos, jarcias, cocinas de hierro, alquitran y otros efectos, como para resucitar la Armada Invencible, comprados en Inglaterra.

De los fondos de este empréstito fueron remitidos á Venezuela trescientos mil pesos (doscientos mil en onzas de oro), para fomento de la agricultura. Los llevó el Dr. Peña, é hizo entrega de ellos en moneda macuquina, guardándose la diferencia del cambio, ó sean veinte y cinco mil pesos.

Lo más sensible de todo fué que con aquel empréstito se habilitó la brillante expedición de 4,000 mil hombres que salió para el Perú

cuando ya no se necesitaba; y pereció casi toda de fiebre en la isla de la Puná. Para colmo de desdichas, la casa contratista del empréstito quebró, perdiéndose allí más de dos millones de duros que se habían depositado para el pago de intereses.

El resultado de tan inconsulta negociación fué que el crédito de Colombia se perdió completamente. Las fragatas *Colombia* y *Cundinamarca*, compradas en los Estados Unidos en un millon setecientos mil duros, tuvieron el siguiente destino; la primera se incendió en en la ria de Guayaquil, y la segunda se vendió en Puerto-Cabello por una suma insignificante, representada en títulos sin valor alguno. Las doce cañoneras construidas en los Estados Unidos, resultaron inservibles y corrieron la misma suerte en Puerto-Cabello. El navío *Libertador* de 79 cañones se vendió en 4,500 pesos, en dos mil el bergantin *Independencia* de 20 cañones; la corbeta *Bolívar* de 22 cañones en unos 1500 pesos, habiendo costado 155,000. Todas las jarcias, cañones, anclas, proyectiles, etc., fueron vendidos

para lastre de los buques, por lo que buenamente se ofreció.

Lo más raro de todo, y, en efecto, lo que más nos ha llamado la atención es que las rentas nacionales de Colombia apénas alcanzaban á seis millones de pesos al año, y el presupuesto de gastos en los mejores años, excedía de quince millones. Esto no hace en verdad el elogio de los hacendistas de aquel tiempo.

Los desaciertos administrativos muy rara vez quedan aislados; casi siempre un primer paso engendra otros todavía peores; así fué que el Congreso Colombiano, creyendo que la Santa Alianza intentaría apoderarse de América, ordenó una leva de 50,000 hombres. Y como tal proyecto fuera absurdo, porque no había recursos con que equipar y sostener tal éjercito, en vez de abandonarlo, se acudió al expediente de poner en ejecución la Ley de alistamiento de milicias.

La milicia nacional ha sido siempre en los países americanos, por razones que omitimos ahora, una institución impracticeble ; y los

Gobiernos, ni aún los más temidos pudieron organizarla.

Es el hecho, que los milicianos voluntarios de Carácas, al saber que el cuerpo que habían formado para servir á su pátria (y en concepto nuestro el único posible) iba á ser disuelto y refundido en los nuevos cuerpos de milicias que Paez, comandante general de Venezuela y del Apure, debía levantar en cumplimiento de las órdenes de Bogotá, se alarmaron, y tomando por padrino al intendente del Departamento, Escalona, lograron aplazar, pero no impedir el proyecto. El general Paez cortó el nudo, declarando en Asamblea, ó sea en estado de sitio, sus Departamentos, con el fin de aterrar á las gentes y hacerse obedecer.

Paez había prestado grandes y meritorios servicios á la causa de la Independencia : era, sin duda, uno de los más valerosos y desinteresados en la lucha ; pero sin instrucción alguna ni más talento que el innato en los hombres de las llanuras, sus actos tenían que resentirse del consejo de sus validos ó de sus

consuetas. y según la honradez cierta ó problemática de éstos, habían de merecer la aprobación ó desaprobación pública. En esta ocasión fué mal aconsejado.

Resuelto á poner en práctica el alistamiento militar, convocó á los ciudadanos de Carácas en el Convento de San Francisco, con el ánimo, segun decía, de hacerles sentir el peso de su autoridad. Al ver que la concurrencia no era numerosa, destacó patrullas armadas por las calles de la ciudad, con órden de llevarle á viva fuerza cuantos hombres encontraran en ellas.

Muchos fueron vejados y ultrajados por los genízaros, otros se ocultaron ó se refugiaron donde pudieron. La ciudad estuvo por muchas horas en la más pavorosa consternación.

Conviene decir que al general Paez se le temía mucho en Carácas ; y cada vez que se anunciaba su aproximación á la ciudad ó su entrada en ella, la mayor parte de las gentes pacíficas y honradas cerraban las puertas de sus casas, ó evitaban presentarse en las calles.

El conflicto de aquel día se calmó por la

intervención del intendente Escalona, el cual ofreció á Paez que al día siguiente convocaría á los ciudadanos en San Francisco, como en efecto lo hizo. La reunión fué numerosísima; nadie faltó: hasta los inválidos se presentaron con sus muletas, y Paez, que no había querido sino vejar á la sociedad, se dió por satisfecho.

Á pesar de esto, el Consejo Municipal y el propio Intendente acudieron al Gobierno Supremo quejándose de aquella arbitrariedad. Aunque el Vice-Presidente Santander pretendió desentenderse de la queja, la Cámara de Diputados la tomó en consideración y propuso una acusación contra Paez, que el Senado aceptó por considerable mayoría, suspendiéndole de su empleo, y ordenándole que se presentara en Bogotá á dar cuenta de su conducta.

Dejaremos aquí al general Paez preparándo la rebelión contra el Congreso de su pátria, para reseñar los acontecimientos en que fué parte principal Simón Bolívar.

XV

Organizada la República de Bolivia, regresó Bolívar al Perú; el 10 de Febrero de 1826 estaba ya en Lima. La fortaleza del Callao, único lugar ocupado por los realistas, se había rendido desde el 23 de Enero. La misión de Bolívar en aquel país había terminado: Bolivia quedaba fundada, el Perú redimido, y el héroe en el esplendor de su gloria.

Pero Bolívar, en vez de regresar sin pérdida de tiempo á Colombia, con lo cual habría salvado á su pátria de grandes desgracias, y preservado el brillo de su propia gloria, se dejó seducir por los halagos y encantos de la tierra

del Sol, dió oído á las viles adulaciones de los cortesanos, depositó su fé en los consejos de pérfidos amigos, y hasta se desvaneció con las dulzuras del mando.

Los peruanos llegaron, en el colmo de su adulación, hasta iniciar el insensato proyecto de proclamarle Emperador de los Andes, proyecto éste que él combatió enérgicamente, dejando entrever el desprecio que le merecían sus autores.

El Vice-Presidente de Colombia le comunicó los graves sucesos ocurridos en Carácas, llamándole con urgencia : esto fué á principios de Julio. Bolívar decidió regresar en el acto á Bogotá ; pero no pudo ponerse en marcha hasta el 4 de Setiembre, día en que se embarcó en el Callao con rumbo á Guayaquil.

Digamos entre tanto que Bolívar había dotado á Bolivia de una Constitución (calcada de la de Haíti) en la cual lo más notable era el establecimiento de un Presidente y un Senado vitalicios. Recreábase en su obra, porque le parecía perfecta, y anhelaba que se adoptara en Colombia, como lo había sido ya en el Perú.

El señor Guzman (A. L.) de cuya misión á Lima hablarémos más adelante, había publicado allí un folleto en alabanza de esta constitución, y recibió de Bolívar el encargo de trasladarse á Colombia con el fin de recomendarla; empresa difícil, á lo que parece, porque la constitución colombiana había determinado por el artículo 191 un plazo de 10 ó más años para su fiel observancia, y dispuesto que sólo después de vencido aquel plazo, se reuniera por el Congreso una gran Convención para examinarla ó reformarla en su totalidad. De manera que hasta 1831 aquel pacto no debía tocarse.

En Venezuela, sin embargo, la Constitución colombiana no gozaba de la aprobación ni del favor popular.

Salió, pues, Guzman para Guayaquil ántes que Bolívar, y conferenció allí con las personas más importantes, acerca del objeto de su misión. El Intendente Mosquera (Tomás Cipriano) que á la sazón no era sino Comandante, promovió una Junta popular que nombró Dictador á Bolívar, autorizándole para convocar

la Convención que acabamos de mencionar.

Cometido este atentado, se embarcó Mosquera, y salió al mar en busca de Bolívar, á quién encontró cerca de la isla Santa Clara. Trasbordóse allí al buque en que éste venía, y dióle cuenta de lo ocurrido.

Bolívar no desaprobó lo hecho ; pero convino con Mosquera en que no le diera noticia de aquel suceso sino en la recepción oficial que le harían al llegar á Guayaquil. Mosquera fué en seguida premiado por él con el grado de coronel efectivo, probablemente en ejercicio ya de la Dictadura, pués por la Constitución vigente tal promoción no podía hacerse sino por el Gobierno, con prévio consentimiento del Senado.

De Guayaquil se dirigió Bolívar á Quito, adonde llegó el 28 de Setiembre, y entró en Bogotá el 14 de Octubre.

La verdad es que esta ciudad se preparaba á hacer una apoteosis á Bolívar, cuando tuvo noticia de su regreso del Perú, pero los sucesos de Guayaquil y otros semejantes ocurridos en el tránsito, produjeron un desconcierto ge-

neral. El recibimiento fué frio y desabrido : pronto lo conoció Bolívar, y olvidándose de la dictadura que venía ejerciendo desde que salió de Guayaquil, prorrumpió en vivas á la Constitución de Colombia al penetrar en las calles de la ciudad. El pueblo respondió entusiasmado : « ¡ Viva el Libertador ! »

Encargóse éste de la Presidencia el 23 de Noviembre y revistiéndose de las facultades extraordinarias que la Constitución le daba, las delegó, durante su ausencia, en el Vice-Presidente Santander, y se puso en marcha para Venezuela en la mañana del 25, llevando consigo de Secretario al de Relaciones Exteriores, José Rafael Revenga.

Cuando salió para Venezuela, los sucesos de Carácas se habían agravado considerablemente. Escalona había sido puesto en posesión del mando en reemplazo de Paez; pero éste, mal aconsejado, en vez de efectuar su viaje á Bogotá donde su presencia habría disipado la tempestad y permitídole regresar triunfalmente á su pátria, optó por la rebelión, solapadamente al principio, y con la visera alzada

poco después. Es lo cierto que retirado Paez á Valencia, nodriza de todas las revoluciones habidas y por haber en Venezuela, sus amigos y partidarios se pusieron en movimiento, y después de emplear por algún tiempo las amenazas, llegaron hasta organizar partidas de bandoleros armados, que de noche atacaban á los vecinos inermes ; csto con el fin de demostrar que sin la autoridad de Paez sería imposible gobernar al país.

Una de estas partidas asesinó el 29 de Abril á tres infelices ciudadanos, arrojó sus cadáveres á las puertas del Ayuntamiento, y cometió todo género de desafueros. Al día siguiente ocurrió una gran asonada de unas mil personas, la cual aclamó á Paez « Jefe militar del Departamento », y todas las autoridades y tropas de la Plaza le reconocieron como tal. Poco después fué proclamado Jefe civil y militar de Venezuela.

Consumó, pues, el general Paez, vencedor y héroe en el campo de Carabobo, el crímen de sedición y defección que fué causa de la ruina de Colombia y de la prematura muerte de Bolívar.

La insurrección de Paez fué secundada en algunas provincias de Venezuela y rechazada en otras. Persistiendo el rebelde general en su propósito de asegurarse en el poder, aprovechó el sentimiento de las localidades, hostil á la Constitución de Cúcuta, y logró que el proyecto de convocar una Convención general se pusiera á la órden del día.

Él mismo hace la siguiente confesión en su auto-biografía : « En hora menguada para mí, « dice, reasumí el mando de que se me había « suspendido tan injustamente, y ya dado el « primer paso, era necesario ser consecuente « con el error cometido. » ¡ El error ! ¡ Modesto nombre dado á tan innecesario crímen !...

Lo cierto es que las Juntas y pronunciamientos se multiplicaron. El Ayuntamiento de Valencia, el mismo que había elevado sus quejas á Bogotá contra el Comandante militar, tuvo que pronunciarse por obra de la coacción y del terror en favor del movimiento. Lo mismo hizo el de Carácas ; y más tarde, una Asamblea popular convocada en dicha ciudad para el 7 de Noviembre y presidida por el

mismo Paez, le autorizó para disponer todo lo relativo á la reunión de un Congreso Constituyente.

En aquella asamblea, el intendente Cristóbal Mendoza, se opuso con tanta energía como elocuencia al pensamiento de proclamar la separación de Venezuela. El ódio que Paez tenía á aquel digno magistrado, se exasperó; Mendoza hizo dimisión de su cargo y pidió pasaporte para el extranjero, y Paez le dió ocho días de término para salir del país.

Cerca de Pamplona recibió Bolívar el decreto en que Paez convocaba el Congreso constituyente para el 15 de Enero de 1827. Poco después, en el tránsito á Maracaibo, supo igualmente que había corrido ya la sangre en Puerto-Cabello, así como en Cumaná, y que su pátria estaba sériamente amenazada de la guerra civil.

Resolvió, pues, someter por la fuerza á los rebeldes. El 16 de Diciembre llegó á Maracaibo ; declaró al Zulia en estado de sitio, y sujetó éste y los demás Departamentos á sus órdenes perentorias y exclusivas, autorizadas

por su Secretario Revenga. El general Urdaneta fué nombrado general en jefe del ejército constitucional.

Al saberse en Venezuela la llegada de Bolívar, la reacción en favor del órden constitucional no se hizo esperar. Torrellas que en Barquisimeto se había levantado en favor de Paez, tuvo que huir, abandonado por sus tropas. El Apure mismo, teatro de sus hazañas, lo desconoció, pronunciándose allí el general Guerrero en favor de la integridad nacional, y gran parte de la provincia de Carácas hizo lo mismo.

El Dr. Peña, autor principal del atentado, fué aprehendido y enviado á Maracaibo.

Monagas organizaba fuerzas en Maturín para apoyar á Bolivar. Bermudez permaneció fiel á sus deberes. No faltaba sino la voz de Bolívar para dar unidad á los movimientos y someter á Paez, quien, desconcertado y confuso, se preparaba en Valencia á resistir con el batallón Anzóategui y un cuerpo de lanceros.

Bolívar había anunciado el 16 de Di-

ciembre por medio de una proclama, su resolución de restablecer el órden. « ¡ Desgraciados de los que desoigan mis palabras y falten á su deber! » decía en aquella proclama: por consiguiente debía esperarse que al llegar á Puerto-Cabello, el 31 de Diciembre, iniciara la campaña contra las fuerzas insurrectas al mando de Paez: la situación no admitía ambigüedades. Era preciso someter á Paez; castigarlo como lo merecía, ó perdonarlo, después de vencido; pero á nadie podía ocurrírsele que ántes de la victoria Bolívar ofreciera el perdón. Esto fué lo que desgraciadamente hizo.

El 1°. de Enero de 1827 proclamó un decreto de amnistia general en favor de todos los revolucionarios; dispuso que su autoridad, como Presidente de Colombia fuera reconocida, y que Paez continuara ejerciendo la autoridad civil y militar, bajo el nombre de Jefe superior de Venezuela.

El general Paez, al recibir en Valencia dicho decreto que daba á su alzamiento una aprobación terminante, lo aceptó con júbilo,

y en el acto reconoció la autoridad del Presidente, anuló sus anteriores decretos sobre elecciones, y mandó que se hiciera á Bolívar una recepción triunfal en el tránsito y en la Capital misma.

Colombia quedó sepultada moralmente aquel día entre las confusas sombras del crímen impune y de una autoridad que acababa de perder para siempre todo su prestigio.

Paez pidió á Bolívar que abriera un proceso sobre su conducta. Bolívar rechazó esta solicitud en términos tan humildes, que es mejor no copiarlos aquí : baste decir que en su respuesta manifiesta que Paez, léjos de ser culpable, era el *Salvador de la Pátria.*

Reconciliados los dos enemigos, salió Bolívar hácia Valencia el 4 de Enero, y en el sitio de la Cumbre, en la sabaneta de Naguanagua encontró á Paez con su séquito. Este se apeó al verle, y lo mismo hizo Bolívar, quién abriendo los brazos recibió en ellos á Paez.

De allí siguieron juntos hasta Valencia, donde Bolívar tuvo que hacer á la pátria el sacrificio del amor propio, tolerando algunas

palabras que se escapaban á los vencedores en la embriaguez del triunfo y de los banquetes con que lo celebraban. Juntos siguieron á Carácas, donde se les hizo un recibimiento más espléndido todavía.

El entusiasmo fué tan frenético, que Bolívar recorrio las calles de la ciudad bajo palio, y seguido de la población en masa. Pronto diremos cuánto tiempo duró el entusiasmo.

¡Cuán cierto es que los prejuicios son perturbadores del sentido moral!... Si Bolívar no hubiera traido del Perú la idea fija de implantar en Colombia la Constitución boliviana que él llamaba su delirio legislativo; y, en cambio, hubiera respetado y hecho respetar la Constitución vigente, ni Paez se habría sublevado, ni perdido él su prestigio juntamente con el de Colombia.

El deseo de anticipar el tiempo de las reformas para establecer aquella Constitución en Colombia, fué uno de los motivos, si nó el principal, de Bolívar para transigir con Paez y colmarlo de honores. No sólo le regaló la rica espada que recibiera en el Perú, como

símbolo de gratitud, y le coronó con las guirnaldas que la Juventud caraqueña le ofreciera el día de su entrada triunfal, sino que todos los cómplices de Paez, ó por lo ménos los principales, fueron premiados con ascensos y empleos, quedando así los amigos leales del régimen legal y del propio Bolívar castigados por su lealtad.

Y esto sucedía á tiempo en que Carácas acababa de ser, pocos días ántes de su llegada, saqueada y ultrajada vilmente por un hombre llamado Farfan, que delegado de Carabaño, agente directo de Paez, con el pretexto de una requisa de caballos que debía hacerse en la ciudad, destacó partidas de bandoleros para allanar las casas, y durante dos días vióse Carácas entregada al pillaje más infame, que los propios soldados de Boves no llegaron nunca á cometer.

Acaso no deba culparse á Bolívar de la debilidad con que en tal ocasión procedía, porque no sólo quiso evitar los horrores de la guerra civil, mas tambien las circunstancias especiales de los países libertados eran verda-

deramente críticas. Hasta se había discutido entre los hombres más prominentes de la revolución el pensamiento de cambiar las instituciones republicanas en monárquicas, y ofrecer la corona á Bolívar, con el fin de procurar así la estabilidad y sosiego que tanto necesitaban las nuevas naciones.

Justo es confesar que él rechazó siempre las ofertas que sus amigos y admiradores le hicieran en aquel sentido. Cuanto se haya dicho en contra de esto, ha sido obra de la ignorancia ó de la perversidad. Bolívar, que ejercía la dictadura, pero rechazando el título de dictador, no podía prestarse á ser Rey de su pátria.

Además, los países gobernados por Bolívar no estaban preparados para recibir ninguna forma de gobierno constitucional, ni la forma republicana siquiera. Las necesidades de la guerra habían impuesto la dictadura. La misma Constitución de Cúcuta la había consagrado en su artículo 128, dando al Presidente facultades extraordinarias de las cuales podía servirse con más facilidad que los monarcas constitu-

cionales. El malestar no dependía pués de las instituciones, sino de la imposibilidad de practicarlas lealmente, y el remedio que se buscaba en el establecimiento de la Monarquía habría resultado inútil de todo punto. Bolívar, dotado de un talento tan extraordinario, no podía hacerse ilusiones en este respecto. Las tuvo muy grandes en su proyecto de Constitución Boliviana; y al fin las habría perdido, como las perdió el Gran Mariscal de Ayacucho que gobernó á Bolivia con aquella Constitución, y se convenció de que sólo daba estabilidad al Gobierno sobre el papel, miéntras que en la práctica le quitaba los medios de hacerla respetar.

La verdad es que no puede culparse á los próceres de aquel tiempo de que, deseando conservar la independencia de los países que á fuerza de sacrificios habían conquistado, pensaran en una nueva forma de gobierno, para alcanzar aquel bien. En este respecto seremos mucho más francos que los demás escritores que se han ocupado en este asunto.

Hemos creido siempre que las instituciones

republicanas, si han de ser lealmente practicadas, exigen la homogeneidad de raza en los pueblos ; cierto grado de instrucción en las masas, una prudente limitación en el sufragio, y la preponderancia de sanas costumbres. Sin esto la república no puede ser una institución protectora de la libertad ni de las demás garantías de los asociados. Existirá en el nombre, pero en el hecho no habrá sino gobiernos disolventes y reaccionarios, ó dictaduras embozadas que representarán por supuesto la ausencia de toda Constitución.

Y tal vez esas dictaduras, honradamente ejercidas, serán las únicas que podrán alejar el peligro que traen consigo las instituciones democráticas, cuando se pretende fundarlas con razas heterogéneas, fatalmente irreconciliables.

Si hubiera sido posible establecer monarquías sólidas en América, nosotros las habríamos aplaudido, y bendeciríamos hoy la memoria de sus fundadores : así demostraríamos que tenemos el valor de arrostrar la impopularidad, que no han tenido la mayor

parte de los hombres notables de nuestra pátria, obligados á cortejar casi siempre las multitudes, á cambio de efímeros empleos y de dudosos triunfos.

Hechas estas salvedades, nos concretaremos á los proyectos de monarquía en Colombia que tanto ruido hicieron desde 1826. Varios historiadores han publicado una carta que Bolívar escribió al general Paez en aquel año, en respuesta á otra que éste le dirigió por conducto del Señor Guzman, proponiendo una monarquía en Colombia.

Es cierto que Guzman fué al Perú, y que de allí regresó á Venezuela en comisión de Bolívar; pero hasta la fecha nadie sabe si Paez hizo realmente tal propuesta, porque la carta no se ha publicado, y se ignora quién la tenga.

El general Paez escribió en su Auto-biografía, lo siguiente (Véase, t. 1.°, pág. 490):

« En años posteriores se ha publicado una carta que dicen me dirigió Bolívar en respuesta de ésta, en la cual se habla de que Colombia no es Francia, ni el Libertador es Napoleon, etc. Dicha carta que no recuerdo haber

recibido nunca, y que no se halla entre los documentos de la vida pública de Bolívar, tiene más visos de un manifiesto á la nación que respuesta á una comunicación privada.

« Hay quien ha escrito que el Señor Antonio Leocadio Guzman fué comisionado por mí para llevar la carta en que se dice que yo proponía al Libertador el establecimiento de una monarquía en Colombia. Afortunadamente, vive aun el Señor Guzman, que se jacta de ser mi enemigo, y á cuyo testimonio apelo, sin embargo, para que diga si yo le entregué la susodicha carta, y si de mi propio peculio ó de la Tesorería de Venezuela recibió jamás fondos para ir en comisión al Perú, donde se hallaba el Libertador, y si su viaje tuvo por objeto proponer á éste algún plan de monarquía. »

El Señor Guzman haría ciertamente un servicio á la historia contemporánea revelando la verdad de lo ocurrido, puesto que ya no existen los actores principales, ni se trata de mancillar su memoria.

No puede negarse que el pensamiento de

establecer monarquías en América fué acariciado por los hombres más prominentes de la revolución, y que entre los amigos más íntimos de Bolívar el proyecto se concretó á ofrecerle la Corona, rechazada siempre por éste con energía y sin vacilar un instante.

Podrá juzgarse de las razones que entónces se alegaban en favor del proyecto, por la siguiente carta dirigida á Bolívar por uno de sus amigos más fieles, el valeroso y honrado general Diego Ybarra á quién aquel distinguió en todas ocasiones con su más acendrado afecto.

. . . .

« Si Usted echa una ojeada sobre el término de las Repúblicas, á excepción de muy pocas, todas ellas han concluido por elevar un trono de hierro, después de haberse despedazado interiormente. La nuestra, compuesta de partes tan heterogéneas y en peor caso que todas las demás, camina á pasos agigantados á un fin mas trágico ; y no veo sinó en Usted el remedio de cortar todos estos males que nos amenazan. Usted no crea que ha hecho nada con haberla

defendido 15 años, si ahora, cuando está haciendo crísis el mal, Vd. no atiende al clamor general y nos abadona sin poner un remedio á tantos males como los que nos amenazan y sin permitir que llegue el caso de que nos comenzémos á degollar, pues todo esto irá solo bajo la responsabilidad de Vd., y Vd. no podrá contestar otra cosa sino lo que me dijo en Guayaquil : « Que no era ya patriota, sino amante de su gloria, » esta respuesta no hará á Vd. honor, ni podrá responder al mundo con ella. Voy á dejar este asunto, porque sería nunca acabar y mi cabeza la tengo un poco débil, y mala todavía de resultas de la caída. El portador de ésta, impondrá á Vd. de todo, todo, y mucho mejor de lo que yo podría hacerlo aun cuando le escribiese más largo de lo que escribió Voltaire : él está muy al cabo de todo, y acaba de ver la gente del país y aún tratar mucha parte de ella, por lo que está más desengañado que nadie.

. . . .

« Adios, mi querido general ; páselo Vd. bien ; no nos deje Vd. naufragar en este mar

revolucionario, y cuente siempre con su invariable amigo que lo ama de corazón, y desespera por darle un abrazo viéndolo coronado. »

D. YBARRA.

Como esta cuestión reaparece más tarde en Colombia bajo la forma oficial, diferiremos el tratarla para cuando llegue el momento oportuno.

XVI

Sea que en la Nueva Granada hubiera causado desagrado la conducta de Bolívar cuando regresó del Perú, ó que el arreglo hecho recientemente con el general Paez en Venezuela fuera motivo de amargas censuras, es lo cierto que en aquel país se aprovechó la ausencia del caudillo venezolano para denigrarle y socabar su autoridad y prestigio. El general Santander, que al principio de la guerra había sido leal á Bolívar, y le servió después con falsia, declaróse al fin su enemigo público. De palabra y por la prensa no perdió desde entónces la ocasión de zaherirle y de hacerle daño.

Á tiempo que los ánimos se exaltaban contra Bolívar en aquel país y se hablaba, sin embargo, de la conveniencia de separarse de Venezuela, ocurrió en Lima un motín militar, protegido secretamente por el Gran Mariscal Santa Cruz, Presidente del Perú. La 3ª división del ejército Colombiano compuesta de 2700 hombres, se sublevó el 26 de Enero de 1827. Los autores de la sublevación fueron el coronel Bustamante, jefe de Estado Mayor de la división, y los oficiales granadinos subalternos que estaban á su servicio. Los jefes y oficiales principales de los cuerpos fueron presos y enviados á Colombia.

El movimiento de Bustamante tuvo por pretexto aparente la defensa de la Constitución colombiana en contraposición de la Boliviana que allí existía, pero en el fondo no había sino el deseo de deshacerse de Bolívar y del ejército auxiliar. Este era el premio que el Perú daba á su benefactor. Acaso era la reacción de las inauditas bajezas que cometieran muchos de sus personajes, prosternándose de rodillas á los piés de Bolívar, después de la victoria de Ayacu-

cho. De pueblos que se entregan á la adulación y á la bajeza, no pueden salir hombres dignos ni agradecidos.

Al saberse en Bogotá lo ocurrido en Lima, los enemigos de Bolívar se dieron prisa á celebrar la noticia, con música y fuegos artificiales en las calles públicas, repiques de campanas y otras ruidosas demostraciones, no siendo la menor de estas, pero si la más vergonzosa, que el Vice-Presidente Santander, olvidándose de su propio decoro y del elevado carácter que revestía, les acompañara personalmente un gran trecho en tan indigna demostración, como prueba de que aprobaba el escandaloso atentado del Perú.

Como el verdadero fin de aquel movimiento no había sido sino destruir la influencia y la obra de Bolívar en el Perú, sirvió después de consumado, para invadir con las mismas tropas los Departamentos del Sur de Colombia con el propósito de desmembrarla y apoderarse además de la provincia de Pasto. Salió, pués la expedición del Callao en el promedio de Marzo con ménos de 2,000 hombres. Una parte

de ella, al mando del coronel Eleizalde, desembarcó en Menta y la otra, á cargo de Bustamante, en Paita.

Guayaquil estaba indefenso ó poco ménos. Cuando se recibió allí la noticia de la invasión, acordóse que el general Flores se trasladara en el acto á Quito á levantar fuerzas. El coronel Mosquera, intendente de la Plaza, apénas tuvo tiempo de refugiarse en unos buques de guerra que estaban en la ría, y de allí salió para Bogotá con la noticia. Una Asamblea popular promovida por la Municipalidad nombró al general Lamar jefe civil y militar del Departamento. El mismo general fué nombrado poco después Presidente del Perú, pués el proditorio plan urdido contra Bolívar, debía realizarse, como había sido convenido.

Cuando pasaba esto en el Sur, se reunió el Congreso de Colombia, y tomando en consideración la renuncia de la Presidencia, que hizo Bolívar desde Carácas, no la aceptó. Tampoco fué aceptada la del Vice-Presidente Santander.

Bolívar, al conocer los pormenores de los

sucesos ocurridos en Guayaquil, y las intrigas que contra su autoridad y contra su propia persona se urdían en Bogotá, resolvió trasladarse á la Nueva Granada, y al efecto envió una división de Puerto-Cabello á Cartagena, otra de Maracaibo á Pamplona, y dictó órdenes para que Páez tuviera dispuestos las demás fuerzas que requeriría la campaña.

Se trasladó á Cartagena en la fragata inglesa *Druída*, surta en la Guaira, puesta á su disposición por Sir A. Cockburn, que poco ántes había llegado á Carácas en comisión diplomática del Gobierno Británico cerca de Bolívar. El 9 de Julio llegó á aquella ciudad, y continuó hacia la capital.

Su presencia en Bogotá bastó para desbaratar los planes de sus enemigos y para inspirar á todos confianza en su autoridad y en sus propósitos. Prestó, como Presidente de la República, el juramento constitucional ante el Congreso, el 10 de Setiembre; visitó en seguida al Vice-Presidente, y terminada la ceremonia oficial, ambos magistrados departieron confidencialmente y aun comieron juntos.

Pero el mal estaba ya consumado, porque Bolívar, considerando imposible conservar la Constitución de Cúcuta, acogió en su arenga ante el Congreso el proyecto de convocar una Convención Nacional, y ésta fué decretada poco después por una ley para reunirse en Ocaña el día 2 Marzo de 1828. De manera que la Constitución Colombiana quedó moralmente muerta desde entonces.

No entra en nuestro plan dar aquí los pormenores de la pacificación del Sur. Bastará decir que el único hombre que allí cumplió con sus deberes como militar y como caballero fué un hijo de Venezuela, el dignísimo general Juan José Flores. No sólo levantó fuerzas en Quito para restablecer la autoridad de Colombia, sino que obrando con la mayor sagacidad, obtuvo que las propias tropas de Bustamante se sublevaran y sometiéranse á su autoridad. Sin las intrigas de Obando, enviado por Santander á Guayaquil, para ponerse al frente de las tropas, y de las órdenes contradictorias que el Gobierno Nacional enviaba al teatro de la guerra, y sin las innúmeras perfidias de los

revoltosos, á quienes Flores, en horror á la guerra civil, ofreció repetidas veces transacciones y arreglos, ora aceptados, ora burlados por ellos, con el único fin de evitar el derramamiento de sangre, Flores habría ocupado mucho antes á Guayaquil. Ocupóla sin embargo con sus tropas el 29 de Setiembre sin resistencia de los enemigos, cuyos principales jefes regresaron al Perú ; de manera que cuando Bolívar se ocupaba en Bogotá en dictar disposiciones para la pacificación de aquellos Departamentos, recibió la fausta nueva de estar ya cumplida á esfuerzos de su digno y leal compatriota el general Flores.

En Venezuela, confiada entonces al mando civil y militar de Paez, ocurrieron ciertas novedades, que por lo pronto causaron alguna inquietud ; pero, felizmente, merced á la actividad con que se procedió, no llegaron á perturbar la paz pública. Una facción organizada en la provincia de Cumaná por Coronado y los Castillos, fué desbaratada en pocas semanas. Otro movimiento que se intentó en Barinas para robar las Arcas públicas fué sofocado.

El motín que ocurrió en Guayana para destituir á varios empleados locales se apaciguó después de ver justificada su obra, y las partidas de bandoleros que desolaban los feraces valles del Tuy, al mando de Cisneros, Herrera y Centeno, no tuvieron mejor suerte. Organizadas éstas en són de reconquista por un teniente coronel español llamado Arizábalo, venido de Puerto-Rico con el carácter de Comandante general de operaciones en Costa Firme, fueron atacadas y dispersas. Una escuadra española que se presentó en las costas de Barlovento con auxilios de todo género para el Comandante de operaciones, no pudo comunicarse con él, que se había refugiado en las montañas, y se retiró.

Cuando Bolívar tuvo noticia del arribo de esta escuadra, creyó que este suceso podría ser el principio de un nuevo plan de reconquista, y para conjurar el mal, salió de Bogotá en dirección de Venezuela. Se detuvo á poco andar, sin embargo, al recibir pliegos de Paez, en los cuales le anunciaba la completa pacificación del país y la retirada de la escuadra española.

En cambio de tan lisonjeras noticias, el general Padilla, comandante de Marina de Cartagena, y rival de Montilla, aprovechando la ausencia de éste, promovió un desórden en la plaza, apoderándose del mando y cometiendo otros excesos. Al saberlo Montilla, que estaba en Turbaco, dió sus órdenes, hizo salir de la plaza las tropas, aglomeró otras, y se preparó para batir al revoltoso. Viéndose éste sin el apoyo de la población, se puso en fuga, y se dirigió á Mompox, desde donde escribió á Bolívar, disculpándose. Pero no estaba contrito, pués allí mismo organizó un alzamiento, y lo habría puesto por obra, si previsor el general Montilla no hubiera enviado á Mompox una fuerza para impedírselo. Despechado Padilla, intentó todavía ensayar una nueva aventura en Cartagena, y penetró furtivamente en la ciudad, pero lo supo Montilla, y haciéndole arrestar lo envió bajo escolta á Bogotá.

En el Perú quedó gobernando el general Santa Cruz, cuando salió la expedición de Bustamante contra Colombia. Como enemigo de Bolívar, lo primero que hizo fué anular la Cons-

titución Boliviana. Poco después le sustituyó en el mando el general Lamar, el faccioso de Guayaquil, quién como era de esperarse, para precaverse de cualquier ataque por el lado de Colombia, situó fuerzas considerables en la frontera, y comenzó á intrigar contra la paz de Bolivia.

Estaba allí Sucre, amigo leal de Bolívar, y estorbo para los peruanos. El plan de ambos generales era muy conocido. Lamar era Colombiano de nacimiento; Santa Cruz había nacido en Bolivia. Necesitaban, pues, para campear en el Perú, la anexión de sus respectivos países, y con este fin se enviaban fuerzas al Sur de Colombia y se promovía la revolución en Bolivia.

Pero antes de hablar de las maquinaciones peruanas y referir el término que tuvieron, volvamos la vista á Bolívar y á la Convención de Ocaña, instalada en dicha ciudad el 3 de Abril de 1828, y compuesta de amigos y enemigos del caudillo venezolano, más que todo, de hombres levantiscos, si bien patriotas ilustrados en su mayor parte.

Bolívar dimitió el mando ante dicha con-

vención, y ésta procedió en seguida á ocuparse en la reforma de la Constitución. Esfuerzo vano, porque los convencionales jamás habrían podido entenderse. No se trataba allí de dar realmente á la República una Constitución vigorosa, basada en los verdaderos principios democráticos, ni de salvar la situación de Colombia, comprometida hasta cierto punto por el espíritu de discordia civil y amagos de guerra por parte del Perú y de España. La cuestión había quedado reducida al estrecho círculo de las personalidades, y era en este terreno que debía librarse la batalla.

Defectuosa, si se quiere, la Constitución de Cúcuta, ella había sido hasta allí el lazo de unión entre los Colombianos. Una vez desautorizada con la instalación de la Convención llamada á reformarla, las consecuencias de la inconsulta medida eran más que evidentes. El país tendría que elegir entre la anarquía y la dictadura.

Se hizo, pués, imposible el acuerdo entre los Convencionales. Santander y sus partidarios sometieron á la consideración de la Asam-

blea un proyecto de Constitución federal, que no fué aceptado por los bolivianos. Á su turno, presentaron estos un contra-proyecto que fué rechazado con grande algazara por los partidarios de Santander. La discusión se envenenó á poco andar; los diputados bolivianos fueron insultados, acaso intimidados, y resolvieron separarse de la Convención y regresar á sus domicilios.

Bolívar, que á la sazón se hallaba en Bucaramanga, no tomó ninguna parte en tal acuerdo, aunque sus enemigos hayan dicho lo contrario. Lejos de esto, desde que tuvo noticia de los desórdenes que ocurrían en el seno de aquella Convención, manifestó su deseo de retirarse á la vida privada en su patria.

Quedó, pués, Colombia sin Gobierno constitucional, por más que algunos creyeran que era posible revivir la Constitución de Cúcuta, y lo grave de la situación contribuyó entonces á precipitar los acontecimientos.

En Bogotá se reunió una numerosa Asamblea de pueblo que desconoció la autoridad de la convención de Ocaña, y acordó darla en toda

plenitud á Bolívar, encargándole del mando supremo de la República. El consejo de Ministros aprobó lo hecho, y lo participó sin pérdida de instantes á Bolívar. Aceptó éste la dictadura, y se puso en camino para Bogotá.

El pronunciamiento de este último punto fué secundado en Colombia por casi todas las ciudades principales, y jefes de más nombradía en la República. Bolívar asumió en Bogotá el carácter de Libertador Presidente, y en ejercicio de la dictadura constituyó un consejo, y ofreció que se convocaría un Congreso constituyente para el 2 de Enero de 1830, con el fin de dotar á la República de una nueva ley fundamental. Entre tanto ordenó que la Constitución de Cúcuta tuviera fuerza y vigor. Las cualidades de los hombres extraordinarios están casi siempre en relación con sus defectos. Todo es grande en ellos : sus errores se resienten de esto mismo. Algunos cometidos por Bolívar en el curso de su gloriosa vida podían justificarse, pero el error en que incurrió aceptando la dictadura fué el más grande y funesto de todos. No podía ocultársele que el

curso de los sucesos y la situación que él mismo había aceptado desde el año anterior, hacían inevitable la disolución de Colombia. Paez no aguardaba sino la ocasión de pronunciarse en Venezuela, con seguridad del buen éxito. En la Nueva Granada, el ódio contra su persona había tomado grandes proporciones; el Perú, podía decirse que lo había proscrito. ¿Con qué elementos contaría entonces para restablecer el prestigio de su autoridad? Si como Presidente constitucional ésta le había sido disputada, porque se le creía poseído de la secreta ambición del mando, ¿cómo la defendería ahora asumiendo el poder dictatorial?

Antes de satisfacer tales preguntas, digamos lo que había ocurrido en Bolivia y en el Perú, como resultado de las maquinaciones de los enemigos que tenía Bolívar en ambos paises. Situado el general Gamarra al frente de un ejército peruano en Puno para acechar á Sucre, había conseguido primeramente que varios batallones se insurreccionaran en la ciudad de la Paz, pero este movimiento no paró sino en la fuga de los principales culpables; pues de las

tropas, unas no insistieron en la rebelión y otras fueron derrotadas y perseguidas. Promovió después un motín en la ciudad de Chuquisaca, en el cual fué herido el general Sucre, que con pocos hombres quiso reprimirlo, y quedó prisionero con sus Ministros, salvándose afortunadamente de tan inminente peligro, por la llegada de varias fuerzas que acudieron en su auxilio. Esto fué causa de que Sucre, imposibilitado para ejercerlo, resignara el mando en su Presidente, y convocara un Consejo.

Finalmente, invadió Gamarra el país con su ejército compuesto de 4,300 hombres, y logró seducir al Presidente Urdininea, celebrando con tan veleidoso magistrado un convenio, en el cual se estipuló que los naturales de Colombia y demás extranjeros existentes en el ejército, evacuarían en muy corto plazo el territorio de Bolivia; que se reuniría un congreso compuesto delos que formaron el Constituyente para admitir la renuncia que el general Sucre haría de la Presidencia, y nombrar un Gobierno provisional que se encargara de la administración del país.

Las tropas colombianas, en virtud de lo estipulado, salieron de Bolivia y llegaron á Guayaquil. El general Sucre, deseoso de alejarse de allí cuanto antes, no esperó la instalación del Congreso, sino que entregó á algunos de sus miembros su renuncia y se dirigió á su pátria. Así desapareció la honrada influencia de Sucre y del ejército Colombiano en aquel país. Causa asombro que todavía no haya surgido en aquella venturosa tierra algún patriota que proponga la sustitución del nombre *Bolivia*, que con tan poca gloria lleva, por otro más en consonancia con su situación actual y con sus costumbres...

Los ultrajes que el Perú infirió á Colombia habían inducido á Bolívar á declarar la guerra á aquel país, que la aceptó, autorizando al Presidente Lamar para mandar en persona las tropas. El Perú tenía en esta guerra una señalada ventaja, pues contaba con la simpatía y protección secreta del partido liberal en Colombia, es decir, del partido hostil á Bolívar.

El Perú precipitó en consecuencia su agresión contra Colombia, enviando hacia Guaya-

quil una escuadrilla compuesta de cinco buques, y á la frontera un ejército de ocupación de 4,000 hombres, que se elevaría al duplo cuando llegaran las fuerzas con que Gamarra había ocupado á Bolivia.

La escuadrilla no sólo penetró en la ría de Guayaquil, sino que cañoneó la plaza y estableció un riguroso bloqueo, apoderándose de los productos de la Aduana. La resistencia era inútil, porque allí no tenía Colombia marina que oponer á la peruana, habiéndose pasado á ésta la corbeta Colombiana « *Pichincha*, » dando por pretexto los traidores que la montaban, que el Perú les pagaría mejor. Además, el ejército de Lamar había penetrado ya en las provincias de Loja y Cuenca, y lo que es más grave todavía, los coroneles Colombianos Obando y López se habían pronunciado en Popayán contra el Gobierno de Bolívar, sin duda alguna en connivencia con los peruanos, atento á que aquel pronunciamiento fué anunciado y comentado por la prensa de Lima horas antes de ejecutarse.

Cuando este suceso ocurrió, algo más triste

y desgarrador acababa de acontecer en el corazón de Colombia ; algo que omitiríamos en esta relación si nuestro deber no nos lo impidiera.

XVII

Cuando Bolívar aceptó la dictadura, los enemigos del « Libertador » se exasperaron y decidieron matarlo. La efervescencia de los ánimos había llegado á su colmo y las pasiones se desbordaban ruidosamente.

Tan criminal proyecto fué concebido no por asesinos vulgares, sino por hombres de cierta importancia política y militar, y por varios jóvenes de los más cultos é ilustrados que la sociedad granadina tenía en aquel tiempo.

El general Santander era el verdadero jefe de la propaganda contra Bolívar, y naturalmente no ignoraba el proyecto; pero es justo

confesar que combatió siempre el pensamiento del asesinato. El plan de Santander era destituir á Bolívar por medio de contra-pronunciamientos que se efectuaran en el país, del mismo modo que los que le invistieron de la dictadura; pero no aprobó la idea de atentar contra su vida.

Y esto mismo no lo aceptaba Santander sino á condición de que se realizara después de su separación de Colombia, que debía efectuarse sin demora; porque Bolívar, probablemente para deshacerse de un modo honroso de su rival, le había nombrado enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Colombia en Washington; y Santander, que conocía su embarazosa posición, había aceptado aquel nombramiento.

Los conjurados habían resuelto no ejecutar el proyecto sino el 28 de Octubre, día de San Simón, porque contaban que para esa fecha se habría ido ya Santander, y que con motivo de la celebración del Santo de Bolívar sería asequible la entrada en su casa, y más fácil, por consiguiente, la ejecución del proyecto.

Ocurrió, sin embargo, un suceso inesperado que les obligó á proceder mucho antes de aquel día, y fué que el capitán Triana, uno de los conjurados, fué reducido á prisión en la tarde del 25 de Setiembre por delación del teniente Salazar, á quien acababa de invitar á que entrara en la conspiración.

Efectuada esta prisión, temieron los cómplices de Triana que se descubriera el proyecto, y no perdieron tiempo en ponerlo por obra aquella misma noche.

Á la sazón guarnecían á Bogotá el batallón Vargas, fuerte de 700 plazas, al mando de jefes y oficiales Venezolanos, admiradores de Bolívar; el regimiento Granaderos montados, también de venezolanos, y media brigada de artilleros, compuesta de granadinos. Los conjurados contaban solamente con esta última pequeña fuerza.

Cuando Santander tuvo noticia de que el crímen iba á cometerse, ni pudo impedirlo, ni mucho ménos denunciarlo. Resolvió, pues, pasar la noche en casa de su hermana.

Los conjurados, reunidos en la casa de Var-

gas Tejada hasta las once y cuarto de la noche, bien armados y convenidos en el plan de ataque, salieron á dicha hora...........; ¡la más ciega pasión les conducía!

En el grupo iban Carujo, Vargas Tejada, Florentino González, Horment, Zulaivar, López y otros. En el cuartel de Granaderos estaba preso desde que Montilla lo envió de Cartagena, el valeroso general Padilla. Ignoraba éste el proyecto; pero los conjurados, conociendo sus resentimientos contra Bolívar, no dudaron que libertándolo de la prisión, se pondría al frente de las tropas.

El ataque empezó por el palacio en que dormía Bolívar. Sorprenden allí la guardia; matan á puñaladas cuatro centinelas, penetran en las habitaciones, hieren gravemente al animoso edecán de servicio Ibarra (Andrés) que pretende oponérseles, y á los gritos de « ¡Viva la libertad! » « ¡Muera el tirano! » llegan hasta la propia estancia de Bolívar.

Este, que al oir la algazara pretendió salir, armado de su espada, desistió del propósito porque su querida, que le acompañaba en la

noche de aquel trance, haciéndole comprender la inutilidad del sacrificio, le ayudó á descolgarse por el balcón, y ya en la calle, corrió Bolívar en dirección del cuartel de Vargas.

Hecho ésto, la Sáenz abrió la puerta, y mostrando á los conjurados la desierta estancia, les aseguró que Bolívar, avisado de la conspiración, dormía esa noche en la casa de un amigo.

Bolívar, á poco de haberse arrojado por el balcón, tuvo la fortuna de hallar á un criado suyo de toda confianza, que se recogió tarde esa noche, y que al conocerlo, se le incorporó. Muy útil le fué tan fiel compañero, porque con su auxilio pudo arrojarse en la hondonada del puente del Carmen, á tiempo que se cruzaban los fuegos del batallón Vargas con los de artilleros. Allí se guareció mientras se conocía el resultado.

Para entonces, el capitán Silva había atacado con la brigada de artillería, pero sin éxito alguno, el cuartel de Vargas y Carujo; que venía en retirada del palacio de Bolívar, había matado de un pistoletazo á su íntimo amigo el

coronel Fergusson, edecán de Bolívar, que yendo en auxilio de su jefe, é ignorante de lo que pasaba, le preguntó qué novedad ocurría.

El batallón Vargas salió en persecución de los artilleros; estos se pusieron en retirada, cubriéndola con sus fuegos en las calles de la ciudad. Antes de salir de su cuartel para atacar el de Vargas, dos oficiales con un piquete, saltando una pared, penetraron en la casa donde estaba preso el general Padilla, y sorprendiendo y desarmando la guardia, pusieron preso al coronel José Bolívar, jefe encargado de la custodia.

Obligado Padilla á salir con el coronel Bolívar á la calle, donde le esperaba otro piquete de artilleros, para ponerse á sus órdenes, se resistió á acompañarlos, exigiendo que se le restituyera á su prisión pocos instantes después.

En tal estado, que se hizo crítico por la aproximación de las fuerzas de Vargas en persecución de los artilleros, mataron estos de un pistoletazo al coronel Bolívar, y dieron la

espada del muerto á Padilla, dejándolo solo en el puesto. Saltó éste la misma pared que antes saltaron los artilleros, y se introdujo en su prisión, pero cometiendo la imprudencia de llevar consigo la espada ensangrentada.

Entre tanto Bolívar y su fiel criado permanecieron ocultos más de tres horas bajo el puente. De vez en cuando, algunas partidas del batallón Vargas que recorrian las calles, gritaban « ¡Viva el Libertador! » pero éste no se presentaba temeroso de que aquel grito fuera una treta para descubrirlo. Al fin, repitiéndose los vivas, acercóse cautelosamente el criado á una pared, por orden de Bolívar, á ver quiénes eran los que pasaban; y conociendo al comandante Espina y al teniente Fominaya, edecán del general Córdova, supo en el acto lo ocurrido.

El historiador Posada Gutiérrez, cuya narración nos parece la más imparcial de las que hemos leído, dice que Bolívar, maltrecho casi sin poder articular palabra, montó en el caballo de Espina, y se dirigió en seguida á la plaza, donde fué recibido con tal entusiasmo que, á punto de desmayarse, dijo con voz

conmovida : « ¿Queréis matarme de gozo, ya que no he muerto de dolor? »

En efecto, aquellas horas fueron las más amargas que pasó durante su vida, y fácil es comprender cuál no sería su dolor al verse refugiado bajo un puente en las altas horas de la noche, apénas vestido, dentro del agua, ignorando lo que pasaba, puesto que sólo sabía, en aquellas mortales horas, que sus grandes servicios á la patria habían sido desconocidos, ¡hasta el punto de buscarle para asesinarlo !.....

Bolívar regresó al palacio á las cuatro de la mañana, é hizo llamar en el acto al Presidente del Consejo Castillo Rada, para que lo convocara inmediatamente, á fin de que este cuerpo se encargara, por renuncia suya, de la autoridad que los pueblos le habían confiado, y se promulgara al mismo tiempo un indulto en favor de los conjurados, á quienes no quería conocer. Agregó que estaba decidido á partirse del país.

¡ Cuán noble fué Bolívar en aquel momento ! ¡César le habría envidiado ! Desgraciadamente

no perseveró en su generosa resolución, porque el general Urdaneta, Córdova y los jefes de las tropas, y otros personajes que en tales ocasiones recetan patíbulas para demostrar los quilates de su lealtad, se presentaron en cuerpo ante Bolívar apénas supieron cuál era su resolución, y lograron influir en su ánimo, hasta hacerle variar. ¡ Error funesto, del cual se arrepintieron los mismos que lo habían aconsejado !

Catorce individuos fueron pasados por las armas, entre ellos cinco sargentos de la brigada de artillería. Al general Padilla y al coronel Guerra se les exhibió en una horca después de fusilados, y Azüero, joven distinguidísimo, fué pasado por las armas.

La exhibición de los cadáveres de los dos jefes nombrados produjo malísima impresión, y fué un alarde de crueldad, indigno del noble carácter americano.

Santander, condenado á muerte, obtuvo por recomendación del Consejo de Estado que se le conmutara la pena por la de destierro. Igual suerte cupo á Florentino González, joven de

23 años, que tan brillantes servicios prestó después á su patria. El comandante Carujo salvó la vida á cambio de delaciones que le infamaron, y el distinguido joven Vargas Tejada, huyendo hacia Casanare, se ahogó al pasar un río.

Este fué el triste desenlace de la conjuración del 25 de Setiembre. Por grande que sea el horror que inspire tan injustificable crimen, la posteridad cubrirá con el manto de su compasiva indulgencia la memoria de algunos de los que en aquella infausta noche asumieron el carácter de asesinos. Más que ésto, fueron fanáticos y víctimas de sus propios errores, como lo reconocieron después. Ésta ha sido, á lo menos, la opinión de su propia patria, que honró más tarde á los que sobrevivieron con altos empleos, y á algunos de los muertos, con la erección de estatuas.

Por supuesto, no merecen tan piadosas indulgencias los advenedizos que tomaron parte en la comisión de aquel crimen, ni los que por realistas carecían de motivo para inquietarse por las opiniones de Bolívar.

Refiramos para completar la relación de este desgraciado asunto, un episodio que ocurrió aquella noche con el general Córdova, y que fué tal vez causa del levantamiento y muerte de tan heróico soldado. Córdova había dado grandes pruebas de fidelidad á Bolívar. En la Asamblea que le proclamó Dictador, Córdova fué uno de sus más fervorosos partidarios, y aun poco faltó para irse á vías de hecho contra el Dr. Juan Vargas, partidario de Santander. Al oir los cañonazos y las descargas de fusilería durante la noche, Córdova salió de su casa á caballo en dirección de la plaza, como lo hicieron los demás amigos de Bolívar, los generales París, Vélez, Herrera y otros. En el tránsito encontró á Carujo, que acababa de matar á Fergusson; y habiéndole dirigido una pregunta igual á la que le hizo éste, Carujo le hizo creer que venía replegándose, porque las tropas de Vargas se habían insurreccionado. Á tiempo que esto pasaba, llegó una compañía de Vargas, haciendo fuego sobre la fuerza de Carujo, al grito de « *¿ Quién vive ?* ». Córdova, comprendiendo su engaño,

contestó, « ¡ Viva el Libertador ! » Carujo desapareció, y los de Vargas acompañados por Córdova siguieron á la plaza. Pero el incidente sirvió de pretexto para que la calumnia se cebara en su nombre, precipitándole más tarde en la rebelión.

XVIII

Fué consecuencia de la conjuración del 25 de Setiembre el levantamiento de los coroneles Obando y López en Popayán, desconociendo la autoridad de Bolívar. De manera que existían por el momento dos peligros en Colombia, la insurrección mencionada y la guerra del Perú.

Bolívar, á pesar de sentirse muy afectado por el aciago acontecimiento de Bogotá, se ocupó sériamente en los asuntos del Sur y organizó en pocos días una división de 1,500 hombres, que al mando del general Córdova

fué enviada en persecución de los dos insurrectos coroneles.

Él mismo resolvió pasar en persona al Sur, y en efecto salió para Popayán el 28 de Diciembre, dejando antes expedido el decreto en que se convocaba el Congreso constituyente de Colombia para el 2 de Enero de 1830.

Á la fecha, una de sus grandes medidas había sido encargar á Sucre el mando civil y militar de aquellos departamentos para organizar en ellos un ejército que oponer á las fuerzas invasoras del Perú al mando del general Lamar. Pensamiento muy acertado fué encomendar la defensa del Sur de Colombia á Sucre y á Flores, generales ambos valerosos é inteligentes que, sin duda alguna, destruirían el ejército del presuntuoso Lamar.

Modesto y generoso Sucre, é inspirado por Bolívar, propuso al peruano un arreglo honroso, que no fué aceptado, porque envanecido Lamar con la posesión de Guayaquil, con la superioridad de su ejército, y con el auxilio moral que le procuraba la insurrección de Popayán, hizo exigencias más que ridículas,

y aun intentó un movimiento secreto sobre Cuenca, que fracasó, recibiendo así en el pueblo de Saraguro la primera derrota en una sorpresa que le hizo Flores, y que le obligó á huir para salvarse.

Á pesar de esto, el ejército peruano era superior al de Colombia, pero esta superioridad no arredró á Sucre, que le buscó para destruirlo en una acción más formal, encontrándole al fin en el Portete de Tarqui.

Trabóse allí la batalla, y los peruanos fueron completamente derrotados, dejando el campo sembrado de cadáveres, y entre muertos, heridos y prisioneros 2,500 hombres, con 60 jefes y oficiales, en tanto que la pérdida de los colombianos fué apénas de 300.

Sucre, generoso siempre é inspirado en el amor que tenía al país que había redimido con su espada, ofreció á Lamar una capitulación que éste aceptó el 28 de Febrero en Girón.

Antes de proseguir en los términos de este convenio, digamos que Sucre, entusiasmado con el valor y pericia que desplegaran en aquella jornada el general Flores y el coronel

O'Leary, concedió al primero el grado de general de división, y al segundo el de general de brigada, ascensos ambos muy merecidos. Ordenó, además, que se erigiera una columna en el campo de batalla para conmemorar los nombres de los cuerpos de tropa y de los jefes y oficiales que combatieron aquel día. Este monumento debía tener en el lado del campo enemigo la siguiente inscripción incrustada en letras de oro : « El ejército peruano de « 8,000 soldados que invadió la tierra de sus « libertadores, fué vencido por 4,000 bravos « de Colombia el 27 de Febrero de 1829. »

Obligóse Lamar por la capitulación, entre otras cosas menos importantes, á entregar á Colombia la corbeta *Pichincha*, á devolver la ciudad de Guayaquil y á nombrar plenipotenciarios que, unidos á los de Colombia, celebraran en el mes de Mayo siguiente el tratado definitivo de paz. Convenido ésto, se retiraron á su patria llevándose apenas la tercera parte de las fuerzas con que invadieran á Colombia.

Á tiempo que Sucre obtenía tales triunfos, otros no menores alcanzaba Bolívar sobre los

insurrectos de Pasto, al mando de Obando y López. Envióles comisionados excitándoles á la concordia, y al fin se sometieron, convencidos de su propia impotencia; pues si bien es cierto que resistiendo habrían impedido á Bolívar el paso hacia el Sur que tanto le inquietaba porque aún no conocía los triunfos de Sucre, una vez que el enemigo extranjero había sido vencido, la derrota de aquellos facciosos no se habría hecho esperar.

En virtud de ésta capitulación pudo llegar Bolívar á Quito en la tarde del 17 de Marzo. Allí le recibió Sucre, y ambos se abrazaron en medio de la más profunda emoción.

Narremos ahora la parte grotesca de la guerra peruana. El general Lamar apenas se vió fuera del alcance de las tropas colombianas, pasó una nota á Sucre quejándose de haber decretado la erección de un monumento tan deshonroso para el Perú; afrenta que éste no podía soportar, y en consecuencia pedía la revocación de dicho decreto, anunciando que si no se accedía á su solicitud, se resistiría á devolver la ciudad de Guayaquil y á cumplir

las demás cláusulas del convenio de Girón; y poniendo por obra la amenaza se preparó de nuevo á la guerra, reforzando á Guayaquil y autorizando otros actos de hostilidad.

Bolívar aceptó con dolor la prosecución de la guerra, pero decidido á emplear antes los medios conciliatorios; y de esto trataba cuando un acontecimiento inesperado la hizo innecesaria. Aunque el Gobierno de Lima había aprobado la conducta de Lamar, la guerra era impopular en el Perú, y el orgullo nacional excitado con la derrota de Tarquí, no podía tolerar que aquel Colombiano continuara ejerciendo la Presidencia, una vez que el éxito no había coronado sus aventuras.

Ocurrió, pues, una revolución militar en el Perú al mando del general Gutiérrez de Lafuente; y el Presidente en campaña fué destituído y reemplazado poco después por el gran mariscal Gamarra, nombrado provisionalmento por el Congreso, que Lafuente convocó durante el corto período de su dictadura.

El nuevo Gobierno peruano se apresuró á hacer la paz con Colombia, y el tratado defini-

tivo quedó firmado en Setiembre de 1829. La ciudad de Guayaquil fué devuelta á Colombia, y las relaciones entre ambos países volvieron á ser cordiales. Lamár fué expulsado del Perú y embarcado para Costa-Rica, donde murió algún tiempo después, probablemente de tristeza.

Apenas se había restablecido Bolívar de la grave enfermedad que padeciera en esta campaña, y que casi le puso á las puertas del sepulcro, por la imprudencia de haberla emprendido en la estación de las lluvias, y en un país azotado por las fiebres, cuando tuvo el dolor de saber que el general Córdova, con una fuerza insignificante, se había sublevado en Medellin, desconociendo su autoridad.

El levantamiento de Córdova, jefe éste que fué, sin duda, uno de los más fervorosos admiradores de Bolívar, no puede explicarse sino por las intrigas que contra él pusiera en juego, de largo tiempo atrás, el coronel Tomás Cipriano de Mosquera, á la sazón general. No entra, sin embargo, en nuestro plan mencionar aquí los pormenores de la enemistad de ambos jefes.

Bastará decir que era Córdova un jóven pundonoroso, de temerario valor y con cierto talento natural que cultivaba con esmero. Aspiraba él, como todos los de su posición, al renombre histórico, y calumniado sin razón de infiel á Bolívar desde la aciaga noche del 25 de Setiembre, había sido víctima posteriormente de tantas acusaciones indignas, que al fin el ánimo de Bolívar se predispuso, aunque sin justo motivo, contra él, y Córdova se lanzó por despecho en el camino de la rebelión.

Sea de esto lo que fuere, el general O'Leary recibió la órden de batir al insurgente, y no lo efectuó sin haberle dirigido ántes las más generosas proposiciones de arreglo. Apenas tenía Córdova 400 reclutas, en tanto que O'Leary traía consigo una columna de 800 veteranos. Córdova, empero, no aceptó ningún arreglo : « Es imposible vencer, » le dijo el enviado de O'Leary. « ¡ Pero no es imposible morir !... » replicó el insurrecto, y probó más tarde que tales palabras, pronunciadas por un hombre de tan gran corazón, no eran mero alarde de valor.

Dióse el combate, y por supuesto, en él quedó vencido Córdova. En vano desplegó su admirable valor aquel día; en vano peleó con temeridad inaudita al lado de sus compañeros. Las tropas de O'Leary le derrotaron, y Córdova, al verse casi solo, se refugió apenas con 20 hombres en una casa inmediata, en la cual continuó defendiéndose, aunque herido. Atacado allí de órden de O'Leary hasta rendirlo, por una fuerza al mando de Castelli y de Ruperto Hand, que procedía de la escoria social de Irlanda, no quiso entregarse. La fuerza penetró, y Hand acabó de matarlo de dos sablazos.

Así concluyó sus días uno de los vencedores en Pichincha y Ayacucho.

Cuando O'Leary, noble oficial y perfecto caballero, tuvo noticia de la indigna acción de Hand, á quien despreciaba, porque con frecuencia estaba ébrio, lo separó de la división.

Bolívar recibió la noticia de este triste suceso en el tránsito de Guayaquil á Bogotá, y condolido de la infausta suerte de Córdova,

indultó á todos sus parientes y amigos, complicados en el alzamiento.

Entre tanto había llegado á Bogotá, como ántes llegara á Carácas el Señor de Bresson, enviado del Gobierno francés, en compañía del duque de Montebello, que no llevaba misión alguna para examinar el estado de las cosas, y decidir si Francia podría entrar decorosamente en relaciones diplomáticas con el nuevo país. Hizo el enviado francés el día de su recepción un discurso, al final del cual manifestó que los votos de su Gobierno eran por la tranquilidad de Colombia, por el restablecimiento y consolidación de instituciones libres y fuertes que dieran á la Europa garantías de que el órden público se conservaría en los nuevos países de América.

Como el Congreso constituyente estaba en vísperas de reunirse, y la cuestión de la monarquía surgía de nuevo, por una imprudencia de Bolívar que referiremos después, varios diputados preguntaron confidencialmente al enviado francés, si Cárlos X recibiría con gusto la exaltación de un príncipe de su

familia al trono de Colombia. Excusóse de contestar el enviado, falto de instrucciones, pero aplaudió el proyecto y hasta ofreció apoyarlo con su influencia. Pero en la entrevista oficial que tuvo con el Gobierno de Colombia se limitó al asunto de sus instrucciones, lo cual desconcertó mucho á los miembros del Consejo, que unánimemente apoyaban el proyecto de monarquía. Eran miembros de este Consejo, Castillo Rada, Urdaneta, Restrepo, Vergara y Tanco.

Bolívar había tenido la culpa de que esta cuestion se pusiera otra vez sobre el tapete, aunque con la más sana intención, porque creyéndose muy grave en su reciente enfermedad, y acongojado por la incertidumbre del porvenir de Colombia, dictó una circular, excitando á los principales Colombianos á que se pronunciarán libremente por la forma de Gobierno y constitución que el próximo Congreso debiera promulgar. Este acto tan sano y honroso en sí mismo, despertó las ambiciones, y fué causa de que muchos amigos de Bolívar pensaran de nuevo en el estable-

cimiento de una monarquía en Colombia.

Y fué lo más original que el consejo de Bogotá hizo imprudentes negociaciones con los enviados de Francia é Inglaterra, y se creyó burlado por Bolívar cuando éste le notificó en carta escrita desde Popayán en 22 de Noviembre, su más abierta desaprobación á todo lo hecho. Se quejaban los del consejo de que Bolívar, instruido á tiempo de aquellas negociaciones, no les hubiera hablado francamente desde el principio.

Esto mismo tuvo que hacer con los comisionados que de varios puntos de Colombia le llegaron, y muy particularmente con el que envió Paez desde Venezuela. De manera, que nadie tendría derecho para atribuir á Bolívar el designio de fundar una monarquía en su patria, ni mucho ménos el de ambicionar para sí una corona. Lo único cierto fué que, agotado ya por el sufrimiento y desengaños, decaido en su salud y temiendo á cada instante que su gloria, su muy legítima, gloria se eclipsara en el tempestuoso cielo de Colombia, no tuvo el valor necesario para retirarse á

tiempo y dejar á otros la ingrata tarea de destruir el fruto de la abnegación y del sacrificio.

Bolívar llegó á Bogotá el 15 de Enero de 1830. La entrada, aunque muy concurrida, fué triste. Copiemos aquí el testimonio de Posada Gutierrez, uno de sus más leales historiógrafos. « Cuando Bolívar se presentó, yo ví algunas lágrimas derramarse. Pálido, extenuado ; sus ojos, tan brillantes y expresivos en sus bellos días, ya apagados ; su voz honda, apenas perceptible ; los perfiles de su rostro, todo en fin anunciaba en él, excitando una vehemente simpatía, la próxima disolución del cuerpo, y el cercano principio de la vida inmortal. »

Bolívar dirigió al Congreso una notable exposición en que brillan los sentimientos de su noble alma, é hizo dimisión de su cargo, en concepto nuestro, de la manera más leal y decidida. La vida de Colombia iba á extinguirse al mismo tiempo que la de su fundador.

Faltaba, sin embargo, otra coincidencia, quizas la más dolorosa, que ya iba á realizarse.

Era la pátria quien debía proscribir á su

propio hijo, echarlo del regazo doméstico, maldecirlo y abofetearlo... Esta triste misión estaba encomendada al general Paez, que la llenó cumplidamente y á satisfacción de sus admiradores...

Es lo cierto que Carácas, patria del héroe, fué la primera en pedir desde el 24 de Noviembre, en una numerosa asamblea presidida por Arismendi, que se desconociera la autoridad de Bolívar, que se proclamara la disolución de Colombia y se nombrara á Paez como jefe supremo de Venezuela, mientras una Convención que al efecto se convocaría, proveyera lo conveniente.

La comisión nombrada por la asemblea de Carácas, y compuesta de Fortique, Alfonzo y Guzman se presentó á Paez, en Valencia. No aceptó éste por el momento la autoridad; tal vez por recordar las escenas de 1827; pero pasada la primera sombra del remordimiento, aprobó lo hecho, aceptando la dictadura. Quedó, pues, consumada la separación de Venezuela. Si allí se hubiera detenido la revolución, habría sido fecunda tal vez, porque, con

la disolución de Colombia, hecha de modo conveniente, cada país se hubiera constituido pacíficamente sin sembrar, al separarse, el gérmen de nuevas é infecundas discordias. Pero esto no satisfacía á las pasiones de aquel tiempo. Era preciso sacrificar á Bolívar, y seguir después invocando su nombre para otros propósitos...

El Congreso colombiano no aceptó la renuncia, y le suplicó que continuara al frente del Gobierno, á lo menos hasta que fuera proclamada la nueva constitución. Bolívar accedió; pero no era el poder lo que quedaba en sus manos, sino su sombra engañadora. El triste drama se acercaba ya á su desenlace.

Al saber Bolívar lo ocurrido, pensó en ir á Venezuela para tener una entrevista con Paez, en la que pudieran entenderse; pero el Congreso, haciéndole desistir de tal pensamiento, nombró á dos de sus miembros, el gran Mariscal de Ayacucho y el obispo de Santa Marta, para llenar aquel fin.

Digamos antes de proseguir, algo que interesa á la moralidad de la historia. Paez pu-

blicó en su auto-biografía várias cartas que dirigió á Bolívar. Hay, sin embargo, una que no fué publicada, y cuyo original está en poder nuestro. Esta carta desvanece todas las sombras ; la historia se encargará de comentarla.

Dijimos antes que el acta revolucionaria de Carácas, desconociendo á Bolívar, había sido firmada el 24 de Noviembre. Ocho días antes, con fecha 16, escribió Paez la siguiente carta á su querido general y amigo. Héla aquí.

PAEZ Á BOLÍVAR.

Valencia 16 de Noviembre 1829.

A. S. E. el Libertador presidente Simón Bolívar, etc.

MI QUERIDO GENERAL Y AMIGO,

Ya le he manifestado en mis anteriores el motivo que hubo para que hubiesen pasado algunos correos sin que hubiese recibido carta mia, de lo que se queja en su muy apreciada de 5 de Setiembre que tengo á la vista.

Á muchos he oido discurrir aquí acerca de la utilidad que resultaría á Colombia de que V. se acercase al Congreso Constituyente que ha de reunirse en Bogotá, é inspirando confianza á los representantes, les ayudase

con sus consejos, hijos de la experiencia, á afianzarnos la dicha de un Gobierno estable. Si todos se persuadieran tanto como yo de la sinceridad con que V. desea el bien: si la calumnia no asestara sus tiros sobre la reputación más bien establecida: si la infamia no se complaciera en acercarse á lo ménos á los más grandes héroes, no dudaría yo un instante en pensar del mismo modo, pues estoy cierto que Colombia sacaría de esa operación todos los frutos y ventajas que debe esperar de su creador, de su padre, y del hombre de quien ha recibido cuantos beneficios está poseyendo. Vd. parece nacido para colocarse en posiciones peligrosas, y yo, aunque mucho inferior y en mi corto alcance, para ser compañero de su destino. Vd. está colocado entre la fuerza del deber, y el poder de la calumnia: deberia Vd. hacer cuanto crea útil para la patria, sin temer á las pasiones, dejando á la posteridad la absolución ó condenación de su conducta: el poder de las pasiones dura poco, el de la virtud es tan eterno como el de la razón y la justicia. Cuando sus obras sean meditadas con la calma de la reflexión, entonces el nombre de Bolívar atraerá las bendiciones de todos los corazones tiernos, de los hombres justos, y entonces vendrán á conocer que Vd. sirvió para la patria y se sacrificó por ella.

Los consejos de Vd. desde tanta distancia, serán siempre traicionados; los creerán unos, los interpretarán mal otros, cada cual los verá conforme á sus sentimientos, y procurará encontrar en ellos, ó el acierto de sus ideas ó el fundamento para ejercitar su mordacidad. Con todo, Vd. no podrá menos de darlos, porque ¿cómo podría su silencio ser excusado, mucho menos absuelto en momentos de tanta importancia? ¿cómo podría ser

justo que nosotros perdiésemos la masa de razón y de experiencia que Vd. ha conseguido en tantos años de ilustres servicios hechos á su patria? Vd. que ha tocado todos los males, y que ha estado luchando con los obstáculos de la administración, está obligado en conciencia y en justicia á indicar la senda de nuestra prosperidad, aun cuando la impostura quiera armarse contra la buena fé, porque Vd. es el único que posee todos los secretos de la revolución.

Mi situación no es menos penosa; las cuestiones sobre forma de gobierno han comenzado á tratarse por los ciudadanos: las novedades políticas siempre causan sus alarmas, y éstas, por sus consecuencias, no han dejado de causar bastante inquietud: yo he creido que lo mejor era no sofocar el torrente de los primeros movimientos, sino sostener con mano fuerte el Gobierno, según la organización actual, y esperar que la reflexión rectifique las ideas y domine las animosidades. Sin entrar en partidos, sin profesar ninguna opinión, con el carácter de un jefe y de un soldado, me he presentado cumpliendo las órdenes que tengo, y protegiendo la marcha de la administración pública: mi silencio no ha dejado de dar lugar á siniestras interpretaciones; alguna parte del pueblo desconfía de mí, porque me considera muy amigo de Vd. y algunos amigos de Vd. me consideran su enemigo, porque yo no hago todo lo que ellos quisieran. ¡Qué trabajo, general, gobernar en un gobierno naciente, y un gobierno tal, en que el Jefe está al alcance de todos! Aun en mi pequeño círculo me arrebata también la calumnia y despedaza en las aires mi reputación, con más facilidad que el águila juega y despedaza con sus garras la presa. Miserable de mí, ni tengo los recursos

mentales de Vd. ni los medios políticos para sostenerme; estoy ahora colocado en la crísis más pelígrosa y enfadosa que he tenido en mi vida: ántes estaba mortificado con el mando, ahora estoy renegando. Sólo me queda un consuelo y un firme apoyo, que es la amistad de Vd. estoy cierto que nunca la perderé, porque hago cuanto está de mi parte para merecerla. Si Vd. ha de morir en la Cruz como Jesucristo, espero que á lo menos me haga á mí la promesa que él hizo al buen ladrón, de que aquel mismo día estaría con él en el Paraíso, aunque las dos tengamos que bajar primero á los infiernos á resucitar los cuerpos de Jiraldot, Cedeño, Plaza y todos los santos patriarcas de la revolución, que tomen venganza de todos los ultrajes que se nos hagan. Á Vd. no le será posible separarse del mando: será llevado á la silla del Gobierno con violencia, porque su nombre está identificado con Colombia; pero yo debo ya descansar, y le pido y le repito, que cualquiera que sea el desenlace del Congreso constituyente después de su reunión, me quite esta carga, y me deje sólo dos placeres, el primero sea considerarme su mejor amigo, y el segundo poner en ejecución lo que antes de ahora, en mi carta de 21 de Junio de este año le tengo ofrecido y es, poner á su disposición todas mis propiedades y acompañarle en su suerte. Si estos solos bienes me quedan, estoy contento con Vd. y con la patria; con ésta, porque me ha recompensado más de lo que yo merezco, y con Vd. porque tengo la amistad que más he anhelado en el curso de mi vida: compañero en las armas y compañero en su suerte, quedarán mis deseos enteramente satisfechos, y la posteridad hallará en mí la conducta de un hombre sincero desde la

vida de un pastor hasta la elevación de un general.

Mucho y muchísimo he sentido el ataque de fiebre que Vd. me dice ha padecido: cuídese mucho, porque su existencia es preciosa: el nombre de Vd. está en todas partes, y es el que mantiene el órden: en Vd. están todas las facultades y todos los derechos de los Colombianos, y su falta sería la disolución del pacto, porque Vd. es el único pacto que existe entre nosotros. Me alegro que Vd. como me dice se vaya restableciendo en su campo, pues que le ha aumentado el apetito: Vd. sabrá con la bella sociedad extender esa pequeña isla y hacerla célebre.

Espero que Vd. nos comunique muy pronto la paz con el Perú. Para cuando ésta llegue á sus manos, estará la Escuadra en el Pacífico, y entonces podrá exigir las garantias del tratado que puede dar un gobierno revolucionario, y salir de los embarazos que se le presenten. Sobre todo, yo espero que Vd, nunca pierda la confianza de vencer todas las dificultades, y que me cuente como siempre en el número de sus mejores amigos, como que soy de todo corazón su obediente servidor.

José A. Paez.

XIX

Los acontecimientos se sucedieron con vertiginosa rapidez en Colombia. Tanto en Nueva Granada como en Venezuela, la calma abandonó los espíritus. Á la reflexión sucedió la violencia, al buen juicio la insensatez. El equilibrio moral de aquella sociedad se había perdido.

Paez, al tener noticia de que el Congreso le enviaba dos comisionados, decidió no recibirlos, y para cohonestar tan insólita resolución, nombró otros que salieran á su encuentro en la frontera. Fué así, que al llegar al territorio venezolano Sucre y el Obispo, se les

obligó á retroceder á Cúcuta. Ni la respetabilidad de los comisionados, ni las protestas que hiciera Sucre, que por primera vez volvía á su pátria coronado con los laureles de Ayacucho, contra aquel acto tan irregular, bastaron para que las autoridades del tránsito permitiesen su residencia en la tierra venezolana. Las órdenes de Paez eran terminantes. Los Comisionados, después de inútiles conferencias con los de Paez, regresaron á Bogotá.

Para esa fecha Bolívar se había retirado á la vida privada, y atemperaba en su quinta de Fucha. La retirada había tenido por motivo, su salud, completamente decaida. Así lo había dicho al Congreso, rogándole que le designase un sucesor ; rehusó aquella Asamblea, y al fin Bolívar nombró el 1°. de Marzo al general Caicedo Presidente del Consejo, quien se encargó del Poder Ejecutivo de Colombia. Aquel fué el último día de su mando, pero no el de sus padecimientos, pues hasta en su modesto hogar le persiguieron la calumnia y la ingratitud.

Los sucesos ocurridos en Carácas, y parti-

cularmente la insurrección de la provincia de Casanare en favor de aquel movimiento, declarándose adherida á Venezuela, hicieron comprender á los granadinos la imposibilidad de conservar por más tiempo á Colombia, y desde entonces se reconoció la inutilidad del Congreso constituyente y del proyecto de Constitución en que á la sazón se ocupaba. Pensóse, y con razón, en que era más cuerdo organizar la separación. En este sentido se expresó ante el Congreso el Presidente Caicedo, sin alcanzar que se tomase una resolución definitiva, pués los ánimos estaban completamente anarquizados.

Al fin se decidió hacer la elección de Presidente y Vice-Presidente de la República. Pensaron algunos en nombrar á Bolívar, pero otros combatieron la elección, particularmente el general Urdaneta que para esa fecha estaba resentido con su antiguo general. Varios, y acaso fundados, fueron los motivos de desacuerdo entre aquellos dos hombres, unidos hasta allí por los lazos de la común gloria y de una amistad nunca desmentida. Urdaneta se

quejaba de que Bolívar le hubiera tratado con injusticia al calificar en su presencia y de un modo público á Sucre, como el más digno de los generales de Colombia, y se hubiera expresado con cierta dureza de lenguage en la Junta que convocó para consultarle acerca de la conveniencia de reasumir el mando; junta, en la cual Urdaneta opinó en contra del deseo de Bolívar. Á su turno se quejaba éste, de que Urdaneta y Córdova hubieran influido con sus obsesiones hasta hacerle desistir de su proyecto de indulto en favor de los conjurados del 25 de Setiembre, y también de sus inconsultos procederes respecto del proyecto de monarquía.

El Congreso nombró Presidente al señor Joaquin Mosquera y Vice-Presidente al general Caicedo. Ausente aquel en Popayán, fué llamado el segundo á encargarse del Poder ejecutivo, lo que hizo, aunque con alguna repugnancia.

Bolívar decidió expatriarse, y vendiendo cuanto tenía, vajilla, alhajas y caballos reunió diez y siete mil pesos : palpitante demostración de su pureza é integridad !

El Congreso le concedió al día siguiente de su partida una pensión vitalicia y un voto de honores y gracias, digno de sus merecimientos. La partida de Bolívar se había fijado para el 8 de Mayo, pero como era preciso que en su dramática existencia, ocurriera siempre algo que perturbara hasta el más noble de sus propósitos, sucedió que la víspera del viaje se amotinaron vários cuerpos de tropas venezolanas, al mando del general Portocarrero, produciendo en la ciudad grande y general consternación. Felizmente este incidente no tuvo más consecuencia que el envío de dichas tropas á Venezuela, que era lo que ellas deseaban, pero sirvió de ruin pretexto á los enemigos de Bolívar para acusarle injustamente de complicidad en el movimiento. Esto no impidió, sin embargo, el viaje de Bolívar hasta Cartagena, que se efectuó el 8 de Mayo.

Su ausencia tenía que producir grandísimo efecto en Colombia; con él desaparecía el único prestigio que hasta entonces había contenido tantas absurdas ambiciones. Con la separación y expatriación del hombre superior,

los demás habían quedado igualados. Lícito era ya lanzarse en las aventuras.

Colombia se había desmoronado. El Ecuador no tardó en declararse en estado libre é independiente, y encargó del mando supremo al general Florez, el cual convocó para el 10 de Agosto un Congreso constituyente que debería reunirse en la Ciudad de Rio-Bamba.

En Venezuela el Congreso constituyente, convocado para justificar el alzamiento de Paez, abrió sus sesiones el 6 de Mayo. Excitado á continuar ejerciendo el mando supremo mientras se tomaba alguna decisión, presentó aquel su renuncia. Como ésta no era sino una farsa que por frecuente se ha hecho ya despreciable en casi todos los países de América, el Congreso no la aceptó, y Paez continuó ejerciendo el cargo de Jefe supremo de la República. Inspirado el constituyente venezolano en un sentimiento de implacable odio contra Bolívar, previno al de Colombia que para llegar á un acuerdo era indispensable que aquel se alejase del territorio de la República ! Hasta los más queridos compatriotas de

Bolívar le habían abandonado ! Paez era el nuevo astro destinado á brillar en el oscuro cielo de la patria, como el íris en medio de la tempestad !

Debe confesarse, sin embargo, que la opinión del pueblo venezolano en favor de la transformación política fué casi unánime, bien que no lo fuera la odiosidad contra Bolívar, sentimiento explotado por sus enemigos hasta con crueldad. Hubo pocos disidentes en varios puntos de la República, y aun se pusieron en armas invocando el nombre de Colombia y de Bolívar ; pero al fin tuvieron que rendirse, porque en el fondo el pensamiento de separar á Venezuela del resto de la confederación, era verdaderamente popular en dicho país. Lo mismo habría sucedido en Nueva Granada si el Congreso de Cúcuta hubiera establecido la capital en Carácas, en vez de establecerla en Bogotá.

Quedó, pues, consumada la separación, y proscrito Bolívar de su propia patria, en virtud de un decreto que expedió el Congreso constituyente, el 10 de Setiembre. Publicamos en

seguida este documento, en el cual no se acordaron siquiera á Bolívar sus títulos de Libertador y padre de la patria.

El Congreso constituyente de Venezuela, considerando :

1° Que después que Venezuela proclamó los principios de su política franca y liberal, y que el Congreso mostró su indulgencia en favor de algunos individuos, que se habían desviado de la senda trazada por la opinión general, no faltan personas que intentan todavía turbar la tranquilidad y el órden establecido;

2° Que estos conatos y proyectos se apoyan principalmente en la mansión que hace el general Simón Bolívar en el departamento del Magdalena, después de haber renunciado el destino de Presidente de Colombia, nombrádose su sucesor constitucionalmente, y aún después de haber obtenido su pasaporte para Europa, según lo anuncian los papeles públicos de Cartagena;

3° Que es tanto más insidiosa la conducta del general Bolívar cuanto que, sin embargo de no tener ya carácter público, ha tratado de fomentar la insurrección de Rio Chico, dirigiéndose oficialmente al Gobierno de Bogotá, según lo demuestra la contestación del ministerio del Interior fecha 21 de Julio ;

4° Que desde allí promueve todavía el general Bolívar, por medio de sus agentes, la sedución de los incautos, y amenaza con hostilidades á su misma patria, cuyos ciudadanos fueron instrumentos de su gloria,

miéntras él respetó el sistema de gobierno, que desde su emancipación política adoptó Venezuela ;

5° Que según las últimas comunicaciones oficiales, que se han recibido del departamento de Boyacá, los enemigos de la libertad amenazan á mano armada la capital de Bogotá y por consecuencia también el territorio de Venezuela ;

6° En fin, que en tan críticas circunstancias es un deber de la Representación nacional, tomar todas las medidas que puedan evitar la propagación del contagio, y asegurar la paz interior, órden y tranquilidad del buen pueblo de Venezuela, cuya salud es la suprema ley, decreta :

Art. 1.° El Poder Ejecutivo ,de acuerdo con el Consejo de Gobierno, aumentado con cuatro miembros nombrados por el Congreso de fuera de su seno, para el solo objeto que se expresa en este decreto, expulsará del territorio de la República, ó confinará á algún punto de él, á cualquier individuo, de quien se tengan fundados motivos, de que contraría los principios y causa de la libertad, que ha proclamado Venezuela.

Art. 2.° La autorización que por el artículo anterior se da al Poder Ejecutivo, no impide el que los acusados ó indiciados de conspiración, sean arrestados, interrogados y puestos á disposición del juez competente, conforme al artículo 35 del reglamento de gobierno provisorio.

Art. 3.° Este decreto tendrá fuerza y vigor hasta que se publique la Constitución.

Art. 4.° Las garantías sancionadas y publicadas en favor de los venezolanos, quedan en su fuerza y vigor, exceptuando sólo el caso, en que se autoriza por este

decreto al Poder Ejecutivo con el Consejo de Gobierno, para expulsar ó confinar con motivos fundados, á los que contrarían los principios y causa de Venezuela.

Art. 5.° El Poder Ejecutivo dará cuenta al próximo Congreso constitucional de las personas que hayan sido expulsadas ó confinadas en virtud de este decreto, para que en vista de las circunstancias, determine si continuan ó nó en sus destinos; si ántes el mismo Poder Ejecutivo, de acuerdo con el Consejo de Gobierno, no hubiere alzado la expulsión ó confinación, atendida la conducta que hayan observado, ó por haber cesado las circunstancias que motivan esta medida.

Art. 6.° Comuníquese al Presidente del Estado para su ejecución y cumplimiento. Dado en Valencia á 10 de Setiembre de 1830. El Presidente : MIGUEL PEÑA. — El Secretario : RAFAEL ACEVEDO.

Valencia. Setiembre, 11 de 1830. — Cúmplase; y al efecto comuníquese á quienes corresponda por la secretaría del Interior, y publíquese en la Gaceta de Gobierno. — El presidente del Estado : JOSÉ A. PAEZ. — Por S. E. — El Secretario interino del Despacho del Interior : ANTONIO L. GUZMAN.

XX

Al ostracismo de Bolívar siguió el fúnebre cortejo de la ruina de Colombia. El Libertador de América se alejaba de la tierra libertada, sin odios ni rencores, sin incitar á la rebelión ni á la venganza, aconsejando el respeto al Gobierno constituido.

Fuerza fué que Bolívar se detuviera en Cartagena, camino del Calvario... Él, que había desairado el donativo de un millón de pesos que le ofreció el Perú, no tenía ahora dinero bastante para embarcarse. Esperábalo de un su amigo y agente de negocios, cuando el Sr. Machado, teniente de navío, llegó á Cartagena con la misión de entregar algunos pliegos al Libertador de América expulsado por la

soberana voluntad del pueblo redimido. Se le anunciaba que tres cantones, Riochico, Orituco y Chaguarámas, se habían pronunciado, acatando la autoridad del proscrito y oponiéndose enérgicamente á la desmembración de Colombia.

Á pesar de esto, Bolívar recomendó á sus amigos que salvaran al país del abismo de la guerra civil.

Un tristísimo suceso, nunca bien llorado por la patria, contribuyó á amargar la vida del esclarecido patriota. El general Sucre acababa de ser villanamente asesinado. La virtud del gran Mariscal de Ayacucho, cuya espada era una amenaza constante contra los malhechores políticos, brillaba demasiado en el sombrío cuadro de una sociedad hundida en el cieno de ambiciones bastardas.

El asesinato se llevó á cabo premeditadamente, por iniciativa del general Obando.

Los consejos de la prudencia no hicieron desistir á Sucre de su viaje á Quito. Atento sólo al deber, rechazó con ánimo entero el temor que buenos amigos suyos quisieron poner en su corazón; y, sin precaverse contra

el peligro, sin recelos ni inquietudes, tranquilo en su conciencia y firme en su voluntad, emprendió el viaje sin presentir que la muerte le acechaba á traición y á mansalva.

¡ Horrible peregrinación la suya por tortuosas y solitarias montañas, cuya oscuridad bastaba para engendrar pavura en el ánimo más esforzado !

Sucre advirtió á la postre la celada que se le había preparado con habilidad suma. Empero ya no le era dable esquivarla ni ganarse á Sarria y á Erazo, asesinos de oficio, á quienes encontró dos veces en el camino siguiéndole cautelosamente como sombras precursoras de la muerte.

Fué en el desfiladero de Berruecos donde se consumó la infame obra. Del paraje más sombrío y oculto partieron traidoramente los disparos de fusil que pusieron término á la vida de aquel militar íntegro y valeroso, que jamas ocultó la frente ni el corazón á las balas de enemigos leales.

« Ay, balazo!., » exclamó antes de que la muerte sellara por siempre sus labios.

De esta suerte murió el gran Mariscal de

Ayacucho, cuando anhelaba el reposo del hogar doméstico, sin que enturbiaran su pecho las ambiciones del poder.

Tan infame crímen no acalló un punto la grita de los partidos. El general López no tuvo reparo en decir que si el asesinato no se hubiera perpetrado en Popayán, él lo habría celebrado con un banquete.

De esta escena de miserias se destaca luminosa la figura de Mosquera. El digno presidente decretó que el ejército vistiera luto en señal de duelo, y fué tan vivo el suyo propio que le postró enfermo en el lecho.

« General, el Gran Mariscal de Ayacucho ha sido alevosamente asesinado en la montaña de Berruecos; » dijo Montilla. Y Bolívar, golpeándose en la frente, paró estupefacto y mudo ante tamaño infortunio.

El acontecimiento cayó con todo el peso de la más mortal de los congojas, sobre el dolorido corazón del expatriado, á tiempo que en Venezuela se alzaba potente, como clamor de muerte, el grito impio de : ! *La expulsión de Bolívar !*

Fué un íntimo amigo de aquel hombre, que

no tuvo siquiera la inviolabilidad que merece la desgracia, quien cumplió la triste misión de participarle las exigencías del Congreso venezolano; fué el Sr. Mosquera quien acabó de herir de muerte al amigo cuyas fueron las mercedes que le elevaron al poder.

En medio de las injusticias de la suerte y de los sibaritísmos de la crueldad, pugnaba por erguirse el remordimiento, y arrastrándose penosamente perseguía á los buenos patriotas, para atarazarles el corazón.

Mosquera, acobardado por sus propios desaciertos, se refugiaba en Anolaima y, vencido luégo juntamente con Caicedo, abandonó el poder, que un pronunciamiento militar puso en mano del general Urdaneta durante la ausencia de Bolívar.

Urdaneta, cumpliendo como bueno, invitó á Bolívar á restituirse al mando; y á las muchas demandas de igual índole, uniéronse las de los ministros de la Gran Bretaña, del Brasil y de los Estados Unidos. — En tanto que la patria desterraba á Bolívar, las potencias extranjeras declaraban, por medio de sus repre-

sentantes, que sólo él podía atajar en Colombia el desbordamiento de las pasiones políticas.

Ni paró en esto el favor de la reacción. También en Cartagena estalló un pronunciamiento militar, y amigos y admiradores de Bolívar quisieron proclamarle jefe del ejército. Empero, enamorado de los principios que informaron siempre su política, no accedió á los deseos de la Asamblea, fundando su negativa en que no la voluntad del pueblo, sino la tiranía de un motín, le encomendaba de nuevo la dirección del gobierno.

Partióse, pues, á Soledad y de allí á Barranquilla, llevando consigo el gérmen de padecimientos, más morales que físicos, que le guiaban aceleradamente á la muerte. El gobierno de Paez proseguía injuriándole cruelmente, en tanto que Ecuador, Bolivia y Nueva Granada honraban su memoria.

Las enfermedades le obligaron á embarcarse con rumbo á Santa Marta, y llegó á la isla en tal estado de gravedad que el doctor A. Próspero Reverend hubo de socorrerle inmediatamente en nombre de la ciencia; y, habiendo logrado

reponer algo de sus quebrantadas fuerzas, le permitió el traslado á San Pedro Alejandrino, quinta del Sr. Joaquin de Mier.

En el intervalo de dos días, el aire puro de la campiña pudo ejercer en los órganos de Bolívar la acción, tan enérgica como ficticia, que el galvanísmo ejerce en los cadáveres. Pero aquella vida, exuberante de energías en el momento de derrocar un trono y de agitar, con el cataclismo del genio, al mundo americano, se escapaba á torrentes.

La primera alborada del día 10 de Diciembre principiaba á teñir de luz las sombras de la estancia, cuando el ilustre enfermo pidió los auxilios de la Iglesia; y luego de haber rendido culto á su fe católica, ungiéndose con los óleos de la muerte, se dispuso á tributar el último homenaje á su fe política, despidiéndose de los colombianos. El obispo Estévez le acompañaba en el amargo trance; un escribiente trazaba en el papel la postrera enseñanza del Redentor de un mundo, y Bolívar, con la resignación del martirio y la fe del apostolado, dictaba su testamento político ungido con el

óleo bendito de amorosa frase, éco de la que profirió en la cruz el Redentor de la humanidad: *¡ Yo les perdono !*... Después, venciendo á la muerte, que le retenía en el lecho, logró incorporar el desfallecido cuerpo, y con lágrimas en los ojos y convulsa mano, rastreó, más que escribió, al pié del manuscrito, estas palabras, símbolo de la libertad en América: *Simón Bolívar*.

El 17 de Diciembre acaeció su muerte, en el momento mismo en que admiradores suyos proclamaban las proezas del héroe, y adversarios irreconciliables disputaban á la tierra los despojos de su nombre. Murió sin amargura, enviando á sus enemigos el sublime perdón del Crucificado, y acallando en el corazón la merecida protesta contra los fatalismos de la suerte.

FIN

Corbeil. — Imprenta de B. Renaudet.

3
JW